



Bárbara Crespo

Solo tuyo
para
siempre y
contigo



Bárbara Crespo

Solo tuyo
para
siempre y
contigo

CONTENIDO.

1- CAMBIO RADICAL.

2- SI ME BUSCAS, ME ENCONTRARÁS.

3- FUE MÍO Y LO SIGUE SIENDO.

4- SIGUIENDO TÚ JUEGO.

5- TE CONCEDERÉ LO QUE ANHELAS,
CUANDO QUIERA YO.

6- MI CORAZÓN TIENE DUEÑO.

7- QUE MALOS SON LOS CELOS...

8- LA CORAZA EMPIEZA A CAER.

9- POR TI USARÉ TODAS LAS ARMAS QUE
TENGO.

10- MI MEJOR CARTUCHO SE LLAMA HUGO.

11- TIENES QUE CREER PERDERME PARA

REACCIONAR.

12- HAY GENTE QUE NO SABE ACEPTAR LA
DERROTA.

13- ES IMPOSIBLE NO AMARTE.

14- AVECES ES PEOR QUE UN NIÑO.

15- NO TE TENGO MIEDO.

16- EL AMOR PUEDE CONTRA TODO.

17- MI FELICIDAD ERES TÚ.

SINOPSIS

Cuando Sindy desapareció, Ian quedó devastado, nunca habría imaginado que tras haberla elegido, ella le abandonaría. Durante mucho tiempo, se ha dedicado a buscarla, pero como si la tierra se la hubiera tragado... no consigue encontrarla.

Ahora dos años después, el destino la vuelve a poner en su camino y en sus manos, pero nada queda del amor que sentía por ella, en su corazón simplemente hay sitio, para el rencor y el dolor que, ella dejó con su marcha.

Mientras él se empeña en menospreciarla y negarse a si mismo que la sigue queriendo, Sindy se da cuenta del error tan grande que cometió y decide luchar por lo que perdió y demostrarle que, solo ella sigue teniendo su corazón.

CAMBIO RADICAL.

De camino al aeropuerto no dejo de reprocharme la estupidez cometida, desde un principio sabía que decirle a Carina, donde me encuentro desde hace dos años, traería consecuencias, solamente espero por su bien y por el mío, que no se haya atrevido a delatarme.

Desde que salí de aquel maldito hospital, destrozada pero firme a seguir adelante y olvidar todo lo vivido, como si, simplemente hubiera sido una pesadilla que duro más de lo normal, busque la manera de borrar todo rastro de mí. Aparte de porque necesitaba volver a encontrarme, también para que Ian, nunca me encontrara. Hasta hace unos días lo había logrado, nadie sabía mi paradero, ni siquiera la mujer que me dio la vida.

¡Estúpida! Me vuelvo a repetir. He sido tan cuidadosa... para en un momento de debilidad, sobrepasada por la situación que estoy viviendo, saliera de mi boca, así, nada más, en una conversación como tantas otras hemos tenido y en las que tantas me ha preguntado donde me encontraba y en las que siempre le he dicho; «estoy bien, no vuelvas a preguntar». Echarlo todo por la borda, no, por la borda no, peor, por un acantilado cuyo es imposible medir la altura. Estaciono el auto y vuelvo a bufar, cojo el bolso y salgo para después, dirigirme al interior del aeropuerto, no sin antes darle una patada al bajo del coche, como si la culpa la tuviera el pobre cacharro y no mi bocaza. Rezando porque esté sola y no con el mayor de mis temores, atravieso la puerta y me quedo muy quieta,

revisando el lugar con la mirada. Tras varios minutos recorriendo el lugar, la diviso tirando de su maleta. Verla pelear con el equipaje hace que no pueda evitar curvar mis labios en una sonrisa. ¡Qué desastre! Y porque lleva una maleta de ruedas, si fuera de las que hay que portar a cuestas, no sé que haría. Me acerco lentamente hasta estar a su altura, tan empeñada está en hacer andar a la maleta que no se da cuenta de mi presencia.

- ¿Necesitas ayuda rubia?

- ¡Sindy! — Dice, dejando la maleta rezagada, mientras se tira a mis brazos.

Cariñosamente, paso mis brazos por su cintura y le devuelvo el abrazo.

¿Qué le voy a hacer? Al final la rubia consiguió ganarse el derecho de amiga.

- ¿Qué te has hecho en la cabeza? — Dice, retirándose y observando en detalle mi cabello.

- Un pequeño cambio de imagen.

- ¿A eso le llamas tu pequeño? ¡Si nada más te falta que te cambies la cara!

Comprendo su reacción, la primera vez que me vi en el espejo, casi me da un jama cuco. No es fácil para alguien que está acostumbrado a verte de morena con los ojos grisáceos y cabello largo, encontrarse con que ahora lleva el pelo corto, rubio y de ojos verdes; incluso a mí se me sigue haciendo raro mirarme al espejo. Igualmente, me gusta, no quería seguir mirándome y ver todo lo que pase... pero lo peor, no soportaba seguir viendo el reflejo de esa mujer que se rindió y destrozó a lo que más amaba; Ian.

- ¿Por qué has venido Carina? Te pedí como cien veces que no lo hicieras.

- Sindy...

- No me llames así. Mi nombre ahora es Enid.

- No esperaras que de un día a otro, me haga a la idea de llamarte por otro nombre.

- Déjate de tonterías, lo sabes desde el momento que me lo cambié.

Has estado evitando pronunciar nombre alguno en todas nuestras charlas. No es tan difícil. Enid.

Cojo su maleta centrándome en salir del aeropuerto. Camino sin siquiera verificar si me sigue. No quiero tomarla con ella, puedo entender que sea un poco difícil, pero ha tenido año y medio para hacerse a la idea de que Sindy, desapareció y no volverá, ahora en su lugar nació Enid y tiene que aceptarlo porque así lo decidí. Al principio me supuso un problema, me costo acostumbrarme a que me había cambiado el nombre, pero bastaba con recordar, mi vida anterior siendo Sindy y se terminó el problema. Aunque no es que siendo Enid, me vaya de fábula, porque la realidad es que voy de cabeza, sobre todo los últimos meses. Meneo la cabeza para dejar los problemas de lado y abro la puerta del maletero, guardo la maleta y poco después entro en el coche y espero que la rubia suba.

- Está bien. No volveré a llamarte Sindy. Perdón. — Se disculpa al darse cuenta de que lo ha vuelto hacer.

- Bueno donde tengo que llevarte. Me dijiste que habías alquilado algo.

¿No?

Arranco, y salgo del estacionamiento, en lo que ella contempla sus uñas y retrasa su respuesta.

- Sí, lo alquiló Marcos.

Escuchar uno de los nombres que tanto me he obligado a delegar al rincón más escondido de mi memoria, hace que de un frenazo antes de salir, consiguiendo impulsarnos hacia delante.

- No se lo has dicho. — Afirmo queriendo que lo confirme.

- No. A ninguno de los dos. Si he venido antes es para hablar contigo.

No sabes la de embustes que le tuve que decir a Marcos.

La alarma crece rápidamente en mi cabeza, cuando la escucho decir

“venir antes”. ¡Si ya sabía yo que esto no era bueno!

- ¿Dónde vamos? — Insisto.

- Aquí. — Dice, poniendo un papel con una dirección delante de mi vista.

Reconozco la calle, no está muy lejos de aquí. A lo sumo ocho o nueve minutos, así que me dirijo hacia el sur, tomando poco después la salida B. Llegamos a la dirección que me ha dado de Queens y estaciono.

Salimos y observo el nuevo establecimiento de la zona, todavía parece que está cerrado, incluso el cartel está tapado por una especie de tela en color negro.

- Vamos.

- ¿Dónde? ¿No ves que está cerrado? — Le digo, señalando el local.

Aunque más que un local, yo lo denominaría edificio, porque es lo que es, un edificio de dos plantas que supongo en el cual el dueño ha creado un negocio. Sonríe y me coge del brazo tirando hacia adentro, la sigo por no discutir, porque me está cansando esa actitud de suspense que me pone por momentos más nerviosa. Empuja la puerta y cede.

- Hola, chicos. Estaremos por aquí unos diez minutos.

- Perfecto, Carina. — Le dice, un hombre que está colocando unas luces en el techo.

Me fijo en todo el interior y me doy cuenta que ya esta casi listo, además de percatarme que es un casino, eso lo deduzco nada mas poner mi vista sobre las mesas y al divisar varios pasillos con máquinas traga perras. Carina

vuelve a tirar de mi, subimos las escaleras y en la primera puerta entramos.

- Siéntate.

Lo hago en el sofá, dejando la curiosidad bien retenida para no ir y verificar si las cuatro pantallas que adornan la mesa, no son de vigilancia.

- Carina, me puedes explicar que sucede. — Pido, con una calma que no me acompaña.

- Sin... — Levanto el dedo de la mano derecha en señal de advertencia.

- Perdón. Enid. Llevo meses intentando hablar contigo, pero nunca me dejas hablar de Ian.

- ¿Otra vez te lo tengo que explicar? ¡No quiero saber! ¡Cada vez que él esta cerca, mi vida es un caos!

- ¡Pues me vas a escuchar!

- ¡No! Lo siento, Carina. El tema de Ian, lo deje enterrado hace dos años. Se terminó.

Me levanto y abro la puerta, hago el mismo camino hasta llegar a mi coche, y frustrada le doy otra patada. Sabía que pasaría, tanto cuesta entender que mi corazón se partió tanto o mas que el suyo aquel día, que no solo sufrió él, a mi también me destrozó alejarme, pero no quería y sigo sin querer vivir la clase de vida que lleva él. No quiero verme de nuevo aterrorizada, no quiero sentir de nuevo el miedo y lo que menos deseo es volver a ser la ficha que mueven en su beneficio en un plan macabro.

Me monto y arranco a la vez que veo a Carina, salir levantando la mano para que me detenga, por supuesto, no le hago caso y al contrario de lo que demanda, piso más el acelerador. Mi teléfono empieza a sonar y sabiendo quien es, me niego a cogerlo. Tiene que entender de una vez que entre él y yo, está todo perdido, quizás alguna vez hubo una posibilidad, un feliz para siempre, pero mi padre se encargó de destruir ese sueño que atenazaba, y me hizo darme cuenta que nunca podría ser feliz con Ian, mientras él llevara esa vida.

Por eso me fui, salí huyendo y empecé una nueva vida lejos de mi familia y siendo otra persona.

Llego a Brooklyn y como siempre, doy dos vueltas a la manzana buscando aparcamiento, cuando encuentro un hueco, aparco y apoyo las manos en el volante. Ida en mis recuerdos, vuelvo a ver los ojos de Ian, escuchar sus gritos, su angustia... y como siempre sucede, los escalofríos en el cuerpo son continuos. Vuelve a sonar el móvil, lo miro y los remordimientos se hacen fuertes. ¡La he dejado tirada! Si lo pienso bien, tampoco creo que vaya muy perdida, por lo que me ha parecido, ya ha estado otras veces aquí, me encojo de hombros y dejo los pensamientos que me dan dolor de cabeza para hacer un exhaustivo análisis más tarde, porque estoy segura de que cuando lo analice, porque lo haré, no me gustará ni una pizca lo que descubra.

Me apeo del coche, rebusco en el bolso y extraigo un paquete de cigarrillos, para después, llevar uno a mis labios, aspirar en una bocanada honda y luego dejarlo salir despacio. Sé que no debería fumar, que es malo y todas esas cosas que dicen en la televisión, en los carteles y hasta en los paquetes, pero si tan malo es, en vez de estar dando información, que dejen de venderlo directamente y no sigan chupando dinero con una cosa que saben que mata, pero siguen vendiendo. Cuando he calmado un poco la ansiedad, me deshago del cigarro, tirándolo al suelo y pisándolo. Camino despacio, hasta detenerme en el edificio que vivo, meto la llave en la cerradura del portal, abriendo al instante y subiendo las escaleras que llevan al piso como todos los días segundos después.

Cuando voy por el cuarto piso, voy nombrando todos los nombres de mis ante pasados. Son cinco pisos y justamente a mí, me tenía que tocar vivir en el último y sin ascensor, porque encima hasta eso está estropeado en este condenado lugar.

- Jalila, ya estoy aquí. — Aviso nada más atravesar el umbral.

- Señora. ¿Cómo tan pronto y su amiga?

- La deje abandonada en Queens. — Digo, mordiendo mi labio al finalizar.
- ¡Enid! Pobre muchacha.
- Se lo ha buscado ella... — Alego, no muy convencida.
- Déjame adivinar. ¿Ian?
- Tu también.
- Quizás, es hora de escuchar.
- No quiero.

Me doy la vuelta, entrando poco después en mi dormitorio y cerrando la puerta. Inspecciono en el armario durante un rato, valorando que ponerme para la entrevista de trabajo. Desde que me mude aquí, mi vida es como una montaña rusa, con la diferencia de que en la montaña disfrutas y en mi caso no hay nada de diversión. He tenido que aceptar trabajos como repartidora y dependienta de una tienda de souvenir, entre otros como echar horas cuidando niños de otros, pero es lo que hay y tengo que coger cualquier clase de empleo que dé beneficios; además de porque tengo un niño que necesita infinidad de cosas, es que una tampoco se mantiene del aire.

Cuando me pierdo en mis recuerdos que suele ser a menudo, veo muy lejanos aquellos días en los que emprendí mi empresa de solteros ilusionada, confiada y llena de fe por hacerla crecer, un simple recuerdo que ahora cuando pienso en ese tiempo, en mi alma se aloja la nostalgia.

- Enid, el casero está aquí. — Dice, Jalila al otro lado de la puerta, cuando he terminado de ponerme un pantalón negro y una blusa dorada.
- Voy.

Termino de colocarme los tacones y entro al baño para pasar el cepillo por mi cabello, un acto para ganar tiempo, porque con mi nuevo corte de pelo, no hace falta pasar muchas veces el cepillo. Respiro tres veces más antes de salir, cogiendo fuerza para enfrentar otro problema más en mi vida. Saliendo del cuarto, veo al hombre de pelo canoso plantado en medio del comedor, sería muy difícil no reparar en él, sobre todo con la cara de malas pulgas que tiene siempre y su actitud desagradable.

- Enid. Quiero mi dinero ya o mañana te vas a la calle.

¡Lo que me faltaba! Verme en la calle sin trabajo, sin dinero, con un niño y niñera incluida. Como no durmiera debajo de un puente... y con suerte si no llueve, es que encima con la racha que llevo, era capaz hasta de caer un diluvio.

- Señor Williams, deme una semana. Le prometo que el próximo martes tendrá su renta.

Se da media vuelta y se asoma a la ventana, después se rasca la cabeza y suelta un sonoro suspiro de cansancio.

- Mira Enid, llevas de retraso dos meses, junto con la luz y el agua. Si el martes no está todo pagado, el miércoles te quiero fuera. ¿Está claro?
- Lo tendrá. — Aseguro.

Aunque no sé por qué lo hago, porque... por mucho que consiga el trabajo, no me van a dar un adelanto la primera semana y si no lo consigo... pues no me quedara de otra que agachar la cabeza, tragarme el orgullo y de nuevo por tercera vez, acudir a Tabi.

- Eso espero. — Dice, saliendo por la puerta.

Me siento en el sofá, llevándome las manos a la cara. ¿Cuántas cosas más me van a pasar? ¿Es que las rachas buenas ya estaban adjudicadas? ¡Señor, acuérdate de mí alguna vez!

- Enid. Llegarás tarde.

- ¿Por qué sigues a mi lado? Ya no tengo ni para pagar tu sueldo, Jalila.

Deja caer los párpados en un gesto apenado que solo consigue acrecentar mi malestar. Aprieto fuerte los puños, clavando mis uñas con fuerza en las palmas, lo mas seguro, incluso consiga otra marca, pero no sentiré otra cosa que dolor.

- Todo pasará, no le des más vueltas y acepta que la gente te ayude.

Ahora ve, y consigue ese empleo.

- Gracias, Jalila.

Me levanto y dejo un beso en su mejilla, a paso rápido vuelvo a bajar los cinco pisos y me monto en el auto. Durante los cuarenta minutos que tardo en llegar a los dúplex de la E 82 St de Nueva York,

«Manhattan», lo paso dándome ánimos y diciéndome una y otra vez;

«me contratarán». Miro el reloj de nuevo, todavía faltan diez minutos para la hora acordada. Me enciendo un cigarro y apoyada en el coche me quedo hasta que lo consumo.

Metó en mi boca un chicle de menta para que desaparezca el olor del tabaco a la vez que comienzo a caminar, me adentro en el patio que une los dúplex y maravillada obligo a mis pies a que se detengan. ¡Aquí solamente han de vivir ricos! Me digo, mientras sigo observando la fachada en tono amarillo. En la cuarta casa, abro la pequeña verja de madera y me acerco a la puerta. Con un solo timbrado, una muchacha morena con una melena con tanto monte de pelo que llega a dar envidia, de ojos separados, y labios finos, me atiende. Por unos segundos soy incapaz de reaccionar, ya que estoy noqueada, mirando el tremendo parecido que tiene conmigo. ¡Si hasta el color de ojos es grisáceo! Bueno, ahora no nos parecemos en nada, debido a que por querer desaparecer, hasta lentillas uso.

- Diego me está esperando. — Consigo, decir al fin.

La chica asiente sin decir nada y camina hacia el interior. ¡Qué maleducada! ¿No sabe saludar? ¿O es que le arrancaron las cuerdas bucales? La muchacha me lleva hasta un salón y con un gesto de la mano, me indica que me siente y espere. Tras cinco minutos de estar con la boca abierta, admirando el exquisito decoro del lugar, veo a otra chica morena, y observo detenidamente que es algo más baja que la otra y un poco más rellena, pero que en vez de afeársu figura la hacen verse hermosa. Sale por la puerta del fondo del comedor, y poco después aparece un hombre por el mismo lugar. Al verle mi boca se abre, es imposible negar que el tío está de pan y moja. Desvíó la mirada al suelo, tratando de evitar que se percate de la reacción que me ha causado, sé que he fracasado en el mismo momento que por el rabillo del ojo, veo nacer en sus labios una sonrisa. ¡Empezamos

bien!

- ¿Enid? — Pronuncia con suavidad.

Los pelos del brazo se me erizan y me quedo muy contrariada, cuando eso sucede, nunca, nadie en dos años ha logrado hacer reaccionar a mi cuerpo, no desde... sacudo la cabeza y me recuerdo que necesito el trabajo.

- Sí.

- Pasa.

Nos adentramos en lo que ahora sé, es un despacho, muy bien decorado, con muebles marrones que hacen contraste con el color blanco de las paredes.

- ¿Has cuidado niños?

- Sí. Aquí tiene cartas de recomendación de otros lugares donde he estado. — Digo, entregándole la carpeta con los papeles que siempre llevo en el coche.

Los revisa durante unos minutos y su sonrisa se va ensanchando conforme va leyendo. ¡Por fin un golpe de suerte! Pienso, pendiente en todo momento de sus reacciones.

- ¿Fumas?

- De vez en cuando. — Contesto sincera.

No estoy a favor de conseguir un empleo a base de mentiras, prefiero ir con la verdad por delante, así pierda veinte trabajos.

- ¿Tienes hijos?

- Uno.

- ¿Bebes?

- No.

- ¿Conoces la ciudad? Más que nada esto es por si tuvieras que llevar a la niña al hospital...

- Sí. Llevo dos años viviendo aquí, y aunque no voy a asegurar conocerlo todo... si sé lo suficiente.

Se queda callado durante unos minutos eternos, donde lo único que soy capaz de pensar, es que no me va a dar el trabajo y eso se confirma, cuando vuelve abrir la boca.

- Veras, no te puedo negar que eres perfecta para el puesto.

Normalmente, quien se encarga de las nuevas contrataciones es el jefe de personal... ahora mismo está de viaje y... la primera condición es no tener hijos. Sí, es una norma muy radical, pero yo solo soy un empleado. La segunda norma es que tienes que vivir aquí durante el tiempo que estés de empleada.

El brillo de esperanza se va apagando por momentos, mientras su perorata sigue y sigue.

- Necesito el trabajo. — Dejo, salir en un hilo de voz.

Se lleva la mano a la frente, supongo llevado por su humanidad, descuelga el teléfono y

marca tranquilamente.

SI ME BUSCAS, ME ENCONTRARÁS.

- Tengo un asunto del cual necesito tú ayuda. Sí, es sobre la niñera. —

Escucha atentamente durante unos segundos, sin apartar su mirada de mis ojos. - Tiene un hijo. — Vuelve a escuchar y hasta a mí, me parece haber oído la voz. - Mira, la dejo hasta el lunes y que decida él, porque la muchacha es perfecta.

Corta la llamada y sonrío, una amplia sonrisa que deja ver todos sus dientes.

- Estás de prueba hasta el lunes. Seis días. Más vale que le gustes porque si no me iré de cabeza al paro.

- Gracias.

- Vamos, te presentaré a Blanca.

Subimos las escaleras de madera, y en la segunda puerta nos detenemos. Abre y la sorpresa es monumental, cuando me encuentro una habitación, que más bien de una niña parece la de una princesa.

Diviso una cuna y sin permiso me acerco, mirando en el interior. ¡Oh, que cosa más linda! Mirándola me doy cuenta de que tendrá como dos años o menos.

- ¿Va a la guardería?

- No. El padre es muy sobre protector.

- ¿Y la madre?

- Mejor si no preguntas tanto.

- Perdón. Es que soy algo... curiosa.

- A ver. La última habitación, la que pega de frente en el pasillo.

Prohibido entrar. Únicamente entra quien el jefe quiere. Esta noche empiezas a dormir aquí. Ropa o cualquier otra cosa que te haga falta, va a cargo del dueño. Los domingos el señor se encarga de la niña y dispondrás del día libre. Ahora vamos a presentarte a Carla y Sonia, que son las mujeres del servicio y que también viven aquí.

Salimos para en segundos volvernos a detener, exactamente dos puertas más adelante, por lo que he ido contando seis son las puertas que he divisado y que supongo todas son dormitorios. Toca a la puerta y las dos muchachas más o menos de mi edad y a las que ya he visto antes, se paran en la puerta más firmes que en las filas militares.

- Carla, Sonia. Ella es Enid, la nueva niñera. Sabéis las normas, nada de discusiones entre vosotras. Enid, tu habitación será esa. — Dice, señalando la que está al lado de la puerta prohibida.

- ¿Por qué ella dispone de una habitación para ella sola? — Pregunta, creo que Carla.

- Porque así lo dispuso el señor y vosotras no sois quien para contradecir dicha orden.

La chica aprieta fuertemente los labios y no vuelve abrir la boca, no porque no quiera eso seguro, porque se ve perfectamente que está descontenta y quiere discutir. Dejo de

observarlas, guardando en mi mente la advertencia de que tengo que cuidarme las espaldas, por lo menos de la tal Carla. Sigo a Diego hasta llegar al dormitorio, nada de otro mundo; una cama, un baño y un armario.

- Tengo que llamar a Jalila. Es quien cuida de mi pequeño.

- No debería hacer esto, pero como ya tengo un pie en la calle, por decirlo de alguna manera... toma, llama y pide que lo traiga.

- No... de verdad... no quiero que te despidan por mi culpa.

- No lo hará. — Sentencia.

Una hora después, tocan al timbre y salgo corriendo porque estoy segura de que es Jalila con Izan. Atravieso el comedor apurada viendo como Diego se me queda mirando con una sonrisa burlona en la boca, no le doy importancia y abro la puerta.

- ¿Enid? — Pronuncia, mi nombre con una voz que rezuma confusión.

- Jalila, hasta el lunes estaré aquí, tengo que esperar al dueño.

- Esto no está bien... — Alega, con desconfianza.

- Te llamaré todos los días y puedes recoger a Izan. Iré por él después de la merienda. Es un buen sueldo Jalila y limpio, aquí todo me lo costean. Por favor... — Suplico, por su confortación que es lo que más necesito.

- Está bien Enid. Todo irá bien. No olvides llamarme, si no, yo misma te sacaré de...

- ¿Sucede algo?

- ¿Diego? — Pregunta, Jalila conmovida.

Su mirada no para en un punto fijo, es como si de repente le hubiera dado una subida de cafeína. Por fin detiene sus ojos en los míos y su mirada se vuelve precavida.

- ¿Os conocéis? — Termino preguntando.

- He, sí, hace mucho tiempo. ¿Verdad Jalila? Su hermano era muy amigo mío.

La nana de Izan lo mira con incredulidad varios segundos, para luego centrarse en mirarme a mí. La mirada que me dedica, hace que mi pecho se comprima de una forma tan fuerte que llego a sentir un dolor agudo e intenso.

- ¿Jalila?

- Cuídate Enid. No dejaré...

- Jalila. — Dice, Diego en advertencia.

Se agacha y le deposita un beso a mi pequeño. Se me parte el alma, el leve pensamiento de que se está despidiendo, ronda por mi mente sin cesar. Antes de ponerse de pie, le susurra a Izan en el oído, pero no tan flojo como quería, porque lo escucho alto y claro; “cuida de mamá”. Sin más demora hace el mismo camino por el que vino, dejándome trastornada por la escena que intento entender, mientras la veo desaparecer.

- Vamos, pequeño. Te mostraré tu cuarto. Enid.

Los sigo acatando la orden que iba implicada en ese tonito de mando al pronunciar mi

nombre. Mientras nos enseña el dormitorio, sigo pensando, que aún con los años que han pasado, sigo odiando las ordenes. En estos momentos es un sentimiento que tengo que obviar, debido a que con mi orgullo no le doy de comer a Izan, así que he aprendido a seguirlas, aunque tenga que partir mi labio a causa de los mordiscos que esa acción acarrea.

A las cuatro, decido salir con los niños al jardín de atrás y jugar un rato con ellos, como supuse, Blanca tiene casi dos años y al igual que Izan, es muy nerviosa y no para quieta, por eso me veo corriendo con ellos por el césped, para conseguir vencer sus energías y cuando llegue la noche caigan rendidos en sus respectivos cuartos.

- Mamá, tengo sed.

- ¿Queréis un zumo?

- Umo.

- No. Blanca. Zu...mo. — Repito lentamente.

- ¿Mamá? — Demanda, Izan impaciente.

Le doy la mano a cada uno y me los llevo a la cocina. Busco por todas las taquillas de la enorme cocina, pero ni rastro de los zumos. Me extraña que la encargada de hacer la compra, no sea lo primero que ponga en el carro. Veo aparecer a Carla por el lateral y se cruza de brazos mirándome de una forma que no me agrada; una de esas que te echan, cuando estás invadiendo su espacio. Ignoro las malas vibraciones que desprenden toda su aura y me implanto una sonrisa.

- Carla. ¿Dónde están los zumos?

La chica se demora en masticar el chicle que lleva en la boca, consiguiendo que mi paciencia se marche a cientos de kilómetros de mi cuerpo.

- En la nevera.

- ¿Qué? Es un bebé, deberían estar en una taquilla.

- Mira, la que limpia, la que compra, la que ordena... soy yo. Hasta hoy no se ha quejado nadie. No quieras subir tan pronto de galones sin haber pasado por la cama del señor.

- ¿Sabes guapa? — Digo, cabreada. - No sé que has querido decir, ni quiero saberlo. Soy la niñera y la que tiene que velar por el bien de la niña. Así que... tú sigue centrada en abrirte de piernas y déjame a mi hacer mi trabajo.

- Soy su favorita y ni tú ni nadie, me va a quitar el puesto. — Dice, pasando de todo lo que le acabo de recitar.

Mis ojos más no se pueden abrir, incrédula ante la mujer que tengo delante, que de fea no tiene nada, y que se degrada voluntariamente porque quiere, pues que voy a argumentar, que otra cosa que lo veo y me parece estar alucinando.

- ¡Qué te aproveche! — Digo, con sarcasmo.

Abro la nevera y extraigo los zumos obviando que la fulana, no aparta sus ojos de mí, llego a creer que me está examinado y no me gusta, es muy incómodo tener una mirada que no deseo pegada a mi espalda en cada gesto que hago. Dejo los zumos reposar un

poco en la encimera, mientras preparo unos bocadillos de mortadela. Una vez listo, lo coloco todo en una bandeja y seguida de los niños me dirijo al jardín. No llego a salir de la cocina, la morena en un movimiento veloz, le pega un manotazo a la bandeja haciendo que impacte contra el suelo. En el mismo momento que mis ojos se ponen en los suyos, no lo pienso y mi mano impacta en su cara, quedándose durante minutos igual de blanca que un yogur al recibir un golpe que no esperaba. No busco pelea, pero ella parece que no lo entiende, porque sin mirar que hay niños delante, se tira hacia a mí. No dispuesta a dejar que me pisotee y sé enteré de que si me busca me encontrará, tiro de su cabello con todas mis fuerzas. Entre cachetadas y estirones de pelo acabamos rodando las dos por el suelo.

Posicionándome encima y con ventaja de varias cosas que me enseñó Marcos, bloqueo sus piernas y una detrás de otra y sin cansancio asesto golpes con la mano abierta.

- ¡Enid! ¡Carla!

Ante la voz furiosa de Diego, las dos dejamos de batallar y nos ponemos en pie mandándonos puñaladas con la mirada.

- ¿Quién ha empezado?

Mientras yo mantengo mi boca cerrada, la morena me acusa, cuando ha sido ella la que ha buscado la trifulca.

- ¿Enid? — Pregunta, sosegado. - Izan, ven aquí chico. — Llama tras negarme a contestar.

- ¿Me puedes contar que ha pasado?

- Mami, preparó bocadillos con zumos. Luego íbamos al jardín. Y ella tiró la bandeja. Mamá se enfadó y le pegó.

- ¿Carla?

- Ese mocosito miente.

- Si vuelves a llamar a mi hijo así, te enteraras de la sangre que corre por mis venas. ¿No te han enseñado que los niños y los borrachos no mienten?

- Carla arriba. Y ten claro que este fin de semana, no lo pasarás en su cama.

- ¡Diego no...!

- ¡Arriba ahora!

Oculto una sonrisa mordiendo mi carrillo. ¡Eso te pasa por víbora! La jugada le salió por la culata. Me giro y recojo todo el estropicio, pasando después un trapo para dejarlo impecable.

- Sindy...

- ¿Cómo me has llamado?

Asustada por haber creído oír mi nombre verdadero, miro fijamente al hombre de pelo moreno, alto, con una barba circular que le da un aspecto cuidado, de ojos pequeños y negros, mientras espero la respuesta.

- Enid. ¿No es ese tu nombre?

- Lo siento. Sí, es mi nombre.

- Deberías tener cuidado con ella. Se ha encargado de que todas las niñeras duren menos de un mes.

- Pues la lleva clara y se lo acabo de demostrar.

Dos días después del incidente, me llevo a los niños al parque, y mientras Izan corre y salta de un lado a otro, paseo a Blanca por el balancín. Mi móvil suena, dejo a Blanca en la arena jugando y lo cojo de mi bolsillo; Carina.

- ¿Qué? — Espeto, seca.

- Tenemos que hablar.

- ¿Otra vez? ¿Cuántas veces tengo que decirte que no?

- ¡Muy bien! ¡Cuándo te estrelles de bruces con la realidad no se te ocurra reprocharme nada!

¡Ya saco las garras! Miro el teléfono como si fuera un extraterrestre.

Por culpa de mi cabezonería en olvidar, me estoy convirtiendo en una perra con la gente que quiero. Suspiro cabreada conmigo misma por destrozar lo poco que queda de bueno en mi vida.

- ¿Carina?

- ¡Qué!

- Lo siento. Está bien. Te parece que quedemos el domingo, es mi día libre.

- ¡Por fin! Mira, creo que deberías valorar la posibilidad de ir a terapia.

- ¿Crees que estoy loca?

- Lo que creo es que lo que pasaste te supero y no lo puedes dejar ir y te está convirtiendo en alguien que no eres y destruyendo.

- Hablaremos el domingo.

Pocos segundos después, finalizo la llamada y me dirijo con los niños a casa. Los baño, les doy de cenar y los acuesto, siendo primero a Blanca, la que dejo dormida. Deposito un beso en la cabeza de Izan y me dispongo a salir del cuarto.

- Mami. ¿Te quedas conmigo?

- Claro.

Un ruido potente me sobresalta, verifico que Izan sigue plácidamente dormido y después voy al cuarto de Blanca. ¿Quién puede tener tan poca consideración? Son las tres de la mañana como para que estén dando golpes o haciendo ruido y más con niños pequeños.

- Diego, ponme un whisky doble.

- ¿Qué hacéis aquí? No teníais que volver hasta el martes.

- ¡El gilipollas éste, que no puede tener su juguete en los pantalones!

- ¡Qué te follen!

- No, eso ya lo has hecho tú... ¡Con la mujer del mayor inversor que teníamos para crear

el negocio en las vegas!

Las voces suenan cada vez más altas, guiada como si siguiera las sirenas de una ambulancia, cuando pasa por delante y no puedes dejar de mirar hasta verla desaparecer, me acerco para ver porque habiendo niños dormidos están armando tanto jaleo.

- ¡Lo arreglaré! ¿Has contratado la niñera? — Cambia, bruscamente de tema.

- Más o menos.

- ¿Y eso que significa?

- ¿No se lo has explicado?

- Ah, no. Tú has desobedecido. Te advertí que era tu problema.

Parada en las escaleras, sigo escuchando, ya no por curiosidad, sino por temor a que me despidan, porque enterarme de quien es el desconsiderado, me he enterado; el dueño de la casa, mi jefe.

- ¿Diego que orden has desobedecido?

- Todas. — Dice, con pesar.

- ¡Habla!

Se escucha un zumbido y estoy completamente segura, que Diego ha sido el saco de boxeo para el jefe.

- ¡Habla, de una vez y más te vale que sea buena la explicación!

- ¡Vale! No es morena. Es rubia y de ojos verdes.

- ¿Me estás diciendo que te has pasado mis ordenes por los huevos porque te ha gustado?

- ¡No!

- ¿Ha firmado el contrato?

Otro zumbido suena y quiero pensar que no ha sido Diego, el que ha detenido el golpe con su cara. ¿Pero que le pasa a ese hombre? ¿Es que no sabe que la esclavitud donde podían moler a golpes a los siervos hace décadas que paso?

- ¡La primera norma es el contrato!

- ¡Joder, deja que te explique imbécil!

Los golpes se hacen más sonoros y no me hace falta moverme de donde estoy para averiguar que deben estar propinando puñetazos de un lado a otro. Decido bajar las escaleras e ir al salón a detener a los idiotas que van a despertar a los niños. Los pies se me quedan estancados como si estuviera en arenas movedizas, cuando mis ojos reparan en los dos hombres que se dan de golpes sin parar, arrasando con todo lo que se pone a su paso y en el que intenta separarlos.

Despierto del sueño de golpe, empezando a ser consciente, que mi menor problema es el despido. Me muerdo el labio, sin saber si detenerlos o echar a correr a la vez que una mirada se posa sobre mí y se queda de piedra al verme. ¡Me ha reconocido!

- ¡Ián, para ahora!

- ¡Qué te den!

- ¿No quieres conocer a la niñera? — Dice, burlón.

En el acto deja su mano suspendida en el aire y yo no sé donde esconderme para no ser la recibidora de toda esa ira. Lentamente se gira y el corazón se me detiene al ver esos iris azules que siempre he adorado impregnados de furia y dolor. Sus ojos al verme se abren con sorpresa, se pone de pie y camina recomponiendo su vestimenta hasta estar a unos metros de mí.

- ¿Sindy? — Pregunta, como si estuviera viendo un fantasma.

- ¡Ahora te parece buena la explicación! — Grita, Diego.

- ¿Qué mierda te has hecho Sindy?

- No me llames así...

Me doy la vuelta y echo a correr escaleras arriba. No puedo evitarlo, cuando él está en mi vida los problemas crecen, mi vida se descontrola y termino dañada, incluso más que la vez anterior. Llego al cuarto y los gritos abajo siguen. Espero durante diez minutos, comprobando que no va a aparecer. Con dos pasos voy a la mesita de noche y sin pensar la hora que es marco el número.

- ¿Has visto la hora? — Obtengo por respuesta, tras marcar tres veces.

- Carina, ven por mí y sácame de este sitio.

- Vale. ¿Dónde estás? — Dice, notando en mi voz la preocupación.

- ¡En la jodida casa de Ian!

Se echa a reír, dejándome bloqueada sin entender a que viene que sé este desternillando de risa, porque yo no le veo la gracia.

- Sindy, solamente tú eres capaz de ir a meterte en la casa del lobo.

- ¡No fastidies, no lo sabía!

El móvil desaparece de mis manos a la vez que una mano que reconozco lo aparta de mi oreja. Bajo mi atenta mirada pulsa la tecla de colgar, deja caer el teléfono al suelo y lo pisa, haciéndolo añicos.

¿Cómo no reconocí su voz? ¡Por qué todavía estaba dormida! Si hubiera sido de otro modo, su imagen inesperada no habría logrado causar la turbación que sentí en todas las partes de mi cuerpo.

- Por tú bien, me compraras otro. — Le digo, en un rebote.

- Sindy, llevo años buscándote... ¿De verdad crees que te voy a dejar ir tan fácil?

- Basta Ian, lo nuestro se quedó en aquella habitación. Lo mejor... es que me vaya y te olvides de que he estado aquí. — Digo, insegura.

Da dos pasos adelante y yo los doy hacia atrás. Si albergaba alguna esperanza de que me hubiera perdonado el daño que le cause, sus ojos, su postura y sus palabras las mandan a volar igual de alto que un avión.

- Estoy de acuerdo en que lo nuestro término. Pero me sigues debiendo una aclaración y dos años de la vida de mi hijo.

El dolor que demuestra su voz, me hace tambalear y sentir mal. Nunca pensé en eso, mi empeño era huir, que no me encontrara, no vi que mi acción lo devastaría de tal forma, que lo convertiría en un hombre sin corazón.

- Venga, Sindy, estoy esperando.

- ¡No me llames así! — Le grito, aborreciendo la manera en que sus labios pronuncian mi nombre.

- ¿Enid? ¿Así quieres que te llame? — Dice, desdeñoso. - ¡Dame una buena razón de tu alejamiento, cuando te había escogido y quizás lo considere!

- No chilles. Los niños están durmiendo. — Pido, en susurros.

- Muy bien. — Se arrima hasta estar pegado a mi oído, consiguiendo que tiemble. - ¿Mejor así? — Susurra, dejando que el aire acaricie mi piel. - Dame una explicación. — Dice, ralentizando las palabras.

- Ian...

- Para ti señor. — Corta duramente.

Esa frase salida de sus labios, me lleva al límite y aniquila mi paciencia. ¿Qué le deje? Sí, que lo supere, eso no le da derecho para comportarse como un capullo, bueno, quizás sí, pero no creo que merezca tanto desdén por su parte. Conoce todo lo que sufrí, debería haber visto que mi reacción no era desmesurada como él cree, si no la de una mujer atemorizada, que temía cualquier día perder lo que más amaba. En realidad salí perdiendo igual, porque para protegernos y dejar de vivir con el hay en la boca de no saber si cualquier día acabarían con su vida, decidí perder su amor, así que aún después de dos años, me sigo preguntando; si hice lo correcto y si valió la pena. Le doy un empujón con todas mis ganas a la vez que mis ojos le dedican una mirada igual de rabiosa que la suya.

- ¿Quieres saber por qué? — Le grazno. - ¡Miedo Ian! Estaba aterrorizada de no saber si después de la última reyerta habría más, no saber si mi padre me volvería a utilizar, no saber si tú me volverías a abandonar otra vez porque así lo dictaba Alessandro. No podía seguir viviendo presa del pánico, temiendo en cualquier momento otra jugada, otra trifulca u otro separatismo de mi hijo. Colapso. Lo siento, pero no podía más.

Sus facciones no cambian ni un ápice, nada, como si fuera un hombre sin sentimientos, que ni siente ni padece. Se gira hacia la puerta y agacho la cabeza devastada por darme cuenta que los dos nos hemos perdido a nosotros mismos.

- ¡Sindy! — Ruge, parándose sin atravesar la puerta. - Me dejaste sin miramientos de que estaba en un puto hospital. Me destrozaste como nunca nadie lo había hecho. No pidas consideración porque no la tendré. Mañana a las diez te quiero en el despacho para hablar del contrato.

FUE MÍO Y LO SIGUE SIENDO.

A las siete de la mañana estoy despierta, la verdad es que antes de que sonara el despertador ya estaba levantada, dando vueltas por la habitación y tratando de que las

voces de Ian y estoy segura de que la de Carla, dejarán de filtrarse por mis oídos. Como aseguré, no tendrá consideración y ha tardado un par de horas para confirmarlo con sus hechos.

- ¡Mami! — Chilla Izan, cuando entro en su cuarto.

- Venga grandullón que el colegio espera.

Veinte minutos después, está vestido, calzado y peinado. Cogido a mi mano, vamos a la habitación de Blanca, hago la misma operación y llevándola en brazos, bajamos a la cocina. Preparo el vaso de leche para Izan y un biberón para Blanca.

- Ya está mami.

- a está. — Imita Blanca.

- Ja, ja, ja. Sois unos campeones.

Cojo a Blanca en brazos y me acerco a Izan, la deposito en el suelo a su lado y a los dos a la vez los estrecho, dándoles besos por la cara y el cuello haciéndoles reír. Viendo la felicidad de los pequeños por un simple gesto, me uno a sus risas.

- Vaya, que bonito día.

La risa se me corta en el mismo momento que la voz de Ian, se filtra en mis oídos. Me pongo de pie y sin dirigirle la palabra dejo a Blanca en su trona, le hago un gesto de la mano a Izan, y entendiendo lo que le estoy diciendo, corre al salón y se pone la televisión. Me doy la vuelta y termino de enjuagar el vaso y el biberón, como si él no estuviera en la cocina. Cuando vuelvo a girar sobre mis pies, tengo que pegarme más al fregadero y agarrarme fuerte con las dos manos a la encimera; el imbécil esta demasiado cerca.

- ¿Sabes? Aun siendo rubia, sigues estando para comerte.

Baja la cabeza hasta mi cuello y el cuerpo se me tensa de tal forma que temo hacerme una contractura. Sin dejar que llegue a rozar mi piel, le asesto el rodillazo que desde hace horas ansiaba darle. Se encoge sujetando sus partes y aprovecho para alejarme de él.

- ¡Pues tú dejas mucho que desear! ¡Izan, vamos cariño que llegaremos tarde! — Digo, suavizando el tono.

Mientras saco el carro de Blanca, veo a Ian, cruzar por el comedor con una mirada nada agradable, se puede notar en su cuerpo la tensión combinada con el cabreo. Sonrío sin remedio, eso le dejará bastante claro mi posición. Salgo con los dos niños y en quince minutos escasos llegamos al colegio.

- Adiós, mami.

- Pórtate bien.

Asiente y corriendo se dirige donde varios niños alzan sus manos en su dirección. ¡Qué rápido crecen! Empujo el carro y paseo durante un rato con Blanca, en una de las tiendas por las que paso, me detengo, debido a que el coche que tanto pide Izan, llama mi atención. Cojo la cartera y extraigo la tarjeta que me dio Diego, con una sonrisa traviesa.

- Hola, quiero ese coche teledirigido rojo que tiene en el escaparate. Y

esa muñeca que parece un bebé. ¿Hace alguna función?

- Simplemente llora, cuando no lleva chupete.

- Perfecto.

Luego sigo caminando hasta llegar a la tienda de móviles. ¡Le voy a fundir la tarjeta! Pienso, mientras entro en el establecimiento.

- Hola, quiero el mejor móvil que tenga, sin importar el coste y una tablet, por supuesto también la mejor.

¿A qué idiota se le ocurre dejar una tarjeta sin límite? Vamos a ver la cara que se le pone, cuando vea que me he gastado un buen pellizco.

Eso le pasa por idiota, si me hace enojar, no me voy a cruzar de brazos y se la voy a devolver. Enciendo mi teléfono nuevo y me quedo maravillada con la calidad que tiene. Me siento en el primer parque que se me atraviesa en el camino y decido hacer la primera llamada,

- Carina, soy yo.

- Enid. ¿Qué le pasa a tu móvil?

- Que el orangután se lo cargó. ¿Por qué no has venido como te pedí?

- Bueno, veras, Marcos y yo vivimos tres dúplex más adelante, Ian lo mando y me quito las llaves, me las ha entregado hace cinco minutos y porque Ian, le ha llamado de un humor deplorable.

- Ja, ja, ja.

- ¿Qué le has hecho?

- Darle un rodillazo.

- ¡Ya estáis así!

- Ha empezado él... no puede acostarse con la sirvienta y a los cinco minutos venir y decirme "que aun siendo rubia estoy para que me coman".

Carina, en vez de darme la reacción que espero, esa que tanto utiliza poniendo el grito en el cielo y soltando maldiciones dirigidas a Ian, por ser un cretino, se queda callada más minutos de lo habitual, en los que únicamente escucho su respiración.

- ¿Carina? — Pregunto, para verificar que sigue al teléfono.

- Enid, te quise advertir y no me dejaste. El hombre que conocías ya no existe. Siempre está cabreado, le grita a todo el mundo, no escucha a nadie, y hace una gilipollez detrás de otra.

- ¿Cómo la de ayer? — Interrogo al recordar las palabras de Marcos.

- Sí, Marcos está tratando de arreglar la cagada que ha hecho. El inversor está muy cabreado y ahora se niega a invertir en el negocio que van a abrir en las vegas. Luego tienes las mujeres... acostúmbrate porque van y vienen de la cama de Ian, como si fuera un desfile de modelos.

- No puede ser Carina. Él no es así, sí, ha cometido errores...
- No es el mismo, no creo ni que tú puedas volver a traer de vuelta el hombre que fue.
- Ven por mí, Carina. — Suplico.
- Lo intentaré, en una hora paso por allí.

Finalizo la llamada y al mirar al frente algo llama mi atención. ¡Me ha puesto vigilancia! Condenado patán, debería hacerse mirar esa obsesión que tiene conmigo, porque ya sobrepasa el grado normal de locura. Vuelvo a llevar el aparato a mi oreja, con la intención de que el reloj pase de las diez, hora que dispuso el mandón para que estuviera en su despacho.

- Hola, Jalila. Lo sabías. ¿Verdad?
- Sí, Enid. En cuanto reconocí a Diego, supe que te había encontrado.
- ¿Cómo es posible? Yo no conocía a Diego.
- Es uno de los que dirige el grupo de hombres. Por eso nunca lo has visto hasta ahora. Siempre suele estar fuera, vigilando las posiciones de cada uno.
- Que bien me engaño, en todo momento sabía quien era. ¿Irás por Izan?
- Claro. Lo recoges a la seis.
- Gracias.
- Nos vemos esta tarde.

Sin más excusas para retrasar la discusión que seguro cien por cien voy a tener con Ian, a paso tranquilo me dirijo a su casa. No es que este suponiendo, es lo que pasará, porque por eso he retrasado la vuelta y por eso he gastado su dinero hasta hartarme; para que explote. Puede que este loca, quizás es que soy una inconsciente o simplemente todo se debe a que él en dos años ha metido en su cama a todo lo que lleve falda y yo en cambio, no he podido estar a menos de dos metros de un hombre.

Un razonamiento que me escuece y no debería, porque fui yo la que le dejo, la que decidí que no era lo suficientemente fuerte para seguir viviendo la vida que lleva y luchar por estar a su lado, en resumen, solamente una palabra es acertada para lo que hice; me rendí. Llego pasadas las diez y media, la otra chica morena que también estoy convencida se acuesta con Ian, sonrío al recibirme e incluso me ayuda a entrar las bolsas que llevo colgadas en el carro, junto con las que llevan los muchachos a los que pedí que las trajeran a estas horas.

- Gracias.
- No soy igual que ella. Ni siquiera me gusta Ian. — Aclara la chica.
- Eras... Sonia. ¿No? — Asiente, mientras los muchachos van entrando cosas y dejando todo en el recibidor. - No me importa a quien meta el jefe en su cama. Yo solo quiero trabajar, aunque no creo que dure mucho aquí... por cierto. ¿Dónde está?
- En el despacho con...
- Carla. — Finalizo, por ella.

Asiente. Sonríó mientras la idea se instala en mi mente y cuando llego a saborear el éxito, doy una palmada al aire, dichosa por poder atormentarlo un poco más.

- Vamos.

- No, no. Tiene especificado que cuando este con alguien no se le moleste de ninguna forma.

- Ya. Pero es que yo soy la única que si puede molestarle así lo quiera él o no.

Que no quiere que me vaya, perfecto, deseara echarme a patadas, porque me voy a encargar de estropearle todos los polvos y de amargar su vida. Con decisión llego al salón seguida de cerca por Sonia, atravieso el comedor hasta plantarme en medio de la puerta y doy cinco golpes firmes.

- ¡He dicho que no...!

- ¿Qué no te molesten? — Digo, con pitorreo, abriendo la puerta.

Con una frescura recién adquirida, me apoyo en el marco de la puerta, imperturbable ante la escena que les he chafado. Me muerdo el labio con más potencia de lo habitual, sintiendo un leve picor en el labio inferior. No me extraña nada de lo que veo, antes de entrar ya imaginaba lo que hallaría, pero no puedo negar, que el dolor me traspasa todo el cuerpo, como si me hubiera caído un rayo. ¡Creí que lo había superado! Que ya no me importaba, que había conseguido olvidarle y ahora al ver a la morena abierta de piernas con el cuerpo estirado hacia atrás, mientras Ian sigue casi encima de su cuerpo, me explota la verdad en la cara; nunca he superado lo de Ian. Tal es la desfachatez de los dos que, no se mueven ni un milímetro, la irritación comienza a quemar mi cuerpo, siendo muy difícil mantener la pose de

«no me importa», y seguir mirándoles, para que Ian, tenga que alejarse de Carla.

- ¡Sal de aquí Sindy!

- Si tú empiezas a llamarme Enid, quizás lo consideraré. — Le espeto, lo mismo que me soltó él anoche. - ¿No querías hablar conmigo? —

Interrogo, con una voz de falsa inocencia.

- ¡Ahora no!

- Vale, vale, no me comas. Te dejaré que termines en cuanto me digas donde pongo todo lo que he comprado... en mi cuarto no coge.

- ¿A qué te refieres con todo?

Al fin centra su atención en mí, separando su cuerpo de la morena sin apartar sus ojos de los míos, le sonrío cínicamente y después contemplo mis uñas demorando la respuesta.

- ¡Sindy que has hecho!

- Ian. ¿Por qué está el pasillo lleno de bolsas? — Pregunta, Diego confuso, asomando la cabeza por la puerta.

Sonríó más ampliamente, cuando Ian sale escopeteado al salón, le sigo casi dando saltos hasta que llegamos al recibidor y cuando casi se va de bruces contra al suelo al chocar con

una bolsa, no puedo contenerme por más tiempo y rompo a reír.

- Oh, se me olvidaba, gracias por el móvil nuevo. — Remato, dejando un beso en su mejilla. - Es precioso, no tenías que haberte gastado tanto, aunque no esperaba menos de ti. ¡Lo que voy a disfrutar con mi iPhone nuevo!

Puedo sentir en el momento que todos sus músculos se van contrayendo y como su respiración se vuelve irregular, por eso antes de que llegue a rodear mi muñeca con su mano, he echado a correr camino del jardín, soltando carcajadas limpias. Tanto las dos muchachas como Diego, nos siguen, Carla con los morros fruncidos señal de que no le hace gracia que sea capaz de dominar a Ian y los otros con una sonrisa, porque parece que si existe alguien que puede hacerle sentir; yo.

- ¡Maldita seas Sindy! ¿Cuánto te has gastado?

- ¡Te aseguro que no quieres saberlo! — Digo, con dificultad, dando vueltas alrededor de la piscina para que no me alcance. - Pero... el portátil es una pasada y la tablet ya ni te digo. ¡Ah! Y el libro electrónico es lo que más me encanta.

- ¡Cuándo te coja se te van a quitar las ganas de reír!

Sigo corriendo, mientras extraigo el papel de la compra y luego lo dejo caer al suelo.

- ¡Ahí tienes el papel de lo que he gastado!

Se detiene por unos minutos, dándome un respiro para recuperar el aliento, no dura mucho, porque cuando ve el precio vuelve a correr detrás mía con más ímpetu.

- ¿Cómo te has gastado tres mil quinientos dólares en dos horas?

- Gastando amor, de que otra forma si no. ¿Quién te manda dar una tarjeta sin límite?

- ¡Diego! ¡Córtale el paso ahora!

¿Ian pidiendo ayuda? ¡Cabreo total! Corro y como ha pedido, Diego me corta el paso, pienso que hacer, pero ya me he divertido bastante, así que doy media vuelta y me enfrento a Ian. Cuando lo tengo casi encima, doy un salto y me tiro a sus brazos, consiguiendo que los dos acabemos dentro de la piscina. Ian me sostiene de la cintura y a la misma vez salimos a flote. Por el rabillo del ojo veo a Carla y puedo sentir hervir su sangre, sonrío en su dirección y en un movimiento ligero pego mis labios a los de Ian, dejándole claro a la morena que él sigue siendo mío. Cuando Ian reacciona, para triunfo mío, lo hace subiendo sus manos a mi cara y pegándose más a él; Sindy uno, morena cero. Sí, Sindy, porque una simple escena de él con otra me ha hecho volver del rincón oscuro donde estaba escondida. El timbre suena y la burbuja explota, Ian se aleja despacio y consternado por mi arrebató no abre la boca hasta salir de la piscina.

- ¡Vosotras dos largaros arriba! Y tú y yo, hablaremos luego. —

Sentencia.

Entramos y diviso a Carina, corriendo y empapada me echo a sus brazos, mojándola en el transcurso.

- ¿Qué os ha pasado?

- ¿Qué haces aquí? — Obtiene por respuesta del cascarrabias.

- Vengo por Enid.
- Ella no va a ningún lado.

Y para confirmar lo que dice, se acerca, me coge del brazo y me pone detrás de él, mientras que con la otra mano se hace con el celular.

- Marcos. ¿Dónde estás? — Escucha durante unos segundos en los que su sonrisa se acentúa. - Te espero en diez minutos y más te vale explicarle a tu novia que no se meta donde nadie la llama.

- ¡Eres un cretino! ¡No puedes retenerla! — Grazna, Carina furiosa en cuanto corta la llamada.

- Pues mira como lo hago. — Le responde arqueando una ceja.

- Ian.

- ¡Cállate! — Vocifera.

- ¡No me grites patán!

- ¡No empecemos bruja!

¿Bruja? Lo miro atónita, no es mi culpa que él no se pueda mantener lejos de mí, ni que su cuerpo ansíe al mío. Para sacarlo más de sus casillas sonrío, y sus ojos se achican sin entender donde esta el chiste.

- Hay Ian... sigues amándome.

Mis palabras le golpean con fuerza, sus ojos se abren sin medida a la vez que da un paso hacia atrás y aguanta mi mirada. Sonrío con suficiencia, porque por mucho que trate de ocultarlo, mi corazón siente latir el suyo con la misma fuerza que el mío late por él.

- ¡Has vuelto! — Afirma Carina.

Ian nos mira sin entender de que hablamos, tratando de recomponer esa coraza que ha creado y que estoy dispuesta a destruir. He regresado e igual que una vez él se empeñó en tenerme, ahora voy a luchar por traerle de vuelta y tener su amor. Se acabó esa Sindy asustadiza y que huye, se terminó seguir viviendo en el dolor del pasado, un pasado que me destruyo de tal manera que me hizo olvidar quien era y perder al hombre que sigo amando.

- No te amo. — Dice, entre dientes.

El timbre suena y poco después aparecen Marcos y Diego, se quedan observando la situación, sin poder dejar de mirar la forma con la que nuestros cuerpos se retan, pero esta vez, juro seré la ganadora.

- Te demostraré que mientes. Carina, gracias por tú ayuda, pero tengo que hacer que un imbécil deje de tirarse a todo lo que se menea.

- ¿Sindy estás segura? — Pregunta, a la vez que Ian se echa a reír.

- Esto si que es bueno. ¿Y como lo vas a lograr? — Sigue, burlándose.

- No me retes Ian. Porque si jugamos... yo puedo hacerlo... y estoy segura de que con un

chasqueo de dedos... un buen amigo tuyo estaría a mis pies.

Su mirada se endurece y el paso que había dado hacia atrás, vuelve a darlo adelante queriendo intimidarme.

- Muy bien. Que comience el juego.

Le doy la espalda y paso por el lado de Carina, para cuando estoy llegando a las escaleras darme la vuelta antes de subir.

- Me borre el tatuaje, para tu información. — Digo, quitando la pulsera que rodea mi muñeca y mostrándola en su dirección.

Por su rostro veo pasar el dolor que le ha causado que ya no tenga algo que iba dedicado a él, y que en su lugar haya un delfín negro rodeando mi muñeca. Sus ojos se convierten en llamas y sus pies toman vida propia, comenzando andar hacia mí. No puedo evitar seguir sus pasos hasta que estamos de nuevo uno enfrente del otro y nuestras miradas se unen. Aprieto los brazos al costado de mi cuerpo, para frenar el impulso de saltarle encima y devorarlo hasta que confiese, que me quiere.

- Me importa poco si ya no lo tienes.

- ¿De verdad? Una pena... — Digo, comenzando a subir las escaleras. -

Cuando quieras saber donde lo tengo... búscame.

- ¡Joder!

Es lo último que le oigo decir, antes de recorrer el pasillo hasta mi dormitorio. Una vez dentro, apoyo mi cuerpo en la puerta y miro a la nada. Una idea empieza a pulular en mi cabeza, quiero dejarla en un lado para no empeorar la situación y tener otra pelea con el gua-peras de ojos azules y conducta inestable, de verdad que lo intento, pero mi vena loca, esa que me lleva hacer miles de tonterías, gana la discusión. Media hora después de haber estado dándole vueltas, tras buscar en las bolsas que los muchachos subieron hace un rato, encontrar lo que quería y ponérmelo, salgo por la puerta.

Camino tranquilamente hasta que paso por la habitación de Carla y abruptamente me detengo. Los ruidos son inconfundibles, habría que ser una inepta para no saber lo que sucede en ese cuarto. Con ganas de dar un puñetazo en la puerta, sigo mi camino tragando varias veces con esfuerzo para evitar que mi garganta pronuncie sonido alguno.

Llego al salón y no veo a nadie, me dirijo por el pasillo y veo que hay dos puertas. Abro la primera para encontrar un aseo, cierro y abro la segunda. ¡Una biblioteca! Me interno en el cuarto, maravillada por la cantidad de libros que hay, echo un vistazo por encima y encuentro títulos que me pueden agradar.

- Si te ve así, terminarás de sacarlo de quicio. — Me sobresalta la voz de Diego.

- Mira como tiemblo. — Le digo, con mofa, mientras hago una imitación de temblores en mi mano. - ¿Y Blanca?

- En la cocina con Sonia.

- Voy a darle de comer en el jardín. — Informo.

SIGUIENDO TÚ JUEGO.

- Venga, cosita guapa, una más.

- ¡No!

- Esa silaba si que la has aprendido bien. ¿He?

La cojo en brazos y la paseo de una punta a la otra del césped, consiguiendo que quince minutos más tarde, haya caído en un profundo sueño. Con suavidad la tumbo en el carro y la abrigo con una manta. Me quito el pareo y antes de meterme en el agua, engancho el móvil, la tablet y la tarjeta. ¿No se afana en mosquearme? ¡Pues yo tendré que seguir haciendo el sacrificio de vaciar su cuenta!

- Sí, ya está todo. — Digo, y después le recito la dirección.

Hale, ahora a esperar la comida, porque tengo muy claro que lo que cocine esa loca, no lo voy a catar, así cocine como las diosas, se puede meter la comida por donde le quepa y a mí se me ocurren tres posibles sitios, donde seguro le cogerán. Dejo el teléfono y ahora centro mi atención en la tablet, abro el eskiye y busco a una de las primeras personas que conocí al llegar y que aprecio.

- Hola, guapa. ¿Cómo te va? — Saluda, efusivamente.

Cristiano, es un hombre con cara de niño, con unos ojos miel, tan profundos que con solo una mirada, es capaz de hacer caer rendida a sus encantos a cualquier mujer. La primera vez que le vi, no pude dejar de pensar que si no hubiera pasado por el trauma que sufrí, lo más seguro habría besado el suelo que pisa igual que lo habrán hecho tantas otras. Aquel día, estaba trabajando en uno de los tantos trabajos que he aceptado, por culpa de un accidente llegue tarde a entregar la comida que había pedido y encima empapada porque estaba lloviendo e iba en una moto.

Cuando abrió la puerta, más que una repartidora, parecía una indigente pidiendo limosna, desde ese entonces tomo por costumbre pedir comida dos veces a la semana donde estaba de empleada, hasta que me despidieron y todavía hoy sigo preguntándome como es posible que consiguiera mi número y me encontrara.

- Cristiano. ¡Qué alegría verte! ¿Cuándo regresas?

- Baby, en dos días estoy ahí y espero que salgamos a darle un meneo al cuerpo.

- ¡Qué bien! ¿Nos vemos dónde siempre? El domingo es mi día libre, hablaré con Jalila, para que se quede con Izan.

- Perfecto, baby, lo estoy deseando.

- ¿Te importa si invito a una amiga?

- Si es tan linda como tú, bienvenida sea.

- ¡Mira que eres zalamero!

- Contigo nunca.

Veo salir a Diego, y mi sonrisa crece; mi comida llegó. Se acerca a la piscina y me lo entrega, incluso me trae plato y tenedor.

- Gracias.

- ¡He, baby, me cambiaste por otro!

- Ja, ja, nunca amor. No hay nadie con un corazón tan puro como el tuyo. — Digo, llevándome un trozo de pollo al limón a la boca.

- ¿Dónde estás? Aparte de ver que te estás inflando a comer, se escucha un ruido constante.

- Será el agua, estoy en la piscina.

Cojo el aparato y lo muevo para que lo vea con sus propios ojos.

Vuelvo a colocarlo en su lugar y me llevo un poco de arroz tres delicias a los labios, finalizando por pasarme la lengua por ellos para retirar el aceite que queda.

- Baby, entre ese bikini que la parte de arriba no deja nada para insinuar y que puedo imaginar la parte de abajo es un fino tanga, junto con esa forma tan sensual de comer, vas a conseguir que tenga un problema.

- ¡El problema lo tendrás si te acercas a ella! — Ruge, Ian adentrándose en el agua sin pararse a quitar una prenda de su cuerpo.

- ¿Baby quien es ese tipo?

- Te lo explicaré más tarde, te llamo en la noche Cristiano.

- De eso nada. — Dice, desconectando el programa. - ¿Te estaba llamando nena?

- No es de tu incumbencia.

Me llevo otro pedacito de pollo y después me pongo a nadar, no tardará en hacer movimiento, le conozco y esto es lo que estaba buscando, por eso le estaba dando coba a Cristiano y seguía su broma, porque estaba segura de que vendría a buscarme. Sus manos rodean mi cintura, me da la vuelta y empuja mi cuerpo hasta pegarme a la pared.

- ¿Quién era?

- Cristiano. Ésa es fácil, prueba con otra.

- ¿Por qué te llama nena?

Arqueo una ceja, y no dejo de decirme, que más que desfachatez lo que no tiene es vergüenza, si se cree con el derecho de reclamar, cuando él se acuesta con otra en mi cara.

- ¿Por qué le gusta llamarme así? ¡Ahora aparta tus manos!

Con un movimiento brusco lo hace, camino con su mirada puesta en mi espalda y con parsimonia subo los escalones, cojo la toalla y con mucha suavidad me seco, sabiendo que sus ojos no dejan de examinar mi cuerpo.

- No veo ningún tatuaje. — Comenta.

- Quizás, no estás buscando donde tienes que hacerlo y deberías buscar más exhaustivamente.

- ¡No me toques los huevos Sindy! ¡Con esa cosa está casi toda tu piel a la vista!

- Mm. — Digo, mientras marco en el teléfono. - Carina, me han invitado a salir el sábado por la noche. ¿Te apetece venir?

- Claro. Mándame un mensaje con la hora.
- De acuerdo, te lo mando entre hoy y mañana.
- ¡Sindy si es el gilipollas ese quien te ha invitado, no vas a ir!
- Luego te hablo, Carina.

Me agacho hasta estar a su altura y ligo mis ojos a los suyos, demorando mi respuesta, mientras me entretengo en mojar mis labios con la lengua.

- No lo puedes evitar Ian. Tampoco lo puedes impedir. Así que...
asúmelo, porque el sábado, me pondré un vestido tan corto que...

Me coge por los brazos y tira haciéndome caer otra vez al agua, rodea mi cintura evitando que pueda escapar y me mira con tanta lujuria que llego a creer que mi cuerpo va a arder, aun estando en agua fría.

- ¡Qué demonios quieres Sindy! ¡No vas a conseguirlo, te he olvidado, lo único que quiero es que sufras y te arrepientas de haberme dejado!

De la misma forma con la que me ha apresado, me suelta y sale del agua, con premura le sigo, no dispuesta a dejar las cosas así, tiene que perdonarme, ahora sé que fue un error dejarle y como bien ha dicho, ya me arrepiento de haber huido, pero no era yo, el temor dominaba mi alma e hice las cosas sin pensar. He pasado dos años martirizando, y recriminando el dolor que nos cause a los dos a mi mente por hacer caso a la razón en vez de a lo que dictaba el corazón, como para que él quiera agravar el daño que ya hay hecho. Por eso no pude deshacerme del tatuaje y simplemente lo puse donde no lo veía, porque cada vez que mis ojos iban a ese lugar, el llanto, el dolor y la amargura se unían y quedaba peor que antes, me hundía sin ser consciente en un abismo del que me costo meses salir. Ni siquiera estando bien era yo, vivía porque respiraba y mi corazón latía, pero no porque estuviera viva, estar viva no es no sentir, no disfrutar de lo que quieres y dejar que el tiempo pase, mientras tu vida se marchita. No he sido consciente de que me estaba dejando morir en vida, hasta que otra vez entro en mi vida y me di cuenta de que le seguía amando y que no quiero que este con otra, que quiero que me quiera y esta vez no voy a rendirme.

- Sonia, por favor, entra a Blanca. — Digo, caminando detrás de Ian.

Llegamos al despacho y empieza a quitarse la ropa, contengo la respiración y me pregunto si él sentirá lo mismo cuando me mira a mí.

Desvió la mirada y me concentro en contar hasta cien, para evitar poner mi vista sobre él.

- ¡Vamos, Sindy, no vayas ahora de remilgada! Siéntate.

Despacio giro la cabeza, para ver que se ha puesto otros pantalones, pero sigue sin camiseta. ¡Condenadas hormonas!

- Lo siento Ian. — Le digo, sincera y de corazón. - De verdad que lo siento. No quise hacerte daño. Cuando te vi caer... fue la gota que colmo el vaso. No lo podía soportar más. Perdóname.

Su cara no refleja nada, imperturbable me sigue contemplando, como si de mi boca no

hubiera salido palabra alguna. Abre el primer cajón y extrae unos papeles. Suspiro, cuando los desliza hacia a mí, dándome cuenta que mi disculpa se la trae floja y encima lo confirma, cuando abre la boca.

- Demasiado tarde Sindy. Solamente quiero una cosa de las mujeres y no te atrevas a insultarme, ni a soltar alguna de tus lindezas porque este hombre que ves lo has creado tú. Firma el contrato.

Cojo el bolígrafo y los papeles, doy un vistazo por arriba donde parece que todo está bien, al llegar a la parte de abajo mis ojos se agrandan sin remedio. Sin poder creer lo que veo, lo vuelvo a releer, no, no estoy loca. ¡Al gilipollas se le ha ido la chota!

- No voy... ¡Cómo demonios voy a firmar una cláusula en la cual tú puedes venir a mi cuarto la noche que quieras y yo no puedo negarme!

— Estallo.

Cuantas más vueltas le doy, más crece mi cólera, no puede ser cierto, tiene que estar de broma. Pongo mis ojos en los suyos y me queda claro que lo dice en serio.

- No lo repetiré Sindy, firma. Toda mujer que trabaja en esta casa tiene que estar de acuerdo con la cláusula y tú no tienes opción.

- ¿Qué no tengo qué? ¡Qué te den Ian!

- Sindy, estos dos días he estado investigando... sé que le debes bastante dinero a tu casero y que no tienes para pagarle, sé que le pediste dinero a un prestamista hace un mes y que te quedan dos semanas de plazo para devolverlo y que tampoco lo tienes, debido a que has ido tapando todos los números rojos en los que te dejo tu empresa, pero lo mejor es que yo sé algo que tu familia no te ha dicho y si quieres saberlo firmarás y entonces te diré lo que le ha ocurrido a tu madre. Como ves no te doy opción.

¿Mi madre? De todo lo que ha salido de su boca lo único que retumba en mi cabeza es lo que ha dicho de mi madre. Con preocupación mantengo mis ojos en él, tratando de encontrar si se está tirando un farol para que haga lo que quiere. No encuentro nada, ni que me haga ver que miente, ni que dice la verdad. La angustia crece y cojo el bolígrafo de donde lo he lanzado por el ímpetu y el impacto que he sentido al ver la condición que pone el contrato.

- Después de lo que he padecido... ¿Cómo puedes hacerme esto? —

Digo, apagándose mi voz.

- ¿Por qué? ¿Sabes lo que sentí, cuando te vi desaparecer en ese puñetero ascensor? ¿Sabes los días que trate de justificar tus actos? Mi mundo se vino abajo y no había día que no tuviera una jodida botella en la mano para conseguir olvidar tu nombre.

- Solo quieres desquitarte... — Susurro, leyendo entre líneas de todas las palabras que ha formulado su boca.

Le miro una última vez y firmo, sabiendo que no voy a acatar ese párrafo sin sentido y en contra de lo que quiero hacer; porque ahora mismo lo que más deseo es atravesarle un ojo con el pequeño artillugio.

- Espero que cuando hayas conseguido calmar toda esa rabia y rencor que te oscurece el

alma, puedas vivir con ello.

- Lo superaré igual que hice contigo.

- ¿Qué sucede con mi madre?

- Mañana tus deudas estarán saldadas y con respecto a tu madre...

hace dos semanas tuvo un accidente. Salía del supermercado, cuando un niño de no más de diecisiete años la arrolló con la bici. — Se lleva la mano a la cara y yo empiezo a temer cualquier cosa. - Sindy, tu madre está bien. — Dice, bajando las manos y dejando ver que en su cara hay una sonrisa. - Tuvo una fuerte caída y se fracturó el troquíter, que por si no lo sabes es el punto de inserción entre tres músculos del hombro.

Me levanto airada, sin apartar la mirada de él, tratando de procesar que haya sido tan miserable para jugar de esa forma con mis sentimientos.

¡Dios pensé lo peor! Cuando de su boca salió la palabra accidente, mi mundo se empezó a tambalear, varias posibilidades de que mi madre estaba realmente mal pasaron veloz por mi cabeza. ¡Cómo se le ocurre!

¿Es que ha perdido el juicio? Harta de ver su sonrisa arrogante, salgo del despacho y andando más rápido de lo normal, me dirijo a la piscina.

Doy un rodeo por todo el lugar, intentando recordar donde deje el móvil, mientras siento a Ian, pegado a mi espalda. ¡Debajo de la toalla! Corro hacia la mesa y alzo la toalla con un movimiento brusco, marco todo lo veloz que puedo el número de mi hermana, siendo consciente en todo momento de los ojos azules que me siguen de un lado a otro.

- ¿Sí?

- ¡Tabi el día que te pille te mato!

- ¿Y ahora que he hecho?

- ¡Por qué no me dijiste lo de mamá!

- ¿Cómo te has enterado? ¡Sindy no seas exagerada!

- ¡Es mi madre Tabi! ¿Cómo quieres que esté?

- ¡Deja de chillar!

Cierro la boca de golpe y no por las palabras de mi hermana, sino por otro motivo que me hace retener el aire y evitar de cualquier forma llegar a hiper-ventilar; la mano de Ian, bajando por mi estómago en una suave caricia, mientras susurra: “quiero verlo”. Trago con dificultad, porque sé exactamente a lo que se refiere. ¡Le he dado ese poder!

¡Estúpida, estúpida! Repito una y otra vez en mi cabeza.

- Tabi... ahora te... llamo. — Digo, tratando de razonar y no olvidar que mi hermana está al teléfono.

La mano de Ian, se desplaza varios metros más abajo, me muerdo el labio con ahínco para impedir que escape sonido alguno de mi boca, pero... cuando su mano vuelve a bajar, llegando a la zona prohibida, no puedo soportarlo más y sucede; un pequeño gemido sale de mi boca.

Inmediatamente en un intento pésimo, trato de ahogar el sonido juntando los labios. Su risa de pura satisfacción, pegada a mi oído, hace que me estremezca en sus brazos sin remedio y el rubor aflore en mis mejillas.

- Lo quiero ahora. — Dice, en tono autoritario.

- ¡Estás con Ian! ¿Sindy que te pasa en la cabeza? — Grita, mi hermana.

Finalizo la llamada sin darle respuesta, alejo las manos que me hacen perder la cordura de mi piel y le doy una mirada de reproche. ¿Cuándo se ha vuelto un libertino?

- No.

- Has firmado un contrato que te prohíbe decir no.

- ¡No es valido y te has aprovechado de la situación!

Con agilidad tira de mis brazos, pegando nuestros cuerpos de nuevo, sube las manos a mi cara y me hace verle a los ojos. Igualmente, aunque no me estuviera inmovilizando, tampoco apartaría mis ojos de los suyos, porque son tan bonitos que cuando te mira te hechiza con ellos, siendo inevitable obedecer sus ordenes.

- Puede que no sea valido ante un juez. No soy gilipollas, Sindy. Pero está es mi casa y se hacen las cosas a mi manera, además de que sé que tienes palabra y por eso cumplirás lo estipulado. Por esta vez... te salvas porque no quiero algo que no estás dispuesta a dar, así que mientras yo subo a coger lo que Carla gustosa me entrega, piensa en si quieres seguir diciendo no, porque cada vez que lo hagas, únicamente me apartaré de ti e iré a buscarla a ella.

Tal es el ímpetu con el que me suelta que aterrizo de culo en el suelo, por no haber podido mantener el equilibrio. Lo veo desaparecer de mi vista y sé a ciencia cierta que va a hacer lo que ha dicho; buscar a Carla. Tras quince minutos en los que no me he movido, sigo considerando si entrar, pero tampoco me puedo quedar mucho más tiempo aquí sentada, tengo que darle la merienda a Blanca y después ir por Izan, llevarlos al parque, volver, bañarlos, darles de cenar y acostarlos.

Llego a mi piso a las seis menos diez, Jalila, me recibe sonriente y el abrazo que me da consigue confortarme un poco, debería conseguir algo más que eso, pero todavía siguen rondando por mi mente las voces de esos dos en acción. Por eso antes de salir he decidido llevar los cascos en el bolsillo y cuando empiece la fiesta tirar de ellos como salvoconducto y no llegar hacer algo de lo que me puedo arrepentir después, como dice el dicho: «corazón que no ve, corazón que no siente» y asunto arreglado. No va a conseguir volver a mandarme al abismo, no se lo permitiré, he resurgido de ese sitio donde solo hay oscuridad y tristeza y lo he hecho con determinación y pisando fuerte.

- ¿Cómo estas? — Interroga, con preocupación, mientras le entrego a Izan su bocadillo.

- Ni bien, ni mal. — Digo, encoguéndome de hombros. - Se ha empeñado en devolverme el daño que yo le hice.

- ¿Y se lo vas a permitir?

- Todavía no lo sé...

- ¿Enid que tramas?

- Sindy, vuelve a llamarme Sindy.

Abre los ojos sorprendida a la vez que su boca se convierte en una pequeña sonrisa. Puedo entender su reacción. Las vueltas que da la vida, hasta hace bien poco cada vez que oía mi nombre gritaba como loca que mi nombre era Enid y ahora tras haberme quitado la tela que cubría mis ojos, me doy cuenta de que era una soberana idiotez; me llame Sindy, Enid, Sara o de cualquier otro modo, la persona que hay en mí seguirá siendo la misma, por mucho que me cambie el nombre mil veces, eso no cambiara mi interior.

- Al fin has reaccionado. ¿Qué es lo que ha pasado que te ha hecho abrir los ojos? — Pregunta, interesada.

- Que le he perdido... — Digo, con resignación.

- Se lo vas a permitir. ¿Verdad?

- ¿El qué?

- Que te haga daño. — Afirma.

Vuelvo a pensar en lo que llevo pensando desde que descubrí que necesito que me ame y contesto con la verdad.

- Me lo merezco, Jalila. Quizás, esa es la única forma de que él vuelva.

- Sindy, estabas mal. Te vi llorar durante meses, casi ni comías, si no es capaz de ver que no solo él sufrió, tal vez, no deberías ni intentarlo.

- Tengo que hacerlo. Bueno, me voy que hay que cansar a estos bichos, para que se acuesten pronto.

Le doy un beso para despedirme y con Blanca en el carro e Izan cogido al hierro del lado, nos vamos. Por un rato estando en el parque me olvido del rompecabezas de mi vida y me centro en correr con los pequeños y subirlos en los columpios. Cuando dan las siete y media, decido que es hora de regresar, pero antes de irnos, me subo a uno de los balancines con los niños, sonrío y mientras Izan me planta un beso en la mejilla y Blanca intenta coger el móvil; hecho una foto. La miro y me quedo observándola por varios minutos, intentando averiguar, cual es el motivo por el que Gina no está con su hija. Anoto preguntarle a Carina y pongo la foto de salva-pantallas.

- Mami, quiero hamburguesas.

- Ja, ja, ja. Está bien. Pero solamente por hoy.

Sonríe haciéndome reír. ¡Cómo se parece a su padre en el aspecto y como se parece a mí en la comida! Me detengo en la hamburguesería que hay al lado del zoo y a un par de manzanas para llegar a casa.

Con la tarjeta mágica pago un buen lote de hamburguesas y me río sin entender, como todavía no la ha anulado.

TE CONCEDERÉ LO QUE ANHELAS, CUANDO QUIERA YO.

- Ya estamos aquí. — Digo, entrando por la puerta.

Bajo a Blanca de su silla, dejando el carro en un lado del recibidor, los llevo al salón y

como siempre que su presencia pulula por mi alrededor, mis ojos van directos a él. Sentado con un vaso con lo que supongo es whisky, Ian, ve un partido en la televisión. Por más que trato de entender, sigo sin saber como siempre va con un vaso lleno de alcohol en la mano, cuando por aquel entonces que lo conocí, nunca bebía. Me acerco con altanería, le quito el vaso y lo estrello contra el suelo.

Sonriendo doy la vuelta sobre mis pies, cojo el mando y le pongo los dibujos a los niños.

- Vamos niños a cenar.

Me hago con la bolsa de las hamburguesas y se las preparo, me arrodillo en el suelo dedicándole una sonrisa que dice: “conmigo no juegues”, y les doy la cena a los niños.

- ¡Carla sírveme otro vaso y limpia ese estropicio!

Carla aparece y sus ojos se achican en mi dirección, sonrío con superioridad y sus ojos me dedican una mirada que deja claro la tirria que me tiene. ¡Te voy a enseñar cuál es tu lugar!

- ¿Te sirvo la cena, señor?

- No. Voy a comer una hamburguesa con mis hijos.

- ¿Sus hijos? — Pregunta, con los ojos de par en par.

- Ja, ja, ja. ¿No lo sabías? ¡Chica que ingenua eres!

- ¡Sindy! — Reprende Ian. - Carla, puedes terminar de recoger e irte a tu cuarto.

La morena hace lo que manda Ian, dándome disimuladamente una mirada asesina. Si antes ya me tenía entre ceja y ceja, ahora no me va ni a poder ver a escasos metros de Ian. ¡Chúpate esa soy su favorita!

- Trae una. — Dice, estirando el brazo.

- Son de los niños y mías.

- Estoy seguro de que las he pagado yo.

- Eso no te lo niego. — Digo, mordiendo mi carrillo, para evitar sonreír.

Mi móvil suena y lo extraigo del bolsillo, la pantalla parpadea y el nombre de Cristiano se muestra en ella. ¿Y ahora que hago? La cuestión está en cogerlo y hacerle enfadar y no hacerlo, ceder y darle la hamburguesa, entonces resurgen los gritos de esta tarde con fuerza en mi mente y deslizo el dedo hacia el color verde.

- ¡Hola, amor!

- ¡Hola, preciosa! He estado esperando tu llamada.

- Dame un minuto. — Retiro el teléfono de mi oreja y tapo el auricular con mi pecho. - Izan, cariño. ¿Has terminado? — Asiente despacio. -

Ves subiendo. Ahora va mamá y te cuenta el cuento que tanto te gusta.

¡Sonia! — Llamo sabiendo que está cerca. Asoma la cabeza lentamente y puedo notar su nerviosismo. - Los vas recostando. Tardo cinco minutos. — Digo, dedicándole una sonrisa tranquilizadora.

- ¡Ya me has hartado Sindy! ¡Dame el puto móvil! — Dice, levantándose abruptamente.

- ¡En tus sueños!

Le doy la espalda, dejándolo hirviendo en rabia porque otra vez, no ha podido salirse con la suya. Terminando de subir las escaleras escucho un estruendo; sonrío triunfal al reconocer el impacto del vaso contra el suelo.

- ¿Cristiano? — Pregunto, dudosa de que siga al teléfono, cerrando la puerta de mi dormitorio.

- ¿Qué ha sido todo eso?

- Te lo explicaré cuando te vea.

- ¿Nos vemos mañana?

- ¿No que regresabas el sábado?

- He decidido adelantar el viaje un día. Tienes mucho que contar.

- No sé si, me podré escabullir mañana. Mi jefe es un obseso del control. ¿Te puedes creer que me ha puesto hasta vigilantes?

- ¡No jodas! Deberías salir de ahí.

- Lo entenderás, cuando nos veamos. ¿Cenamos mañana? Le pediré a Carina que se quede un rato con ellos.

- A las ocho te llamo y me dices donde te recojo.

Poco después me despido de mi amigo y voy a la habitación de Izan.

¿Otra vez? ¡Esté toma viagra y de ahí no hay quien me saque! «Por lo menos tiene consideración, ya que aprovecha para ser más escandaloso, cuando los niños duermen o sabe que no están cerca», pienso, mientras conecto los auriculares y me los llevo a los oídos, escuchando al momento la música. Mi cuerpo se relaja dejando de tener todos los músculos en tensión, a la vez que la melodía va transcurriendo y respiro varias veces, para no ir y cortarle su “juguete”.

Atravieso el pasillo y verifico que los dos pequeños duermen dejando un beso en cada uno, antes de salir de sus respectivos cuartos. Bajo de nuevo y esta vez en lugar de ir al jardín, decido ir a explorar la biblioteca.

Durante quince minutos, leo títulos sin que ninguno llame mi atención, hasta que mi vista repara en un cuaderno algo escondido entre dos libros. Extrañada lo cojo y le doy un par de vueltas en mis manos; sin título. Me siento en la butaca que para mi sorpresa se recuesta, abro el cuaderno y empiezo a leer.

{Hace cuatro días que salí del hospital y mi vida se ha convertido en una mierda, me dejé, se fue y desde que me levante de esa maldita cama la busco noche y día sin descanso. ¿Cómo ha podido dejarme?

¡La elegí! Y estoy seguro de que lo sabe y por eso duele tanto, quizás si no lo supiera lo habría entendido, pero si tuviera que escoger un número de cero a cien, elegiría el cien, estando seguro de que lo sabía, pude sentir el olor a vainilla en esa habitación. Nunca

podre perdonarla.}

Cierro el cuaderno de golpe. ¡No debería leer esto! Miro el libro por varios minutos consternada. «No debo seguir leyendo» me digo. ¡Son sus pensamientos! En contra de la lógica, lo vuelvo abrir.

{Dos semanas, y sigo sin encontrarla, es como si hubiera desaparecido del mapa, nada, ninguna pista. Ayer desesperado y con un dolor agónico de no tenerla a mi lado, me presente en casa de mi hermano.

La discusión que tuve con mi cuñada debió escucharla todo el barrio, pero no me importa, solamente quería encontrarla, pero esa enana con la que se piensa casar mi hermano en menos de dos meses, no abrió el pico de ninguna forma. La encontraré y juro que me pagará el dolor de sentirme como una basura.}

Sabiendo que está mal lo que estoy haciendo, paso páginas hasta llegar a las más recientes. Cierro el libro, dejando el dedo entre medias, para no perder la posición, me llevo la otra mano al pelo y tiro con frustración, debido a las dudas que albergan en mi interior.

Vuelvo a fijar mi vista en el libro, suelto el aire resignada y lo vuelvo abrir. «Es la curiosidad», me digo, mientras centro la vista en las letras.

{Un año y medio y sigo sin dar con ella, el corazón cada día se me reviste de más coraje. Ya no duele, ahora cada vez que escucho su nombre o pienso en ella lo único que corre por mi cuerpo es furia, una furia tan grande que creo que me estoy volviendo adicto al sexo, porque es la manera que he encontrado para sacarla de mi mente, cuerpo y corazón. Hace un mes despedí a todos los detectives, me niego a seguir pagando un dinero por una persona que a estas alturas sé que no merece la pena. Por fin tras tanto sufrir, ahogar mis penas en el alcohol y acostarme con cientos de mujeres para saciar mi sed y cólera a la par, por fin hoy la entierro y con ella entierro el corazón que una vez tuve y le entregué, nunca más nadie volverá hacerlo trizas.}

Las lágrimas caen de mis ojos y no puedo detener la congoja, nunca quise destruirle, leer lo que he provocado en él, me destroza y duele más que todo el dolor que sufrí en el pasado, sabía que no sería fácil para ninguno de los dos, pero nunca imagine que él sería devastado por mi acción errónea. Me limpio un poco los ojos y voy a la última página, lo que leo termina de partir mi corazón. Por lo que veo en la fecha del párrafo es de poco menos de un mes, suspirando lo vuelvo a leer por segunda vez.

{Hoy he tenido un momento de debilidad, llevo tres meses en Nueva York y hacía meses que no pensaba en ella, pero hoy iba a revisar las obras del nuevo Cruce que estoy levantando aquí y al detenerme en un semáforo, mi vista se fue a una cafetería cerca de Queens y la vi, el trastorno que sentí en el cuerpo fue letal, se había esforzado porque no la encontrará, tuve que contenerme para no entrar allí y gritarle que era una zorra. Durante todo el tiempo que el semáforo estuvo en rojo, no deje de observar su nuevo aspecto y no pude evitar pensar que aún con ese color rubio platino seguía viéndose preciosa. Cuando me di cuenta de mis pensamientos y el semáforo cambio a verde, pise el acelerador y como va siendo costumbre, termine de nuevo en la cama con Carla.

Todo pensamiento de Sindy se evaporó, centrándome en una Carla que siempre está dispuesta hacer lo que pida. Después de haber tenido varias horas de sexo, mientras me

fumaba un cigarro, me di cuenta de que no había ido corriendo a la cafetería, porque no quería verla y porque ya no la necesitaba en mi vida. No sentí nada hacia ella que otra cosa que fuera irritación y resentimiento.}

Cierro el cuaderno no dispuesta a leer más, ha sido suficiente y muy esclarecedor, ahora no tengo ninguna duda de que Ian, ha dejado de amarme. Miro el reloj y tengo que limpiarme los ojos tres veces para ver la hora. La una de la madrugada, hora de que me tome una pastilla, si no hoy será imposible conciliar el sueño. Me llevo las manos a la cara devastada por los últimos párrafos que se me han grabado en la cabeza. ¡Me vio! ¡Me reconoció! Vale, sí, yo no quería verlo, pero duele como si me hubieran dado con un palo de golf en la espalda, que ni siquiera lo intentara. Unos murmullos, me hacen quedarme muy quieta y escuchar.

- Ian, esa manía que tienes de levantarme de madrugada, me está empezando a cansar.
- ¿Eres mi amigo?
- Sabes que eres como mi hermano.
- ¡Pues dime que hacer con la maldita de tu prima porque me está tocando demasiado las pelotas!
- Ja, ja, ja. A ver que adivine... está derribando tu muralla.
- ¡No! Lo que me está es exasperando. ¡Ha firmado el contrato, pero no lo acata! ¿Para que mierda firma, si va a seguir haciendo lo que le de la gana?
- ¿Has conseguido que firme? ¿Qué artimaña usaste?
- Eso no te importa. — Espeta con dureza.
- A ver, Ian. Ha firmado el contrato, coge lo que quieres, te ha dado ese poder.
- No soy un violador, no me jodas Marcos. Todas las que han firmado sabían lo que había y ninguna se ha negado.
- Pues no creo que te lo ponga en bandeja... la conozco...
- Ese es el problema, ha firmado y quiero lo que dicta el acuerdo y que cierre la boca. El acuerdo deja claramente especificado que no puede decir que no. ¿Qué hago?
- ¡Es mi prima Ian! No puedes estar pidiéndome que te proporcione una idea para que ceda y la puedas meter en tu cama.
- ¿No que soy tu hermano? ¡Ayúdame!

Se quedan callados, mientras yo sigo flipando con la caradura de Ian.

¡Está mal de la azotea! Confirmado, si antes era un gilipollas, ahora además es un cabrón y no uno cualquiera, sino el mayor de la faz de la tierra.

- Haz que crea que la sigues amando y será tuya.
- ¿Qué?

Y al igual que la respuesta de Ian, quiero contestar lo mismo pero en exclamación, no será capaz, tiene que quedar algo del hombre que amo.

- Lo que has oído. No creo que te suponga mucho problema.

- ¡Eres un genio! — Dice, eufórico.

El alma se me cae al suelo, cuando le escucho y deduzco que está sonriendo. Mi turno de actuar, con una mirada furibunda, abro la puerta y los atravieso a los dos con la mirada.

- ¡A la mierda el plan! — Brama Ian, clavando su mirada en mí.

- ¡Sois unos desgraciados!

- ¡Cierra la boca!

- ¡Y una mierda Ian! Escúchame bien, si quieres tenerme tendrás que tomarme a la fuerza... — Digo, retándole. - Porque hay algo con lo que no habéis contado y es este pequeño cuaderno y ten por seguro que después de leerlo... ni aunque fueras Brad Pitt, me metía contigo. —

Digo, estampando el libro en su pecho.

Sulfurada paso por su lado dándole un empujón, llego a la cocina, cojo una pastilla y un vaso de agua y me dirijo al cuarto. Me siento en la cama y las lágrimas ruedan otra vez sin remedio. El portazo me pone en guardia. Me giro despacio para ver como Ian, se acerca a paso amenazador. Cuando lo tengo encima, mi cuerpo se bloquea. Pone sus manos en mi cintura y como a una pluma me carga en peso, acostándome con agilidad en la cama y poniéndose encima.

- Muy bien, Sindy. Lo he intentado, te lo aseguro. No es nada fácil refrenar mis impulsos de tomarte como un crío salido que no sabe mantener su deseo a raya, pero... tú, siempre tienes que descontrolar mi vida y está vez... no te lo permito.

Estrella su boca contra la mía con rudeza, haciéndome daño por la forma tan brutal con la que me besa. Sin demora y con movimientos bruscos y seguros se deshace de mi blusa, mientras mi cuerpo se queda muy quieto, librando una batalla, en la que no sabe; si detenerle o seguir adelante y dejar que el deseo acumulado salga de una vez y no nos achicharre.

Cuando sus dedos ágiles consiguen desabrochar el pantalón, ya estoy pensando a una velocidad descomunal, para detenerle antes de perder la cordura del todo, que es lo que suele ocurrir, cada vez que sus manos tocan mi cuerpo. Manteniendo a raya el fuego que desencadenan sus besos, y repitiendo cien veces mentalmente, que no puedo dejarle ganar la guerra, antes que librar la batalla, despego mis labios de los suyos con una idea y con sus palabras resonando fuerte;

“no quiero algo, que no estás dispuesta a dar”.

- ¡Basta Ian! — Digo, dándole empujones.

Empeñado en quitar la prenda que lo separa de mí, no presta atención a mi negativa y segundos después ha conseguido mandar la prenda a la otra punta de la habitación. Arremeto con más fuerza consiguiendo un solo resultado; que coja mis manos y las sujete por encima de mi cabeza. ¡Cómo siga así, estoy perdida! Reúno las pocas fuerzas que me quedan de resistencia y le miro fijamente a los ojos, detectando que el azul que tanto me gusta ha sido sustituido y se ha tornado de un negro oscuro, entonces me doy cuenta; todo

su ser está dominado por la rabia.

- Lo siento Ian. — Digo, por no decir, que no se lo voy a permitir, porque sé que las siguientes palabras, le detendrán. - Así no. No me hagas odiarte. — Digo, llamando a su sensatez.

Su cuerpo se queda rígido encima del mío, su mano deja de hacer fuerza y consigo bajar la mano hasta su cara, le acaricio suavemente y por unos segundos me deja hacer. Poco a poco siento como va volviendo del lugar al que su mente había volado y lentamente se aleja de mí. Se pasa las manos por el pelo y puedo ver aparecer en su rostro el síntoma de arrepentimiento, no lo atisbo por mucho rato, porque se recupera enseguida y vuelve a poner sus ojos sobre mí.

- No volverá a pasar Sindy.

- Ian...

Quiero decirle que no le estoy juzgando y mucho menos reprochando que haya actuado de tal forma. Sé lo que puede llegar hacer acumular el odio en el corazón, y además está el pequeño detalle de que yo también le deseo y anhelo sentirle, pero no se lo voy a poner tan fácil.

- Déjalo. Llevemos la fiesta en paz. ¿De acuerdo?

No espera que le conteste, sale por la puerta y no puedo hacer nada que no sea contemplar la puerta perturbada. Poco después los sonidos suenan más altos que nunca y he de dejarme los cascos puestos para conseguir dormir.

El sábado por la mañana, oigo la puerta abrirse y me hago la dormida intentando aguantar la risa. Izan se sube a la cama y empieza a saltar dando voces, como cada fin de semana.

- ¡Mami, vamos, quiero churros!

Me levanto y como es habitual lo cojo de la cintura lo tumbo y le hago cosquillas.

- ¡Para... mami!

- Vamos por Blanca.

Corriendo salimos del cuarto, dejo que me gane y llegue primero al cuarto. Despertamos a Blanca y al trote bajamos por las escaleras, las risas de los dos son imposibles de obviar y me uno a ellos. Los acomodo y me dispongo a preparar la masa para los churros. Primero busco todo lo necesario y lo coloco en la encimera. Después, paso varios minutos amasando la masa, Izan se pone de pie en la silla y sorprendiéndome, mete el dedo en la masa y después la lleva a mi cara, a carcajadas por su ocurrencia, hago la misma operación que él y los dos rompemos a reír.

Poco antes de verla entrar, siento su aura negativa y mi sonrisa se esfuma; Carla entra con una sonrisa altanera.

- Niñera, saca a los mocosos de la cocina, que tengo que preparar el desayuno para Ian.

- Oblígame. — Le suelto con chulería.

Como la veo venir, reacciono con premura y le susurro a Izan que se vaya al comedor. La morena se acerca y me da un empujón al que yo respondo con un bofetón, nos enzarzamos

en una pelea, donde los guantazos y tirones de pelo dominan la lucha. Tomo ventaja y le doy un puñetazo con todas mis fuerzas en el ojo, luego enredo mis dedos en su pelo y a la vez le doy otra bofetada, dejándole la cara marcada.

- ¡Sindy detente! — Dice, Diego cogiéndome por la cintura.

- ¡Maldita puta! — Chillo llevada por la cólera.

Con el impulso de la adrenalina que corre por mis venas, le doy un empujón a Diego, apartándolo de mí y con más ahínco, persisto en arrancarle los ojos a la morena.

- ¡Joder que vas a tener problemas!

Cegada por la rabia y la acumulación de sentimientos, sigo propinando guantazo tras guantazo hasta que se echa a llorar y deja de intentar devolverme los golpes. Diego vuelve a rodear mi cintura y haciendo más fuerza que antes, me aparta de una Carla con un aspecto deplorable.

- ¡Qué mierda sucede!

Respiro agitada y cierro los ojos para calmarme, cuando los abro, Ian mira de una a otra disgustado por lo que ha deducido que ha ocurrido tras revisarnos de arriba abajo. Carla no pierde el tiempo y como la falsa que es, se echa a sus brazos llorando y temblando. ¡Por favor quien se va a tragar una actuación tan patética!

- Ian... quería hacer tu desayuno y de repente se me ha echado encima y ha empezado a darme golpes sin parar. — Dice, apretándose más contra él.

¡Víbora! ¿Cómo puede ser tan falsa? Vale, puede que ella, solamente, me diera un empujón, al que yo he respondido con un bofetón, ahí soy culpable, pero... ¡Joder, que no respeta a los niños! Les mira y habla como si fueran pulgas y el cegato “solo quiero desfogarme”, no se entera de lo que ocurre en su propia casa.

- ¿No la vas a creer? — Digo, al ver como la reconforta en un abrazo.

Sus ojos se vuelven en mi dirección y no hace falta que diga nada para confirmar lo que veo en ellos; sí, la ha creído.

- Carla, sube a tu cuarto.

MI CORAZÓN TIENE DUEÑO.

Nos quedamos solos tras haberle pedido a Diego que se llevara a Blanca. Sin tiempo para reaccionar o prevenir lo que va a hacer, rodea mi muñeca y tira de mí hasta el despacho. Me da un tirón aún más fuerte y me obliga a entrar en él. La patada que le asesta a la puerta para cerrarla, me deja claro que su enfado está aumentando demasiado rápido.

- Ian, las cosas no han sido como ella ha dicho. — Digo, suavemente.

- ¡Cállate! ¡Has visto como la has dejado!

- ¡Ian me conoces, sabes que sin motivos no actúo!

- ¡No me sueltes sandeces Sindy! Deje de conocerte en el momento que saliste de mi vida. Y esto... no tiene cabida. Carla es dulce y porque estás celosa la maltratas. ¡No vuelvas a tocarla! ¿Me has oído?

¿Qué si le he oído? Pues no, todavía estoy procesando lo de que “Carla es dulce”. ¿Dónde le ve la dulzura? ¡Si todo en ella es maligno!

Empezando por sus ojos que disparan dardos en cuanto tiene ocasión hasta cuando abre la boca que es para disparar veneno, pero claro, él no lo ve, porque solamente yo soy la mala y haga lo que haga su malhumor irá dirigido a mí. Me cruzo de brazos y lentamente asiento.

- Quiero que subas a tu cuarto y estés fuera de mi vista todo el día. Has sobrepasado mi límite y no quiero lidiar con una mujer encelada. Sonia se encargará de los niños.

- Estás siendo injusto...

- ¡Eres sorda! ¡Qué no quiero oírte y aún menos verte!

Cerrando los labios firmemente, paso por su lado, abro la puerta y subo al dormitorio. ¡Arpía! ¿Se cree que voy a quedarme aquí porque lo dice él? ¡No me conoce! Cojo una mochila y meto en una bolsa el vestido que me voy a poner esta noche para la cita con Cristiano, al final tuve que llamarle ayer y anular la cena, asegurándole que hoy saldríamos por ahí. Y vaya si lo pienso hacer, ahora estoy más determinada a pasar una noche de fiesta y no pienso volver hasta la madrugada. Cuando la juerga comienza un rato después en la habitación de la víbora, ya llevo puestos los auriculares, bajo a toda prisa las escaleras y busco a Sonia por toda la parte de abajo, minutos más tarde la hallo en el jardín. Ante su mirada desorientada por verme fuera de la habitación, cargo a Izan en brazos y me dirijo hacia el recibidor.

- ¿Sindy que haces?

- Dame el número de Ian. — Pido antes de salir.

- Me voy a llevar una reprimenda... — Dice, dócil antes de recitar los números.

Me subo al coche y sin mirar atrás arranco. Llego al piso media hora más tarde y con urgencia toco a la puerta hasta que Jalila abre. No tengo mucho tiempo, en cuanto vea que Izan no está por allí, su conclusión llegará a un único punto; que algo va mal.

- Quédate con Ian. No abras la puerta a nadie. Volveré mañana por la noche.

- ¿Qué pasa? — Pregunta, preocupada.

- Que cuando vea que no estoy vendrá por mí. Por eso no voy a quedarme aquí.

- Hay, Sindy, tú y tus líos.

Dejo un beso en su mejilla y vuelvo a salir disparada, arranco y conduzco sin rumbo fijo, finalmente, estaciono en central park.

Contemplo la estatua de la entrada y como siempre que estoy en este lugar, me digo: «quien me iba a decir a mí que de Barcelona, me trasladaría a Múnich y de allí, me iría a Madrid, luego que terminaría en Italia y para rematar el recorrido que acabaría viviendo en Nueva York, la ciudad donde tantos famosos viven y donde tantas películas han sido rodadas». Si me lo hubieran dicho hace cuatro años, nunca lo habría creído, no es que adorara vivir en Barcelona, pero es donde nací y nunca imaginé que por culpa de un idiota la abandonaría para saltar de un lugar a otro huyendo de él. Todavía, cuando miro atrás, siento vergüenza y los colores acuden a mis mofletes por aquel beso rechazado en ese

avión y que me dejó la autoestima por los suelos. El pobre intento animarme y ahí fue donde me enteré de que tenía novia.

Al principio me costó creerlo, llevaba meses viniendo de Múnich a Barcelona, viéndonos en cada ocasión que podíamos en el club de su padre. Unos encuentros que hicieron que poco a poco mi atracción por él fuera creciendo a un punto tan extremo que cuando me ofreció un empleo en su club de Múnich, vi el cielo abierto y ni siquiera lo tuve que pensar, conforme la oferta salió de su boca, acepte con mucha ilusión, una ilusión que luego se fue por el agua del inodoro, cuando en un impulso pegue mis labios a los suyos y sus labios se mantuvieron sin hacer intento de moverse. Sacudo la cabeza y deshecho esos recuerdos que ahora son tan lejanos, busco el teléfono y marco el número de mi amigo.

- Hola, baby.

- ¡Amor, necesito un sitio donde estar hasta mañana por la noche!

- Ja, ja, ja. ¿Qué le has hecho a ese hombre para que te estés escondiendo?

- Eso te lo explicaré cenando.

- Ven al hotel.

- ¿A cuál de ellos? — Digo, con guasa.

De los tres que tiene su padre, puede estar en cualquiera, por eso todavía no se ha comprado un piso. ¿Para que hacerlo? Aparte de que tiene tres lugares para dormir, donde todo se lo conceden, está también el hecho de que siempre está viajando, debido a que se ha pasado los últimos cuatro años estudiando para sacarse la carrera de contabilidad.

Su padre quería que enseguida que terminara los estudios, se incorporara a la empresa, pero Cristiano le dijo que si quería que se hiciera cargo de las cuentas de los hoteles tenía que darle dos años de libertad, que para eso había estado sacrificando su tiempo, y esforzándose en aprobar la carrera, que ahora que podía quería disponer de esa libertad. Su padre como era de esperar aceptó, aunque no sin refunfuñar y determinar que tenía dos años para hacer lo que le diera la gana y que después lo quería en la empresa.

- En el Room.

- En diez minutos nos vemos.

- Te espero en la puerta. — Dice, antes de colgar.

Antes de volver a poner el coche en marcha, busco el número de Ian y le envío un breve mensaje: «nos vemos mañana por la noche imbécil».

Con suerte lo leerá y estoy segura de que si no destroza la casa por mi jugada, se pasará el día tratando de localizarme y la noche en vela.

Llego y para mi suerte encuentro un sitio libre y aparco, me bajo del auto, cojo el bolso a la vez que dejo caer el móvil dentro y segundos después me dirijo al hotel. Cristiano que está fumando, no se percata de mi presencia, juguetona y ligera, le arrebató el cigarrillo y me lo llevo a los labios.

- ¡Baby! — Dice, con ese acento tan sexy de neoyorquino, que a cualquier mujer le haría amarle.

Nos abrazamos y como es su costumbre deja un pico en mis labios, aun tras casi dos años de conocerle, me pregunto de donde ha sacado esa costumbre. Sonrío cuando se aleja y me pasa la mano por los hombros. Caminando tranquilos, me dirige al restaurante y coge la mesa más retirada de la puerta y una de las más escondidas para tener privacidad. Nos sentamos y mientras Cristiano nos sirve de comer, mi mente está deseando ver todo el edificio, como si fuera una niña pequeña abriendo su regalo de Navidad. ¿Cómo es posible que nunca en el tiempo que nos conocemos haya estado aquí?

- ¿Qué ha pasado? — Pregunta dejando los platos llenos.

- ¡Comes más por la vista que por los ojos! ¿Dónde vas a meter todo eso?

- Ja, ja, ja. Come. ¿No te has dado cuenta de que es casi la hora de comer?

- ¿Y por eso hay que desperdiciar comida?

- ¿Quién ha dicho que no me la voy a comer?

- Es imposible.

- Ja, ja, ja. Veo que lo que no quieres es soltar la sopa. ¿Hacemos un trato? Si me lo como, subimos arriba y empiezas a cantar hasta que sepa de que va la historia, si no lo hago... no volveré a preguntar.

- Trato hecho. — Digo, a la vez que pienso que he hablado demasiado rápido.

Sonríe y ante mi ceja levantada empieza a comer, no sé el tiempo que pasa, pero el mamón, no solamente se come su plato, sino que acaba también con el mío. Cuando termina, me mira y su sonrisa se acentúa al ver que me ha dejado con la boca abierta. ¿Dónde lo mete? ¡Si le miras y en su cuerpo no hay ni un gramo de más!

- ¿Cómo común demonio lo haces?

- ja, ja, ja. Jugaba con ventaja, baby. Llevo años practicando. Todos los años me presento a cualquier clase de concurso de comida. ¿No te había comentado que soy el ganador de los dos últimos años en Clarence?

- ¡Pues no, tramposo! — Digo, a la vez que le doy un manotazo en el hombro. - ¿Qué es el Clarence?

- Una ciudad de aquí de Nueva York. Todos los años hago seis horas y media para ir a la Gran granja de las calabazas a participar, de cincuenta metros de tarta de calabaza, gana el que consigue comer más porciones sin utilizar las manos.

- ¡Tramposo, sabías antes de ganar que iba a perder!

- Claro, baby. De eso van los tratos, los haces si estás convencido que vas a salir vencedor. — Dice, guiñándome un ojo.

Hago una mueca con los labios y Cristiano se echa a reír. Un pequeño sonido llama mi atención, desvío la mirada hacia el bolso y entonces me percató de que es mi móvil que vibra. Me hago con él y veo que tengo dos mensajes y tres llamadas perdidas, no hay que ser bruja, para figurarse de quien se trata; Ian. Lo confirmo al ver las perdidas, paso directamente de ellas y voy a los mensajes, sintiendo la mirada de mi amigo en todo momento puesta en mí.

IAN: ¡Más te vale volver antes de las tres!

Miro el reloj y veo que son pasadas ya de y media. Mm, tiene que estar que trina, por la hora que marca el mensaje, lo recibí hace una hora.

Abro el siguiente y corroboro que a estas horas tiene que estar gritando tacos y pagando su enojo con Diego.

IAN: ¡¿Dónde mierda estás?! ¡Vengo de tu piso y has dejado al niño con Jalila! ¡Cómo verifique que te encuentras con ese niño pijo te acordaras de quien soy!

Mi sonrisa crece viendo como pierde el juicio, acerté en mi raciocinio, si me hubiera quedado con Jalila, me habría sacado arrastras y llevado al hombro hasta su casa como los cavernícolas. Pasando por mi mente otra idea loca, me levanto con brío, cojo la mano de Cristiano y lo dirijo al ascensor.

- Te lo contaré todo, pero... tienes que hacerme un favor.

Me guía hasta su suite que está en el último piso y cuando veo el lugar quedo prendada de él. Un espacio reducido, todo hay que decirlo, pero completamente dorado y con la cama justo al lado de la ventana. Lo primero que hago es subirme a ella y contemplar las vistas tan bonitas que dan a Times Square. Dos horas más tarde, Cristiano me observa indeciso tras haberle contado toda la historia de mi relación con Ian y lo que planeo.

- ¿Me llevaré un puñetazo? — Vuelve a preguntar por quinta vez.

- Ja, ja, ja. Venga Cristiano, para eso tiene que encontrarnos.

Asiente no muy contento con su decisión; pero ya sea por ser un buen amigo, o por divertirse un rato, lo hace. Veo como se quita la camiseta y he de reconocer que tiene un cuerpo de escándalo. Nerviosa y con torpeza, me desabrocho la blusa y me quedo en sujetador, nos tumbamos en la cama y al principio no sabemos por donde empezar, finalmente, toma la iniciativa, se pone encima pegando su cuerpo al mío y me besa. ¡La madre como besa! Si no estuviera enamorada de otro, con un beso como los que él regala vería el cielo y parte del paraíso. Un rato más tarde, tras haber hecho varias posturas y tomado fotos de cada una de ellas, las reviso para decantarme por cual va a ser la que le toque la moral.

Cuando encuentro las dos que son de mi gusto, selecciono la primera y la envío; una foto muy sugerente donde Cristiano está encima y se afana por devorar mi boca, hasta yo que sé que simplemente ha sido un teatro estoy dudando de la veracidad de ellas. La segunda es la que le asestara el golpe mortal; yo arriba sentada sobre él, sin sostén, besándole y alzando mi pelo lo justo para que no se note que lo hago adrede, ya que exactamente lo he preparado a conciencia, porque mi cuerpo queda de espaldas a la cámara y claramente se puede ver el

“solo tuya y para siempre” de mi nuca. «Hale que te coman los perros», pienso, mientras le doy a enviar.

- ¿Salimos? — Digo, apagando el teléfono.

- ¡Si nos encuentra... antes de que me mate, te llevo conmigo! — Dice, bromeando.

Al final mi vestido queda descartado, porque Cristiano se empeña en que esta noche esté

esplendorosa y se encarga de mandar por uno expresamente a su gusto. Los golpes secos en la puerta, me hacen girar la cara y ver como Cristiano entra con una sonrisa de pillo, mientras me muestra el vestido. Rojo y largo hasta los pies con una abertura algo más arriba del muslo. Una divinidad, pero lo que llama mi atención es que completamente es entero de encaje.

- ¿Son ideas mías o ya lo tenías preparado?

- Póntelo.

- ¡A sus ordenes mi general! — Me burlo de su tono de mando.

Media hora después estamos sentados en uno de los clubs más selectivos, en el que nunca ni aun perdiendo la razón, hubiera imaginado pisar. Sonriendo, miro como una tonta de un lado a otro, para ver si reconozco algún famoso, ya que Cristiano me ha dicho que suelen ser habituales por aquí.

Durante un rato nos mantenemos sentados bebiendo y disfrutando de ver como la gente ríe y baila como si no hubiera mañana. Una vez la bebida corre por mi organismo y empiezo a perder la timidez, engancho a Cristiano de las solapas de la camisa y me lo llevo a la pista. Al ritmo del hip hop movemos el cuerpo, sonriendo en todo momento a consecuencia del alcohol que ya comienza atontar los sentidos. El tiempo que pasamos bailando, no lo sé, y la de ingesta de alcohol tampoco, ya que desde hace bastante rato nos turnamos para ir a por las bebidas. En un destello, me parece ver a Beyoncé, no puedo asegurarlo, a estas alturas voy algo más que achispada.

- ¿Qué hora es? — Chillo.

- He... ¡Hora de irse! — Dice, tras mirar el reloj.

Entrelaza su mano con la mía, se detiene para pagar y salimos. Se retrasa un poco en marcar los números y me entra la risa.

- ¿Atinas? — Digo, a la vez que debido a la risa, pierdo el equilibrio y casi me voy de bruces, si no es por qué su mano detiene la caída.

- Me parece que tú estás peor que yo.

- Ja, ja, ja. No te extrañe.

Tras conseguir marcar el número del chófer, esperamos unos minutos más y antes de que termine de estacionar, salimos directos hacia él, y nos montamos. Los escasos quince minutos que hay hasta el hotel dejo reposar mi cabeza en su hombro.

- Me da vueltas todo. — Digo, mientras subimos en el ascensor.

- Ja, ja, ja. Pues espera a estar tumbada.

- ¡Qué sabiondo!

De repente su boca está sobre la mía y no atino a procesar lo que sucede, debido a que la cantidad de alcohol es bastante alta.

- Lo siento, baby. No debería haberlo hecho, pero es que te deseo desde hace tanto que no lo he podido resistir.

Sin saber que decir, me muerdo el labio, no quiero hacerle daño, le aprecio, es uno de los mejores amigos que tengo en lo que a hombres se refiere, porque el puesto de amiga está ocupado por dos chicas que adoro; Susana y Carina. Vuelve a bajar la cabeza y sintiéndolo en el alma, giro la cara para que nuestros labios no lleguen a rozarse.

- Lo siento, Cristiano. — Dejo, salir en un murmullo.

- He, baby. — Alza mi cara con sus manos y me mira intensamente a los ojos. - Lo entiendo. No pasa nada. Te aseguro que él no te dejara escapar si verdaderamente te ama.

- Gracias, por entender.

Deja un pico en mis labios y no volvemos a tocar el tema. Los dos sabemos lo valiosa que es la amistad y ninguno de los nosotros quiere perderla, por algo que él sabe que no va a funcionar porque mi corazón ya está ocupado y yo porque además de no amarle, aunque lo intentara, solamente lograría hacerle daño y perder un buen amigo.

QUE MALOS SON LOS CELOS...

Abro los ojos y el dolor de cabeza es infernal. Me llevo las manos a la cara, a la vez que me incorporo para llevarme una maravillosa vista, cuando mis ojos reparan de lleno en el paisaje que hay detrás del cristal. Ni el dolor que atraviesa mi sien, es capaz de dejarme en la cama y que no disfrute de ella.

- ¡Buenos días! — Dice, con una voz ronca, debido al sueño. - ¿Qué hora es?

- Las diez y media. — Digo, mirando el reloj de mi muñeca. - Voy a darme una ducha.

Antes de entrar en el baño, recuerdo que anoche, apague el móvil, lo busco por el bolso, donde lo deje antes de salir y me lo llevo al baño.

Mientras me fumo un cigarro matutino, espero que el aparato se encienda, llego a creer que lo hace aposta para exasperarme, por qué.

.. cuanto más crece mi impaciencia, más tarda el cacharro en funcionar. Al fin se enciende, introduzco la clave y pongo los ojos en blanco al ver las llamadas perdidas; treinta. Me dirijo a los mensajes y dudo varios segundos, debe estar enfurecido y rabioso. Lo medito unos minutos más y al final hago lo que sabía que haría desde el principio; abrirlo.

IAN: ¡Cuando vuelvas vas a tener que cambiar las sábanas, pienso tirarme a Carla tantas veces en tu cama como pueda!

¡Joder! Pues si que estaba enfadado, ese es el primero de los seis que tengo y eran no más de las ocho de la tarde. El siguiente es de las once de la noche.

IAN: ¡Cómo no vuelvas en veinte minutos despídete de la ropa, el portátil y el libro electrónico!

¡Genial! ¿Cómo no caí en llevármelo todo? ¡Ah, sí, porque la idea se me ocurrió después! El siguiente es a la una de la mañana y mejor no lo hubiera abierto; un vídeo adjuntando.

IAN: ¡Qué disfrutes del show!

El corazón se me quiebra, pero me niego a hundirme y rápidamente desconecto el vídeo. ¡Capullo! Puede hacer lo que crea conveniente, no va a conseguir hacerme desistir, me he propuesto recuperarle y estoy segura de que voy por el camino correcto, haré lo necesario

para que explote y deje de negar que me sigue amando. Leo el siguiente.

IAN: ¡Sindy me estás hartando, como hagas que tenga que localizarte, te juro que mientras vivas aquí, vivirás un jodido infierno!

IAN: Muy bien. ¡Tú te lo has buscado!

Con el penúltimo mensaje, me quedo desconcertada, no entiendo que quiere decir, veo la hora y fue a las cinco de la mañana. ¡Seguro y estaba borracho! «Anda igual que yo», me río por el pensamiento. Abro el último y del temblor que siento en todo el cuerpo, el aparato se estampa contra el suelo. Es de hace media hora. Recojo el teléfono y lo vuelvo a leer.

IAN: Voy por ti.

Me tranquilizo, pensando que es un mensaje absurdo, porque es improbable que sepa donde estoy. Dejo el artilugio en la pila del lavamanos, no sin antes poner algo de música, esta vez me decanto por algo de Marc Anthony; valió la pena.

« Mirándote a los ojos se responden mi porqué.

Me inspiro en tus palabras y mi casa está en tu piel.

Que tierno amor, mi devoción, viniste a ser mi religión.

Mi dulce sentimiento de nada me arrepiento.

Que vivan los momentos en tu boca y en tu cuerpo.

Mujer.

Valió la pena lo que era necesario para estar contigo amor.

Tú eres una bendición.

Las horas y la vida de tu lado nena.

Están para vivirlas pero a tu manera.

Enhorabuena, porque valió la pena. Valió la pena.

Valió la pena lo que era necesario para estar contigo amor.

Tú eres una bendición.

Las horas y la vida de tu lado nena. Están para vivirlas pero a tu manera.

Enhorabuena, porque valió la pena.

Valió la pena, valió la pena.

Valió la pena, nena».

Mientras mi cuerpo se inunda del plácido sonido, termino de aclarar mi cabello. Cuando acaba la canción, estoy secando mi piel y le vuelvo a dar a reproducir. Después me enrolló una toalla en el pelo y me entretengo en poner crema hidratante por todo mi cuerpo. ¡Cómo se nota que es de las caras! El olor que deja en la piel es intenso. Vuelvo aspirar el olor de mis manos una vez más y con la toalla pegada al cuerpo salgo a por mi ropa.

- Cristiano. ¿Has pedido el desayuno? — Digo, mientras sigo cerciorándome que la toalla

me cubre bien.

- Creo que no le ha dado tiempo.

Alzo la cabeza de golpe, encontrando unos ojos azules fríos como la nieve traspasándome con ellos. Por inercia, doy un paso atrás, entonces mi espalda toca la puerta del baño y considero si encerrarme en él.

- Yo no lo haría.

- ¿Qué? — Pregunto, por preguntar, porque está bien claro que ha visto cual era mi intención.

- El baño. Si te encierras, derribaré la puerta y será peor. Ahora ven aquí y enséñame esas letras igual de bien que le has dejado verlas a él.

— Dice, empezando a salir a flote la furia.

- No.

- ¿Te recuerdo el contrato?

- Es mi día libre y no estoy en tu casa.

Se levanta y en un acto reflejo me adentro en el baño, empujando la puerta para cerrarla. Su mano lo impide haciendo más presión hacia dentro, para que no pueda llegar a encajarla, tras unos segundos, vence la batalla y ya no sé donde esconderme. Puedo sentir su respiración descontrolada, el furor que rezuma su cuerpo y lo peor es que si me toca no podre evitar dejarle hacer, porque mi cuerpo ansia volver a sentirle. Me pego todo lo que puedo a la pared, mientras me devano los sesos para encontrar una vía de escape. Sus manos se enroscan a mi cintura y el escalofrío que siento es inmenso. Con presteza me carga en brazos, y sin apartar sus ojos de los míos, nos adentra en la ducha. Mi neurona de razonamiento colapsa haciendo cortocircuito, por verme sin escapatoria.

- Para que veas que soy considerado, venía con la idea de tomarte en la cama, pero como siempre lo desbaratas todo, la ducha también me vale.

- Ian... no me obligues.

Deja un beso en mi cuello y después pasa la lengua provocándome un estremecimiento visible.

- No te obligo Sindy. Firmaste y he sido paciente. Y sabes igual que yo que tu cuerpo me está llamando.

- No...

- No mientas. ¿Crees que no siento cuando te estremeces? ¿Cuándo tu respiración se agita por mi cercanía? ¿Cuándo tu cuerpo hierve como el agua en el fuego? Lo deseas... — Susurra sensualmente. - Vuélvete. —

Ordena.

Despacio lo hago, no tengo forma de rebatir todo lo que ha dicho, porque es verdad, negarlo sería engañarle a él y a mí misma, por eso me callo y sigo la orden, aun sabiendo que si le dejo hacer, él gana y yo pierdo. En una suave caricia, pasa la mano por mi nuca

antes de alzar mi pelo. El gruñido que escapa de su garganta, hace que me ponga más nerviosa, expectante a cual será su siguiente paso. Pega su pecho a mi espalda, rodea mi cintura con su brazo desde atrás y pasa la lengua por la zona escrita haciendo que las piernas me tiemblen y sea un problema sostenerme de pie.

- ¡Por qué le has dejado! — Estalla al fin, como suponía que haría llevado por los celos. -
¡No debiste dejar que te tocara!

- Es lo mismo que tú haces. ¿No?

El puñetazo que da en la pared, me hace dar un bote pegándome más a su pecho. No entiendo la reacción de mi cuerpo, en vez de buscar cobijo en él, debería querer alejarse, en cambio, aquí me veo con un Ian furioso dando puñetazos y en vez de salir corriendo, me acerco más a él para sentir su piel. ¡Fabuloso! Ahora sí que he perdido el norte.

- Tú... me... dejaste. — Recalca cada palabra.

- Ahora estoy aquí.

- Pero yo no quiero que lo estés, ya hay otra en tu lugar.

Sus palabras me atraviesan y me enferman, no hace falta que sea cruel, si no me quiere a su lado que se deje de juegos y se aparte de mí. Resurgiendo el cabreo con más ímpetu, me giro inesperadamente y le doy un empujón que lo hace tambalear.

- ¡Perfecto, sal de la habitación! — Digo, con el brazo estirado señalando la puerta.

- Tampoco quiero eso. Necesito tenerte al menos una vez, concédemelo y dejaré qué te vayas. — Dice, poniéndose de nuevo delante de mi cara.

- ¿Eso es Ian? ¡Tu jodido ego! ¿No soportas que te digan no? Eso es.

¿Verdad? Te duele igual que si te diera una patada en los huevos.

- ¡No empieces! Lo único que consigues es que tenga ganas de demostrarte a quien sigues perteneciendo.

- El que lo ha olvidado eres tú. — Le devuelvo la pelota.

- ¿No lo entiendes Sindy? ¡No te quiero pertenecer, simplemente quiero echarte un polvo!

Mi mano impacta duramente en su cara, y mi mirada se torna en una de pleno asco, por ver lo empecinado que está en negar que me quiere, prefiriendo disparar su lengua para hacerme daño.

- ¡Márchate!

- ¡Vístete porque de aquí no me voy sin ti, así tenga que sacarte desnuda!

Adecantada y sin opción de hacer otra cosa que seguirle, salimos y mis ojos reparan en un Cristiano con un pañuelo en la nariz.

- ¡Bruto alcornoque! — Digo, dándole un fuerte empujón y tirándome a los brazos de mi amigo.

- Baby, al final si recibí un puñetazo. — Dice, el inconsciente a guasa.

- ¡Cómo vuelvas a llamarla nena, te va a sangrar más que la puta nariz!

- ¡Basta Ian! ¡Te recuerdo que por culpa de esa arpía fuiste injusto conmigo! Ni me preguntaste, diste por sentado que fui yo la que empecé. ¿Sabes lo que estaba haciendo, mientras ella me decía que

“sacara a los mocosos de la cocina”? ¡Churros gilipollas! ¡Estaba preparando el desayuno, y ella lo estropeó!

- No lo repetiré, apártate de él y vámonos.

Cansada de que no me escuche, sonrío en su dirección antes de dejar un pico en los labios de Cristiano. Este asustado abre los ojos como platos. Debe estar pensando que me volví majara o me dio un soponcio. Ian reacciona cogiéndome por los brazos a la vez que, me da la vuelta y estampa mi espalda contra la pared.

- ¡Por qué te empeñas en hacerme enloquecer!

- ¡Admite que me sigues queriendo y dejaré de hacerlo!

Su boca se aprieta de tal forma que, creo que se va a desencajar la mandíbula. Sonríe prepotente, acerca su boca a mi oreja, y recibo un pequeño mordisco que me pone los pelos de punta.

- Nunca. — Susurra. - Te tendré Sindy y cuando me sacie de ti, te desecharé como si fueras una cualquiera. Sigue negándote, mientras lo hagas estarás a salvo, pero te advierto... voy a quebrar tu resistencia, hasta conseguir lo que quiero. Y te aviso, para que luego no puedas decir que te volví a mentir.

- ¡Oye la estás asustando, además de pasando tres pueblos, imbécil!

Lo miro suplicándole que no diga nada más, no quiero que se lleve otro golpe, y sé que si no escucha mi suplica silenciada recibirá más de uno, ya que al tener el cuerpo de Ian sobre mí, siento lo frenético que está por dejar salir el coraje que le hierve la sangre y él solo conoce dos formas de hacerlo; a golpes o con sexo. Gracias a la sensatez de la razón por la que, aún piensa con la cabeza, tira de mi mano y nos saca del hotel, me lleva al coche y de mala leche abre la puerta para que suba. En lo que él se interna en el auto, escribo un breve mensaje, en el que le pido perdón y le digo que le llamaré.

- ¡Cómo le estás escribiendo a tu amigo con derecho a roce, arrojo el móvil por la ventana!
— Espeta, con decisión.

- Es nada más que mi amigo. Guarda el sarcasmo para ti.

- ¿Así llamas tú a los tíos con los que te acuestas?

No le doy respuesta y me pongo a mirar por el cristal. Cuando veo que pasan unos minutos y no enciende el auto, vuelvo a poner mis ojos en él.

- ¡Contesta!

- ¡No me he acostado ni con él, ni con nadie desde que me aleje de ti!

¿Contento? ¡Solo quise darte un escarmiento!

Sus ojos se abren con sorpresa ante mi confesión. ¡Qué bien, el llamándome fulana y yo confesándole que no ha habido nadie, después de él! ¿Es que no puedo cerrar la boca de ninguna manera? Por segundos o quizás minutos, me mira como queriendo averiguar si

estoy mintiendo.

- ¿Qué has dicho?

- No lo voy a repetir. — Murmuro.

- Claro que lo vas a hacer.

Me rodea de nuevo por la cintura y cuando me quiero dar cuenta me ha sentado a horcajadas sobre él. Sin rumbo fijo, miro de un lugar a otro, temiendo que nos vea la policía, se crea lo que no es y nos multen. Sus manos van a mi cara, una costumbre que tiene desde que nos conocemos y que los dos sabemos lo que significa; no apartes tus ojos de mí.

- Aclárame un par de cosas y luego te dejaré en tu sitio. ¿De acuerdo?

Su voz es tan suave que tengo que asentir sin encontrar argumentos para negarme, ya que eso por lo menos se lo debo.

- ¿Por qué en dos años... no has tenido relaciones?

Me remuevo para apartar nuestras miradas, pero me lo impide.

- Mírame Sindy. Contesta.

- No he podido. — Claudico.

- No lo entiendo.

- Hay algo que no sabes. Pero no quiero hablar ahora. Por favor, déjalo así. No quiero recordar, si recuerdo duele y otra vez tendré que ir a terapia. — Digo perdiéndome en el dolor.

- ¿De qué hablas Sindy?

- De... nada. — Digo, en un suspiro.

Me bajo de su regazo, y por primera vez veo al Ian que conozco, por muy pocos segundos, pero los suficientes para confirmar que sigue estando ahí.

- ¡Mami! — Dice, Izan corriendo hacia mí, cuando entramos por la puerta.

Lo cojo al vuelo y lo cargo en brazos dejando un beso en su moflete, para después darle una mirada de reproche a Ian, porque se haya atrevido a sacar a mi hijo de mi piso.

- ¿Qué? Es mi hijo y tengo derecho a llevármelo. — Me da por respuesta. - ¡Carla! — Grita.

- Dime. — Dice, la susodicha bajando por las escaleras.

- Que sea la primera y última vez que se te ocurre dirigirte a mis hijos despectivamente. A partir de ahora, si Sindy está haciendo algo para los niños, te darás la vuelta sin abrir la puta boca y esperarás que ella termine. Si te atreves a buscar otro altercado romperé tu contrato y te echaré sin miramientos. ¿Lo has entendido?

La veo tragar saliva con dificultad a la vez que sus ojos se desvían hacia mi persona, dedicándome una mirada despectiva y después asiente muy lentamente. En mis labios se forma una sonrisa, porque aunque él no lo vea, su muralla empieza a tambalear y pongo la

mano en el fuego a que muy pronto conseguiré traspasarla.

- Puedes seguir haciendo tus tareas. ¡Sonia!

- ¿Sí?

- Encárgate de los niños por un rato. — Dice, cargando a Izan, para darle un beso y dejándolo en el suelo segundos más tarde. - Ves con Sonia granuja, tengo que hablar con mamá.

Mi desconcierto aumenta, cuando me coge de la mano y tira hacia el primer piso, abre la puerta de la habitación prohibida y me hace entrar.

Miro a mi alrededor y no veo nada fuera de lugar y eso me extraña.

¿Porque si no, nadie puede entrar en la habitación? Por varios minutos me paseo por la habitación, buscando cualquier cosa que calme mi curiosidad y las miles de preguntas que rondan en mi cabeza de porque me trae a su cuarto. No consigo nada, el cuarto aparte de ser grande, no tiene mucho que lo adorne, así que desisto de seguir intentando distraerme y le miro de frente. De brazos cruzados y con una sonrisa, me observa de una forma que conozco muy bien y que hace que el calor recorra mi piel, llegando a sentirme sofocada.

- Ian. ¿Por qué...?

- No hagas preguntas de las cuales ya sabes la respuesta.

¡Qué bien el idiota ha regresado! Pienso con rapidez en algo que le quite la idea de tenerme por lo menos hasta que otra vez su cabeza le grite que “me posea”. Que quiero estar con él es indudable, pero no todavía, primero tengo que hacer caer su barrera y después podre tenerle. Si me precipito y le dejo salirse con la suya, fijo que diez minutos más tarde me dará una patada en el culo y echará de su vida, simplemente por sacarse la espina del pecho.

- Desnúdate.

- Ian...

- No puedes decir que no. — Asevera.

- Muy bien.

Llevo la mano a mi blusa y sintiendo su mirada cada vez más ardiente, me despojo de ella. Bajo la mano a mis pantalones, desabrocho el botón y los dejo caer, para cuando llegan al suelo en un movimiento grácil quitármelos. Le miro sin rastro de pudor y espero que mueva ficha. A pesar de lo que él piense, ya he encontrado la forma que le detendrá, el problema va a ser mantenerme firme, cuando sus manos estén en mi piel.

- Todo. — Dice, ronco.

- ¿Por qué no lo haces tú?

Su rugido de satisfacción se oye alto y claro, se acerca muy lentamente, alza las manos y me sorprende cogiendo mi cara para pegar nuestros labios. ¡Deliciosos, suaves, únicos! Lo que sabía pasaría, sucede cuando siento el remolino en el estómago y la respiración se me descontrola a consecuencia del frenesí con el que me besa. Muy despacio siento una caricia en la espalda que se detiene al llegar a mi sostén, separa nuestras bocas a la vez que

lo desabrocha, y entonces consigo recuperar el juicio y eso se lo debo a la sonrisa de triunfo que está implantada en su boca. Le dejo que haga, que me recueste en la cama y se deshaga de mis bragas, pero cuando se recuesta sobre mí, me agarro fuerte a las sabanas obligándome a no sentir y mantengo la impassibilidad ante los besos que desliza por mi cuello. No tarda mucho en percatarse de que no coopero y que mi cuerpo no reacciona a su tacto, frustrado se separa de mi e impacta un puñetazo en la pared.

LA CORAZA EMPIEZA A CAER.

- ¡Pasará Sindy! ¡No puedes evitarlo siempre! — Vocifera.

Me levanto, recojo mi ropa y me la pongo, mientras él sigue paseando de un lado a otro tratando de controlar su cabreo. Sin demora abro la puerta, pero no salgo, hasta haberle asestado un último golpe.

- Puede... pero hoy lo he vuelto a impedir. — Le digo, dedicándole una sonrisa antes de salir.

Llego a mi cuarto con una sonrisa, que se borra en el acto al ver la cama deshecha, el portátil en el suelo destrozado, y el libro electrónico en el mismo lugar con la diferencia de que está encharcado en agua.

Corro al armario y suspiro de alivio al ver que por lo menos esa amenaza no la ha cumplido. Con los ojos empañados por las lágrimas que retengo para que no salgan, retiro las sabanas, e incluso quito el colchón del somier. Está muy mal si cree que voy a dormir ahí, antes duermo en la piscina que en un colchón que ellos han utilizado para retozar. Como los huracanes atravieso la puerta dando voces, gritando el nombre de Diego. El pobre aparece corriendo y cuando repara en mí y en la habitación, puedo ver como su rostro muestra la pena que siente.

- ¡Sácalo de mi cuarto y tíralo a la basura!

- ¿Qué pasa Sindy, no es cómodo el colchón? — Dice, Ian apareciendo de repente.

- ¡Ahora mismo te odio! Ten por seguro que lo que no hice anoche con Cristiano, la próxima vez que lo vea lo haré y disfrutaré como nunca.

Su irritación asciende, me coge por las muñecas y en un tirón me pega a su cuerpo a la vez que impacta su boca contra la mía.

- ¡Eres mía! — Grita, en mis labios y no sé... si es para que lo entienda él o yo.

- Ahora la que no quiere ser tuya soy yo. — Digo, con desdén mientras me libero de su agarre.

Bajo al salón, me hago con el bolso, busco a Izan y después salgo por la puerta. Ahora mismo es la mejor opción que tengo, porque si me quedo los mato a los dos. Durante veinte minutos me centro en pasear para acabar de sacar los malos humos que el subnormal ha conseguido instalar en mi cuerpo. En la primera tienda que veo de muebles, entro y compro una cama nueva, además de una televisión plasma. En la siguiente tienda que entro es una juguetería y me paso una hora escogiendo juguetes a diestro y siniestro. ¡Si es que es tonto!

Mi mal humor se va evaporando a la misma velocidad que el dinero en la tarjeta de Ian.

Tras dar la dirección para que lo lleven todo lo antes posible, hago el mismo camino de vuelta, entonces mi vista da a parar en una tienda en la que antes no me había fijado. ¿Daré para tanto este plástico?

- Buenas. Quiero ver los mejores coches que tengan. — Digo, al primer vendedor que me encuentre.

La sonrisa del hombre al escucharme se agranda y la mía se intensifica solamente al pensar en la cara de Ian, cuando vea mi nuevo juguete.

Le sigo hasta la parte de atrás donde brilla la carrocería de los coches nuevos que esperan a tener dueño. Uno rojo llama mi atención, sin soltar la mano de Izan, lo observo detenidamente. Sí, éste va a ser mi coche nuevo.

- Mami. ¿Vas a comprar este coche tan chulo?

- ¿Te gusta?

- ¡Sí!

- Quiero éste. — Digo, tendiéndole la tarjeta maravillosa.

Espero paciente, temiendo que la tarjeta no de para tanto y llevarme el chasco y la vergüenza de tener que irme sin él. El muchacho aparece y mis nervios se acentúan.

- Todo listo. Aquí tiene la llave y debe firmar aquí la compra.

Sonrío como una niña pequeña y firmo sin dilatación deseando probar mi juguete, me entrega la factura junto la copia de la compra y casi pierdo el conocimiento. ¡Ciento cincuenta mil! En cuanto me vea me matará, pero por ver su cara, me arriesgaré a tener una muerte plácida.

- Hale, Izan, monta que vamos a enseñarle a papá como se las gasta mamá.

Antes de poner el motor en marcha le sonrío al hombre que más contento no puede estar, quien le iba a decir que hoy una mujer entraría y él haría la venta del día. Me dirijo hacia casa, pero no antes sin dar una vuelta por Brooklyn para después, dirigirme a Manhattan disfrutando como nunca antes lo he hecho. En uno de los semáforos mi teléfono suena y no me demoro en cogerlo sabiendo quien es.

- ¿Sí?

- Sindy, vuelve ya. Es pasada la hora de comer y sigues sin aparecer.

- No tengo ganas. Voy a comer con Izan por ahí.

Le oigo resoplar exasperado, porque no puede manejarme, voy a finalizar la llamada, cuando vuelve abrir la boca.

- ¿Si te digo que lo siento vendrás?

- ¿De corazón o por qué vaya? — Contraataco.

- ¿Quieres la verdad o que te mienta?

- La verdad siempre, Ian.

- Pues entonces no lo siento.

Cuelgo la llamada, antes incluso de oír terminar la frase. ¡Imbécil! «Sí, pero le amas», me digo. Llego a casa y aparco lo más cerca posible, extraigo el celular y marco.

- ¡Estoy muy enfadada contigo!

- Lo siento, tuve una discusión con Ian y se me olvidó llamarte. Te invito a comer para recompensar el plantón de ayer.

- Vale. ¿Dónde nos vemos?

- Fuera, conforme sales de la zona, justo enfrente.

Cuelga sin más, dejándome saber que sigue enfadada, tiene derecho a estarlo, se suponía que debía enviarle un mensaje para salir la noche anterior, pero con la pelea y después el pequeño teatro que arme, no recordé que debía llamarla. Poco minutos más tarde, la veo salir y recorrer el lugar de punta a punta, se cruza de brazos sin paciencia porque no me localiza. «Normal», pienso. ¿Cómo va a saber que estoy en un coche nuevo? Toco el claxon dos veces para llamar su atención, cuando me ve, sus ojos se abren de tal forma que me parece que hasta le dan la vuelta entera. Salgo a la vez que ella llega corriendo y mira el auto alucinada.

- ¿Te lo ha comprado Ian?

- Ja, ja, ja. Podría decirse que sí, solo que todavía no lo sabe.

- ¿Qué te ha hecho esta vez?

Le relato en menos de quince minutos, lo que sucedió la mañana del día anterior, lo del montaje, los mensajes, el vídeo, lo de esta mañana...

por no dejarme, no me dejó ni la parte en la que entro en el dormitorio y el desconsuelo me devasta.

- ¡Por dios Sindy mándalo a la mierda!

- No puedo Carina. Es mi culpa que él se haya perdido en el odio.

- Sindy... tal vez sea tarde para traerlo de ese pozo.

- No lo es, el corazón me lo grita y esta vez voy a hacerle caso. Ya una vez lo ignore, siguiendo la razón de la cabeza y me equivoque, únicamente conseguí destruirnos a los dos.

Resopla a la vez que baja la cabeza, ella no piensa igual, sus gestos la delatan y puedo ver que teme que me pierda en el mismo agujero que Ian. Lo que no sabe es que ya pase por ese infierno y conseguí salir de él, por eso sé que puedo hacerle volver y nadie logrará que cambie de parecer, quiero a Ian y pienso luchar por un nosotros. Perdida en mi razonamiento, no me he dado cuenta de que se ha llevado el móvil a la oreja. Espero que termine de hablar, mirándola con extrañeza, cuando veo que sonrío.

- Lo siento Sindy. Pero tengo que ver la cara que pone.

No llego a asimilar sus palabras, cuando al mirar al frente, encuentro a Ian, mirando de un lado a otro, supongo buscando a Carina. La loca se acerca al auto y como hice yo, da dos pitidos. ¡La que me va a caer! A paso tranquilo con las manos en los bolsillos, llega hasta nosotras, mira el coche, luego a Carina y después a mí. Extrañada de que no este pegando

voces, ni se le vea impetuoso, ni encuentre rastro de cólera en él, detengo mis ojos fijamente en los suyos, para ver ese azul brillante que me enamoro y una sonrisa ladeada. ¡Hala, ya la he vuelto a armar! En cuanto vea la cuenta... su buen humor se va a ir al garete.

- ¿Por qué ese buen humor? — Interrogo, aturdida.

- Me colgaste... pensé que no volverías.

- Mm. — Digo, llevando mi dedo a la boca para mordisquearlo.

- Sindy...

- ¡Papá, mira que coche más chulo ha comprado mamá!

Las palabras mueren en su boca al ser interrumpido por Izan que trasteando los botones del coche ha conseguido que la capota se abra.

Ian mira el coche de nuevo, se lleva las manos a la cara y cuando las vuelve a bajar y me mira; el azul se ha evaporado dejando paso al negro que empiezo aborrecer.

- ¡Sindy! — Ruge, haciéndome dar un salto.

- Lo siento. Esto es lo que sucede cuando me enfadas.

- ¿Y que tengo que hacer yo entonces? ¡Joder que es un porsche! Que te has gastado, cien mil, ciento veinte...

- Un poco más... — Digo, flojo.

- ¿Cuánto?

- Ciento cincuenta.

- ¡Eres una lunática!

- Ciento cincuenta... sin contar la televisión, la cama y un montón de juguetes.

- ¡Dame la tarjeta Sindy!

- ¡No!

- ¡Me vas a arruinar! ¡Dámela!

- ¡Si dejaras de hacerme enfadar no pasaría esto!

- ¿Me estás diciendo que es mi culpa que seas una derrochadora?

- ¡Lo que te estoy diciendo es que te amo y que por no matarte, ni salir corriendo con cada metedura de pata que haces, gasto tu dinero!

Su boca se cierra y sus ojos se abren con asombro, puedo sentir el debate que está teniendo consigo mismo. Mi pecho se comprime, dándome cuenta que al final gana la batalla el miedo, porque ese signo fugaz que he visto en su cara lo he sentido muchas veces y solo hay un sentimiento que lo provoca; el pánico. Dándose media vuelta le veo internarse en el dúplex y no me equivoco en suponer a donde se dirige.

No le reprocho que escoja el camino fácil, que no vea que así lo único que va a conseguir es perderme de vista por un rato, porque cuando ese acto haya transcurrido, seguiré

estando ahí para que recuerde que a la que ama es a mí. Siento unos brazos rodearme, me abrazo fuerte a ella y me niego a que mi alma se resquebraje. Nos subimos al coche y comemos en la hamburguesería donde compre la última vez. Luego nos vamos a Central Park y pasamos la tarde paseando. Carina evita hablar más de lo debido, ya que me conoce y sabe que no tengo ganas de decir mucho. Cuando regresamos al coche, diviso una tienda de fotografía y le pido que se quede con el niño, poco después estoy de vuelta. No dispuesta a regresar todavía, me detengo antes de subir al auto y le pido a Carina que vayamos a un Starbuds que hay cerca.

- Ponme un café mixto con una dosis de chocolate, avellana y una gota de caramelo.
¿Carina?

- Lo mismo.

Nos entregan el pedido, pagamos y nos sentamos en una mesa.

Perdida en mis pensamientos, mientras miro ir y venir la gente por la ventana, siento vibrar el móvil, con cansancio lo cojo y leo el mensaje.

IAN: Vuelve a casa.

Me hace gracia leer el mensaje, “vuelve a casa”, dicho así, parece como si le estuviera pidiendo a su pareja que regrese que está esperándola, nada más allá de la realidad, porque estoy segura, que tras haber pasado dos horas haciendo ejercicio, por llamarlo de alguna manera con la que no me atragante, estoy convencida que los remordimientos empiezan hacer mella en él. Dejo el aparato, no pienso ni contestar, ni ir. No por el momento.

- ¿Carina dónde está Gina?

Veo como se atraganta con el café y me echo a reír sin poderlo evitar, y es que verla toser, tratando de que el aire llegue a sus pulmones es muy gracioso. Cuando consigo dejar de reír, frunzo el ceño, examinando al detalle la reacción que ha tenido cuando he pronunciado el nombre de Gina y me percató que algo no está bien.

- ¿Carina?

- Murió.

- ¿Cómo?

- Tenía cardiopatía isquemia. Le recomendaron que no siguiera con el embarazo, por supuesto se negó, así que antes de finalizar el embarazo ya le habían programado la cesaría, y puedes sacar tus propias conclusiones.

El corazón se me aflige, nunca le desee nada malo, ninguna de las dos teníamos culpa de los hechos y aún menos de enamorarnos del mismo hombre.

¡Dios ahora lo entiendo! Aquella noche, cuando escuche a Marcos e Ian hablar, ellos sabían que probablemente no superaría el parto, por eso Ian le aseguró que se casaría con ella, porque quería complacerla en la medida de lo que pudiera, porque se estaba jugando la vida por traer a su hija al mundo. Y encima de que faltó a su palabra por mí, lo dejé en la estancada huyendo, con razón me desprecia, hasta yo me detesto ahora mismo. ¿Cómo le voy a recriminar que lo haga él?

- Sindy, no te culpes. No podías saberlo.

- Carina, escuche como le decía que anulara la boda. Me escogió y yo corrí en la dirección opuesta. Nunca será suficiente lo que me arrepiento.

- Bueno... lo hecho, hecho está y no hay que darle más vueltas al burro.

— Dice, con una sonrisa.

Volvemos al coche y una vez subidas de nuevo, vuelvo a bajar, esta vez por Izan que ha localizado la pastelería andante y como cada vez que la ve he de parar a comprar galletas.

Tras entregarle una y dejar las otras en la guantera pongo rumbo a casa. Cuando llegamos son casi las ocho, nos hemos pasado todo el día de un lado a otro retrasando la vuelta, pero dada la hora que es ya no puedo demorarlo más. Así que meto el coche en el garaje, donde me despido de mi amiga, agradecida de que haya estado aguantándome todo el día.

Cargo a Izan en brazos que tras haber devorado tres galletas ha caído rendido en el asiento del coche. Entro por la puerta lateral, encontrando a Sonia dándole la cena a Blanca. Le sonrío al pasar de camino al dormitorio. Antes de nada acuesto a Izan, ingeniando varias formas de ponerle un pijama sin despertarlo, tras varios intentos desisto y lo recuesto conforme está. Atravieso el pasillo y abro la puerta, consternada reviso que es mi dormitorio y que no he abierto otra puerta por error. ¿Cómo es posible? Durante minutos, como si hubiera entrado en trance, contemplo el dorado de arenas en las paredes.

Sin poder creer que, mi cuarto haya cambiado en tan pocas horas como si un hada hubiera usado una varita, cierro la puerta muy despacio, llegando a creer que si no lo hago así, se esfumara la visión. Con la boca abierta, veo que la cama es la que compre, montada y arreglada para dormir, pero no recuerdo haber comprado ni juego de sábanas, ni la colcha turquesa que hay en ella y mucho menos que llevara dosel.

Me acerco al televisor, también es el que escogí, pero seguro que el home cinema no lo regalan con la televisión. Incluso hay un escritorio que antes no estaba, pero eso no llama mi atención, si no lo que hay encima, porque además de haber un portátil nuevo, también hay un ordenador que por lo que puedo ver ya está conectado y hasta le han puesto Internet, pero ahí no termina, al lado del portátil hay una caja pequeña con el nombre de “Pandora”. Habiendo alcanzado el grado máximo de curiosidad, la cojo a la vez que me siento en la silla. Abro la pequeña caja y el corazón me da tal vuelco que creo que va a salir corriendo de tan fuerte que retumba. Extraigo la pulsera y la miro con una sonrisa que nace sola, es tan bonita... plateada y con un único corazón del que cuelga una llave; también en color plata, exceptuando la llave que se ve perfectamente que es de oro.

Suspiro con fuerza a la vez que sacudo la cabeza para salir de la nube en la que me he sumergido, no soy tonta y no puedo dejarme engatusar tan fácil, sé exactamente porque lo ha hecho; por simple y llanamente remordimientos. Hay muchos actos por los que podría sentirse así, pero el que le ha trastocado y le ha hecho sentirse como un canalla; ha sido la bajeza de utilizar mi cama. Coloco la pulsera en su lugar y dejo la caja en la mesa. Me levanto y busco un camisón, en un principio pensaba utilizar un pijama, pero hoy no hace mucho frío, por eso deshecho la idea del pijama y escojo el camisón. Tras darme una ducha, bajo a prepararme algo de cenar. Terminando de bajar los escalones, me detengo en seco; el hombre que me mira con una sonrisa en los labios y los ojos brillantes, me dejan paralizada sin poder hacer otra cosa que quedarme muy quieta.

- ¿Qué sucede? — Interrogo, queriendo entender porque de repente está tan sereno y sonriente.

- He preparado la cena.

Y ahora sí que se tambalea todo mi mundo. ¿Él ha preparado la cena?

¡Pero si no cocina! Me decanto por hacerme la loca y obviar el sentimiento de felicidad que empieza a emerger en ese lugar que late únicamente por él.

- ¿Dónde están Sonia y Carla?
- Las he mandado a otro piso que tengo no muy lejos de aquí.
- ¿Por qué? — Pregunto, pasmada.
- Por qué... esta noche es para nosotros.

Me coge de la mano, guiando el camino hasta el jardín, la mesa dispuesta y las velas que adornan el espacio desde la puerta hasta rodear la mesa consiguen que me sienta especial y aumenta el cosquilleo que siento en la barriga. Quiero pensar que son los nervios y no creer que son las mariposas de las que hablan en muchas películas.

Pasamos una cena en la que conseguimos no matarnos y una vez finalizado, los nervios crecen, cuando soy consciente de que no tengo más comida en la que centrarme, así que opto por beber de la copa de vino, mientras Ian, no deja de seguir cada gesto que hago, como si su misión fuera adorarme de cualquier manera.

- ¿Por qué te fuiste Sindy?
- Ian... he tratado de que lo entiendas. Estaba mal. Mi corazón me gritaba que me quedara y la cabeza que lo mejor era que me fuera. No había tomado una decisión hasta que vi como te abatían y sentí desgarrarse mi corazón al creer que te había perdido. Me he pasado dos años reprochando mi acción. Fue una mala decisión.
- Si como dices te arrepentiste porque no volviste. Te esperé y te busque desesperado hasta el cansancio.
- Cuando llegue aquí... lloraba a todas horas, casi no comía y Jalila temía que cometiera alguna tontería, llevaba razón, al final la termine haciendo y me culpo por ello todos los días.
- ¿A qué te refieres? — Pregunta, con cautela.

POR TI USARÉ TODAS LAS ARMAS QUE TENGO.

- Cogí una depresión. Hasta hace poco he estado tomando antidepresivos... — Confieso. - Supongo que llegué al límite de mi resistencia... no lo sé, todo lo que viví, junto con haberme alejado de ti, me empujo por el precipicio.
- ¿Estás intentando que sienta lástima por ti?

Incrédula lo miro y sigo sin creer que me este sincerando con él y sea capaz de pensar que lo hago para que se apiade de mí.

- Si eres capaz de pensar eso, es que eres más memo de lo que creí.

Me levanto cansada de intentar dialogar y hacerle ver que yo también sufrí, que no fue una decisión fácil para mí como piensa. Lo dejo en el jardín y subo las escaleras corriendo, entro en el dormitorio y me quito la bata, para después, tumbarme en la cama y mirar el techo, pensando que tal vez si lo perdí y me estoy agarrando a un clavo perdido. Con ese pensamiento rondando en mi mente caigo en un sueño del que desearía no despertar.

- Sindy. Lo siento, pero me estás volviendo loco. — Siento que me susurran en el oído.

Poco a poco abro los ojos dando de frente con unos ojos azules llenos de lujuria, antes de

sentir como su miembro se interna en mí y su cabeza baja a mi cuello, donde en segundos siento un mordisco que me hace gemir. Sé que debería estar deteniéndolo, pero entre que no puedo negar que le deseo y a la vez se mueve con potencia, obligándome a sentirle en toda su gloria, mientras el remolino de deseo aumenta en mi bajo vientre, no puedo hacer otra cosa que recibir lo que me da y saltar junto a él por el acantilado del placer.

No conforme con eso sigue alargando la tortura, besándome y pasando sus manos por sitios en los que no sabía que con un roce, aumentaría el ardor que corre por mi cuerpo. En medio de la fogosidad, rueda a un lado y me posiciona encima, llevando las manos a mi trasero. Me muerdo el labio, sintiendo la marea de sentimientos, junto con la excitación llegar al punto más álgido. Sus manos se desplazan a mis caderas en un suave deslizamiento y no puedo contener el estremecimiento. Aprovechando la debilidad de la lujuria se incorpora y se centra en pasear su lengua por todo mi pecho, acción que consigue arrojarme al borde, haciendo que me mueva con energía para alcanzar la liberación.

- Vamos, nena. — Dice, a la vez que me coge la cara y pega nuestros labios en un beso demoledor.

Como si mi cuerpo estuviera esperando su consentimiento, me deshago entre sus brazos, convulsionando a la vez que me trago su gruñido y lo siento dejarse ir.

Recostada en sus brazos, y recuperando la respiración, pienso que el mamón ya ha conseguido lo que buscaba. Me dejo caer hacia un lado y me llevo las manos a la cabeza. ¡Soy un desastre! ¿Por qué no puedo decirle que no? ¿Por qué basta que hable y estoy dispuesta a saltar de un puente si lo pide? ¡Por qué le amo y nunca he dejado de hacerlo!

- Venga, nena. No te sientas mal. No te he dejado elección. — Dice, inclinándose sobre mí para verme a los ojos.

- Mejor no te contesto. Ahora mismo todo lo que tengo en la cabeza son insultos de toda clase dedicados a ti.

Se levanta de la cama, y observo que contrario a lo que yo pienso, no se va, sino que se acerca al escritorio y trastea durante unos segundos.

- Estira el brazo. — Dice, regresando a mi lado.

Con la cabeza revuelta y muy desconcertada, hago lo que pide, rodea mi mano y entonces veo que me está colocando la pulsera.

- Ian, no...

Me calla con un beso, un beso que consigue confundirme más. ¿Qué demonios le pasa? ¿No que me iba a echar una vez me tuviera? Trato de entender, pero no lo consigo, tan perpleja estoy ante su cambio tan repentino que no sé si estoy soñando.

- Lo compré para ti. No quiero que te lo quites.

- Ian, no entiendo nada.

Me coge de la cara con las dos manos y lo que dice mirándome a los ojos desarma mi alma.

- Te perdono Sindy. Siento haberme cegado y siento no haber visto que tú sufriste una

serie de situaciones que como has dicho te sobrepasaron. Te perdono de verdad, pero aun así y no te lo digo para hacerte daño, mi corazón te lo llevaste aquel día y no quiero una relación. Esto es lo único que te puedo ofrecer, si estás de acuerdo, el contrato sigue en pie, si no, mañana mismo te puedes ir porque no puedo entregarte un corazón que ya no tengo.

Las lágrimas atenazan con salir, le agradezco que sea sincero, que me haya perdonado y que me este hablando con la verdad, aunque me este destrozando, pero no puedo vivir sabiendo que le tengo que compartir.

- Ian, no puedo. Ver como estás con otra me mata y me consume. No puedo aceptar algo que acabara destruyéndome. — Digo, bajando la cabeza.

- Entonces dejemos que todo quede en un recuerdo...

Sale del cuarto sin decir nada más y viendo a la nada, me echo a llorar.

Mi alma se aflige y se reviste de dolor, mientras siento mi corazón partirse en tantos pedacitos que para unirlos necesitaría cientos de años. Llorando por lo que me parecen horas, me quedo dormida, asimilando que mañana partiré de esta casa y quizás no le vuelva a ver más, o tal vez si tengo suerte algún día nos encontremos por casualidad.

Al despertar los ojos me pesan tanto que por dos segundos los vuelvo a cerrar. Miro el reloj, me he dormido, así que hoy Izan se tomara el día libre en la escuela. Me levanto y miro a mi alrededor, nada de lo que hay aquí es mío, mejor, tiempo que no pierdo en recoger. Atravieso el pasillo con la cabeza agachada y doy de bruces con la persona que ahora mismo hubiera preferido no ver. Pone las manos en mi cara y ese simple contacto me hace temblar.

- Sindy... quédate.

- ¿Romperás esos contratos? — Interrogo, esperanzada.

- No.

Aparto sus manos de mi cara y mientras me interno en el dormitorio de Izan, le veo desaparecer escaleras abajo. Entonces recuerdo algo de lo que hice ayer, corro al dormitorio, lo extraigo del bolso y sin permiso me adentro en su habitación. Dejo el marco en la mesita con la foto mía y de los dos niños en el parque y vuelvo a salir. Habiendo vestido a los niños me los llevo al comedor y en vez de desayunar en la cocina, hoy les dejo que lo hagan en el salón. Puedo sentir la mirada ceñuda de Ian en todo momento, procuro no prestarle atención y mantener la distancia entre los dos.

- ¿Mami no hay cole? — Dice, disminuyendo el nombre.

- He pensado, que mejor hoy paseamos y jugamos mucho.

- Campeón ven aquí.

Izan corre a los brazos de Ian y este lo abraza y le da besos por toda la cara haciéndolo reír, desvío la vista de la escena, porque ver la familia que podríamos haber sido, pica como cuando te clavas varios alfileres.

Dejo un beso en la cabeza de Blanca y le doy un abrazo fuerte. Es una niña tan cariñosa que he llegado a cogerle mucho cariño y separarme de ella duele igual que si lo hiciera de

Izan.

- Vamos Izan. - Demando.

- ¿Dónde mami?

- A casa. — Digo, en un suspiro.

Camino del pasillo, siento unas pequeñas manos rodear mi pierna, miro a Ian que se encoge de hombros en mi dirección.

- Tesoro, tengo que irme. Te prometo que la próxima vez que nos veamos te compraré el castillo de la muñeca que tanto mirás en la televisión.

- ¡Mami! ¡Mami! — Dice, tirándose a mis brazos.

Los ojos de Ian se abren a la vez que los míos, una lágrima resbala por mi rostro, y en mi pecho siento el pesar. ¿Cómo se le explica a un bebé de dos años que no eres su madre? Desvío los ojos hacia Ian pidiéndole ayuda, ya que todavía estoy bloqueada de que habiendo tres mujeres en esta casa, sea a mí a la que llame mamá y no atino a formar un pensamiento coherente.

- Tesoro... yo...

- Blanca, mamá vendrá en un rato. Ven con papá. — Dice, a la vez que la carga en brazos.

- ¿Por qué haces eso?

- Si ella te ha escogido a ti. ¿Quién mejor que tú?

- ¡Pero yo me voy! ¿Qué harás cuando te pregunte por mí?

- Tiene fácil solución. Quédate.

- ¡Serás rastrero, me intentas manipular!

Salgo por la puerta sin mirar atrás, no pienso permitir que se aproveche de que la niña me quiere, para que me tenga de juguete. No, de eso nada. Para eso ya tiene a Carla. Aunque parece que otra vez me estoy rindiendo, nada más allá de la verdad, porque sí, me alejo de él, pero únicamente para que se dé cuenta que si, me aparta de su vida, él también sufrirá, porque por mucho que lo niegue, sé que me sigue amando y que actúa de esta manera, porque teme volver a quedar con el corazón roto.

- ¡Vamos pequeño dormilón!

- Quiero fiesta mami. — Dice, poniendo morros.

- Ja, ja, ja. Granuja, tienes que ir al colegio. ¿O quieres ser un niño analfabeto?

Niega vehemente con la cabeza y ya no aguanto las ganas de reír, parece mentira que una cosa tan pequeña, sea tan listo. Claro que ya sabe lo que es analfabeto, no lo entiende es lógico, pero yo a mi manera y para que un niño de su edad lo entienda se lo he explicado.

- Yo quiero saber escribir y leer.

- Entonces al colegio.

Poco más tarde sus amigos, como cada día le esperan en la fila, me da un beso y sale disparado. Cuando veo que la profesora ha llegado y la fila de niños empieza a entrar, me

dirijo a mi antiguo coche, porque aunque el otro era una pasada, no era mío y por eso lo deje junto con todo lo demás exceptuando el móvil que, ya que se cargó el mío tenía derecho a llevarme el nuevo. Arranco y hago de vuelta el recorrido y me detengo en el Starbucks que hay cerca de mi piso. Me pido lo que habitualmente tomo y me siento. Mientras observo la gente pasar, reviso el móvil, nada, han pasado dos días e Ian sigue en sus trece.

Tenía la esperanza de que recapacitara, pero viendo que no es así, no me queda otra que mover ficha y desbaratar sus planes de mantenerme lejos. Ya lo tengo todo calculado y he hablado con Jalila, ahora solamente tengo que marcar el número de la única persona que días después de marcharme dio conmigo.

- ¿Quién es?

- Kamil, soy yo.

- Has tardado mucho, Sindy. Ya había dado por perdido que algún día llamarás.

- Sabes que no quería nada. Tengo principios y todo ese imperio fue lo que se encargó de despedazar mi vida.

- ¿Entonces porque llamas si no es para hacerte cargo de lo tuyo?

Me quedo callada durante unos segundos. Todavía recuerdo aquella conversación en la que le dije que no quería nada, que lo donará, que hiciera lo que mejor creyera con todo lo que era de Dago, por supuesto se negó, como él dijo; por ser su mujer y su viuda, todo pasaba a mis manos.

Durante estos dos años, me he obligado a mal vivir, pudiendo haber vivido con todos los lujos que hay en el mundo, pero me negué en rotundo, porque no quería saber nada de la vida que me llevo a pasar por un infierno detrás de otro.

- Las cosas han cambiado. — Alego. - Manda el avión. Lo quiero en el aeropuerto lo antes posible.

- Tú mandas jefa. A las seis estará ahí.

- ¿Sabes? Mejor alquila uno que ya este en el aeropuerto y no tenga que esperar todo el día. Voy de camino. Lo quiero ya, Kamil.

- Vale.

Me acabo el café, dejo un billete en la mesa y me marché, teniendo un objetivo que cumplir. Llego al aeródromo y sigo esperando la llamada de Kamil. Cuando más prisa tiene una, más despacio van las cosas y eso me exaspera y acrecienta mi impaciencia. Decido esperar en el parking con un cigarro en la mano y el móvil en la otra. Mirándolo, al fin el aparato se digna a sonar, la sorpresa es coloquial, cuando veo el nombre que parpadea.

- ¡Qué!

- ¿Dónde vas Sindy?

- Y a ti que te importa. ¿Me estás vigilando?

- Asegurando de que no piensas evaporarte otra vez con mi hijo.

- ¡Vete a freír espárragos Ian! ¿Por qué no te centras en tu juguete personal y me olvidas?
- No quiero olvidarte...
- Te lo juro que a ti no hay quien te entienda. — Contesto, alucinada.

Sí, pasmada, alucinada, confundida, porque ni quiere que viva con él, ni quiere que lo haga sin él. ¡Este se ha tomado a pecho el refrán! “Ni contigo, ni sin ti” vamos; que no puede pasar ni un minuto sin mí, pero tampoco puede estar conmigo. Lo dicho, que a veces me dan ganas de darle con uno de esos palos que llevaban los cavernícolas, a ver si con esas se le pasa la estupidez y deja de comportarse como un muchacho de dieciséis años que tiene su primer enamoramiento y está lleno de inseguridad.

- No hay mucho que entender. No quiero una relación, una pareja, una novia, hay muchas formas de decirlo, pero eso no quita que me guste tenerte en mi cama.
- ¡Mira patán, ya he oído suficiente!

Corto la llamada quedándome con las ganas de tirarle el aparato a la cabeza. ¿Cómo se puede ser tan descarado? ¡Se va a enterar! Pienso poner su mundo del revés hasta que este de rodillas suplicando que le ame. El teléfono vuelve a sonar y antes de cogerlo verifico que no sea él, suspiro dejando salir lentamente el aire y me llevo el cacharro a la oreja.

- Dime.
- Ya está. Puedes cogerlo en diez minutos.
- Perfecto, mándame un mensaje con el nombre de la compañía.

Tras haber recibido el mensaje de Kamil, haber pasado el control, y haber dado el nombre de la compañía del avión junto con mi nombre, me veo sentada mirando por la ventana y valorando la posibilidad de echar una cabezada, ya que tengo que estar nueve horas aquí encerrada.

Por dos horas intento mantener los ojos abiertos y entretenerme viendo la película que hay puesta, pero aburrida de no poder utilizar el móvil y ver algo que no llama mi atención, recuesto el sillón y me relajo quedando dormida poco después. Cuando abro los ojos, aun queda una hora para aterrizar y decido pasar el tiempo cambiando la hora y picando algo, ya que en todo el día no he comido nada. Aterrizamos y mientras espero ver a Kamil, reviso haber puesto bien la hora. Sí, en Nueva York ahora mismo son las siete y aquí ya son las doce.

- Bienvenida Sindy. - Oigo su voz a mis espaldas.
- Hola, Kamil.

Me guía hasta el coche en silencio, para mi es un poco incómodo, lo raro sería que no lo fuera, ya que él fue mi carcelero, pero he de reconocer que por lo menos era cuidadoso y se preocupaba, cuando Dago se extralimitaba. Nos adentramos y se queda a la espera de recibir ordenes, es muy extraño que ahora no mueva un dedo si yo no mando que lo mueva.

- Llévame donde Alessandro.
- Me parece que no le hará ni pizca de gracia que pise sus dominios.

- Se tendrá que aguantar. ¿Has venido solo?
- No. Otro coche va detrás de nosotros.
- Pensé que al desaparecer Dago, se acabarían las disputas.
- Más o menos. Mientras que tú te has mantenido al margen, yo me he encargado de los hombres y los negocios. Los Colombetti cayeron aquel día como muy bien sabes. Por eso tú eres a la que por derecho le corresponde todo. Tu padre lo sabe, pero se niega a tratar con nosotros. He intentado hacerle entender que lo mejor es unirnos y que seamos uno, ya que quien domina el imperio de Dago ahora, es una Romaní.
- Ya... Lo que quieres que entienda es que si busca altercados está peleando contra su propia hija.
- Exacto.

Llegamos y por unos minutos, miro la casa insegura, me jure que nunca volvería y aquí estoy de nuevo. Con seguridad camino hasta llegar a la puerta, donde encuentro dos hombres que antes nunca han estado. Vaya, parece que ha aumentado la seguridad.

- No puede estar aquí, señorita. Esto es propiedad privada.

Con la altivez y frialdad que me enseñaron a tener, los miro retándoles a que me echen si pueden. Por el rabillo del ojo, veo como Kamil se posiciona a mi lado y los dos perros de mi padre, le reconocen y levantan sus armas.

- Yo que vosotros... bajaría eso. - Comento, con naturalidad. - Estáis apuntando a la hija de Alessandro. ¿No querréis tener problemas?

Los dos sabuesos verifican la información y nos dejan pasar, siendo recibidos por Bruno, que ahora que lo veo, caigo que al no estar Marcos, ni Ian, él debe ser el que se encargue de todo por aquí.

- ¡Dichosos los ojos, prima! Pensé que la tierra te había tragado.
- Déjate de sandeces y dile a mi padre que quiero hablar con él.
- ¿Has visto la hora, prima?
- Me importa un comino la hora. Quiero hablar con él ahora. Y no me lo niegues porque sé que a estas horas debe seguir en el despacho.
- Sígueme.

MI MEJOR CARTUCHO SE LLAMA HUGO.

- Adelante. — Oímos la voz del interior del despacho, tras Bruno haber tocado.
- Tienes visita. — Dice, asomando la cabeza por la puerta.
- ¿Quién es el insensato que viene a mi casa a esta hora de la noche?

Le doy un empujón a Bruno y me planto en medio del despacho, me vale poco la hora que es, tengo un cometido y pienso llevarlo a cabo.

- ¿Sindy?
- Hola, padre. — Pronuncio, con repugnancia. - Tenemos que hablar.

- Siéntate.

- Kamil, espera abajo. — Digo, a la vez que tomo asiento.

Espero a que estemos solos y haya tomado asiento, para decirle porque estoy aquí y lo que quiero y espero me conceda. Me lo debe, ya que me puso en peligro y soportó cosas impensables por su culpa, es lo menos que puede hacer.

- Tú dirás.

- Quiero el Cruce de Nueva York.

- Ja, ja, ja. ¿Ya estás buscando enfadar a Ian?

«Pregunta inequívoca» pienso. No me ha preguntado, porque lo quiero, ni porque sé que hay un Cruce en Nueva York y eso me lleva a una única determinación.

- Siempre has sabido donde estaba. — Afirmo.

- Por supuesto. ¿Porque crees que justamente Ian es quien se encarga del local?

Cada vez entiendo menos, esto ya es sobrenatural. ¿Es que no tiene otro pasatiempo que estar amargando mi existencia? Empezando a sentir el cabreo crecer, me obligo a mantenerme serena y pensar fríamente.

- ¿Cuál es el motivo ahora? ¿Qué es lo que quieres esta vez?

- Ninguno y nada. Ian se está perdiendo, no piensa con la cabeza y está descuidando los negocios. Tú eres lo que necesita. Así que lo puse donde sabía que daría contigo. Te puedes quedar el Cruce, aquí tengo los papeles preparados.

- ¿Así sin más? ¿Sin condiciones?

- Sindy estoy tratando de reparar el daño que te hice. Lo que quiero es que mi hombre vuelva y que tú me perdones.

Si antes ya flipaba, ahora creo que la bebida del avión llevaba setas alucinógenas, no puede ser tan fácil, Alessandro no hace las cosas porque sí, solamente porque le nace, siempre pide algo a cambio. Veo como extrae unos papeles que reviso en el mismo instante que me entrega, como ha dicho hace unos minutos, son los papeles del Cruce y me lo cede, pero no todo. ¡Pícaro listillo! El otro cincuenta por ciento es de Ian.

- Venga, papá, siempre hay algo detrás de tus acciones.

- Esta vez no. Puedes confiar, firmar y traer de vuelta a ese idiota o puedes olvidarte de él.

- ¿Cómo estás tan seguro de que lo lograré?

- Porque tú eres su talón de Aquiles, su kriptonita. Para ser más claros.

.. ese hombre solo tiene una debilidad y eres tú.

Sin darle contestación firmo, lo tenía claro desde un principio, por muchas vueltas que le he intentado dar, el final era el mismo; quiero a Ian de vuelta.

- Dormiré esta noche aquí. Y otra cosa más, olvida esa guerra que tienes y empieza a cooperar con Kamil. Te aseguro que no hará nada para interponerse en tus negocios y mucho menos para buscar una guerra. Firmad una puñetera alianza.

- Lo haré, pero siempre y cuando tus negocios y los míos se unan.

- ¿Qué quieres decir?

- Mi sucesor es Ian y tú eres la heredera de Dago. Suma uno y uno.

¡Si ya sabía que había trampa! Lo ha tenido atado todo desde un principio, pero que otra cosa podía esperar de un hombre que se ha hecho poderoso a base de engaños, planes, tratos sucios y muertes.

- Te voy a reconocer que eres un jodido genio. Me importan poco los negocios. Que te quede claro que, si sigo adelante es porque quiero a Ian y pienso luchar hasta el final.

- Con eso me basta.

Le doy la espalda dirigiéndome a mi antiguo cuarto, me siento en la cama y pienso en mi siguiente movimiento. El sonido del “pop” que tengo puesto para los mensajes, me distrae de mis cavilaciones. Abro el mensaje y pongo los ojos en blanco.

IAN: Coge el teléfono.

Bufo, y exasperada por su persistencia, sostengo el aparato en la mano, esperando que suene. No tardo mucho en sentirlo vibrar y después empieza a sonar la música. A propósito dejo que suene un poco más, no hace falta explicar mi acción, ya que solamente lo hago por un motivo; hacerlo rabiar.

- ¿Sí?

- ¿Qué demonios haces en Roma? — Grazna.

- Deja de controlarme Ian. No tienes ese derecho.

- ¿Y eso quien lo dice?

- Tú.

- Sindy, no me busques que la tenemos...

- Mira, tengo que colgar, quede en llamar a Hugo y debe estar esperando.

- ¡Qué! ¡No te atrevas!

Corto la llamada a la vez que sonrío. «Punto para Sindy», me felicito por mi rapidez de pensamiento. ¡Hala a pasar una noche en vela!

El cacharro en mi mano comienza a sonar insistentemente, pensando que ahora mismo tiene que estar tirándose de los pelos mientras da vueltas por el salón, me troncho de risa, soltando por un buen rato carcajada tras carcajada. Viendo que las llamadas no cesan desconecto el teléfono. ¡Joder, me he olvidado de Kamil! Bajo corriendo las escaleras y lo veo en la puerta esperando, pobre, si es que es normal, no estoy acostumbrada a tener hombres esperando mis ordenes.

- Kamil, puedes retirarte, pasaré la noche aquí.

- Lo siento, Sindy. Pero esa orden, no puedo acatarla. Los hombres que ves aquí son para tu protección y a partir de ahora irán contigo donde vayas.

- ¿Cómo? ¿Por qué? — Salen las preguntas solas.

- Al hacerte cargo de los negocios, tenemos que evitar que cualquier persona se acerque a ti.

- ¿Pero quien se va a acercarse a mí?

- Cualquier enemigo. — Dice, con seguridad.

- Mira, haz lo que te de la gana. Me voy a dormir.

Vuelvo hacer el recorrido y lo primero que hago al entrar en el cuarto es tirarme en plancha encima de la cama. Luego caigo en que me tengo que poner el pijama, así que me vuelvo a levantar y una vez me he cambiado, me acuesto con una sonrisa imposible de hacer que desaparezca.

Me despierto antes de las ocho, sin estar preparada para levantarme aún, remoloneo un poco más en la cama, mientras veo ir entrando la claridad por la ventana. Me asomo poco después y me doy cuenta de que, aunque parece haber algo de sol está lloviendo.

Abro la ventana y durante un buen rato dejo que el sonido del agua llene mis tímpanos. No puedo evitarlo, la lluvia siempre y cuando sea moderada y venga sin rayos y con pocos truenos, me gusta. Sobre las nueve, bajo a desayunar, estando arreglada y decidida a continuar con mi plan. No puedo evitar sonreír, pensando en como cambian las cosas, una vez fue Ian el que me llevo hasta el límite para conseguir lo que quería y hoy soy yo la que está moviendo cielo y tierra para hacer lo mismo que él hizo en su día; y vaya si voy a disfrutar devolviendo el golpe. Me llevo la taza a los labios y me parece estar tomando el mejor café del mundo. Supongo que el buen humor, suele cambiar la forma de ver las cosas y disfrutar de los placeres de la comida de otra manera, como normalmente, no sueles pararte a ver, ni gozar lo que tomas.

Pues eso mismo me sucede que, acostumbrada a tomar café a diario hoy lo siento y saboreo como si fuera la primera vez que lo pruebo.

- ¿Dónde está Kamil? — Pregunto, a los tipos de la puerta.

Me señalan con la mano, sigo la trayectoria y lo diviso hablando con cuatro hombres. Con el paraguas abierto, me acerco hasta donde está el grupo y al sentir mi presencia todos se quedan callado como si hubiera pasado un ángel.

- No os volváis alejar demasiado. Volver a vuestros puestos.

- ¿Qué sucede?

- Nada. Tienen que mantener una distancia admisible y ayer se alejaron demasiado y no puedo permitir tal fallo. Si nos hubieran atacado en ese momento, ellos habrían estado muy apartados para mantener nuestra seguridad integra.

- Vamos a casa de los Mancini. — Cambio de tema, ignorando su aclaración exagerada.

No tardamos más de media hora en llegar y cuando estoy parada en la puerta no puedo dejar de decirme que, aunque no es un palacio como la casa de Alessandro, es muy grande y verla por primera vez impresiona. Nunca había estado aquí, tampoco es que tuviera motivos para venir, pero no dejo de decirme que, si fuera en otra situación me habría encantado recorrerla y ver si por dentro es igual de hermosa.

Observo un poco más el jardín y la fuente me deja obnubilada, tengo que sacudir varias veces la cabeza para poder dejar de mirar los dos angelitos en lo alto de la fuente que echan agua y centrarme en el tema que me interesa y por el que estoy aquí. Tras haber tocado dos veces, al fin una muchacha abre la puerta y menos mal, porque ya mis nervios me estaban haciendo pensar en locuras, como por ejemplo, derribar la puerta a patadas.

- ¿En qué puedo ayudarla?

- Busco a Hugo Mancini.

- ¿Y quien lo busca?

El tono de la chica junto con su mirada recelosa, me pone sobre aviso, percatándome de que la muchacha está colada hasta la médula por Hugo.

- Una amiga. — Contesto sin más.

La chica me sigue observando, casi me parece que me examina a conciencia, intentando determinar por lo que veo, si realmente soy una amiga o algo más. Finalmente, la veo suspirar y me da la espalda sin siquiera pedirme que la siga, únicamente camina, así que la sigo, mirando por cada pasillo que pasamos, quedando fascinada con la cantidad de cuadros y piezas de colección que hay. Viendo como está adornado, se puede deducir que Hugo es un amante de la antigüedad.

- Está desayunando. — Dice, con un leve temblor en la voz. - No le gusta que le molesten... sin haber avisado.

- No te preocupes. — Digo, a la vez que le doy una sonrisa cálida. -

¡Qué bien te alimentas! — Digo, entrando y consiguiendo que de un sobresalto.

- ¡Joder, Sindy, casi haces que me trague la tostada sin masticar!

- Ja, ja, ja. ¿Qué tal, un me alegro de verte?

Se levanta, me da un cariñoso abrazo y deja un beso en mi cara.

- Porque si digo eso mentiría. No sé por qué presiento que no estás aquí de visita.

- Necesito tú ayuda. — Digo, alejándome y tomando asiento.

- ¿No me digas? ¿Ian?

- No es muy difícil acertar.

Se sienta frente a mí y le relato los últimos acontecimientos, y cual es la idea que he trazado para conseguir que Ian, reaccione. Por un largo rato se queda mirándome, sin decir nada, simplemente me observa y llego a temer que no se preste para mi rol.

- A ver si te he entendido. ¿Quieres que ponga en riesgo la amistad que tengo con Ian?

- Dicho así... suena mal. Piensa que es por una buena causa. Si sale mal, siempre puedes decirle la verdad.

Se pasa la mano por el pelo, bufa varias veces, se levanta y se vuelve a sentar. ¡Ni que le hubiera pedido que mate a alguien! Apoya la cabeza en sus manos y vuelve a centrar sus ojos en los míos. Puedo sentir el debate que está teniendo, valorando las posibilidades y

averiguando cual es la mejor opción.

Agacho la cabeza decepcionada y llevándome el chasco antes de que haya abierto la boca y tomado su decisión.

- ¿Y cuando quiere partir la nena? ¿Tengo tiempo de preparar la maleta?

Alzo la cabeza, pensando que no he oído bien y confirmando con su sonrisa que ha aceptado. Dichosa y efusiva casi salto por encima de la mesa para abrazarme a él. Entre risas me devuelve el cariñoso gesto y me uno a sus carcajadas. Despacio me separo y poco a poco me bajo de la mesa. ¡Qué vergüenza! Debe de estar pensando que no tengo modales.

- Perdón. — Digo, ruborizada.

Le veo subir las escaleras, mientras pienso que el día que una mujer le cace, será verdaderamente afortunada. Ahora que lo pienso, y ha desaparecido de mi vista, el pelo le ha crecido bastante, igual que los músculos que por lo que he podido ver los ha desarrollado en exageración, estoy completamente segura, se tiene que matar a trabajar ese cuerpo todos los días en el gimnasio, quizás tenga uno en esta casa para poder disponer de él cada vez que le apetezca. No pasa mucho tiempo, cuando le veo retornar con una mochila colgada al brazo, extrañada de que lleve tan poco equipaje salgo a su encuentro.

- ¿Es que sales a la calle desnudo? — Digo, señalando su mini bolsa.

- Anda, canija, vamos que se hace tarde.

- Pero...

- Me encanta ir de compras.

Esa aclaración hace que estalle a reír, quien va a imaginar que a un hombre que se ve a metros de distancia lo masculino que es, le va a gustar estar horas dando vueltas por un centro comercial, si la mayoría de tíos, salen corriendo calle abajo, cuando les dices: “¿Vamos al centro?”, y lo primero que dirán, cuando les reclames, “si es que ir contigo es un tormento, te tiras media tarde allí y al final no compras nada”, y entonces, como suele pasar, nos ponemos de morros y decimos, “lo mismo que haces tú, cuando te pones a la tarea y no consigues marcar ningún gol”, dándole de pleno en el ego y así la próxima vez, saben que es mejor seguirte la corriente y aguantar un poco de sufrimiento a que te mosqueen y salga esa lengua tan bonita que nos gastamos.

- ¡Por la madre santa! ¿Quién invento el avión, no podía haberle instalado un turbo? — Digo, cansada de estar cuatro horas encerrada y sin saber qué hacer.

- ¿Te quieres sentar? ¡Me estás mareando!

- Mira melenas, ahora mismo estoy que me subo por las paredes, así que cierra la boca.

- ¡Azafata traiga un relajante o una pastilla para dormir! ¡Me está estresando!

La risa de Kamil al final del pasillo, me hace desviar la vista y darle una mirada fulminante.

- No he dicho nada. — Dice, levantando las manos.

Centro de nuevo mi atención en Hugo, y levanto el dedo en señal de advertencia, su

carcajada termina de sacarme de mis casillas y le doy un manotazo, va, como si no le hubiera hecho nada. «Normal, con esos pectorales duros... ¿Qué va a sentir?» pienso. Lo raro y milagroso es que no me haya roto la mano con el tremendo porrazo que le he dado.

Me dejo caer en la butaca y me cruzo de brazos, la ansiedad sigue corriendo por mi cuerpo, hago un par de respiraciones y cierro los ojos para ver si consigo relajarme. Nada, creo que pensaré eso de apuntarme a yoga a ver si logro con eso calmar las crisis nerviosas que me dan. Al fin aterrizamos y cuando mis pies pisan el suelo, estoy tentada de agacharme y besar el suelo. ¡Insufrible! Eso es lo que es estar nueve horas en un avión, la próxima vez, recordaré comprar una máquina de esas que suelen llevar el tetris. Veinte minutos más tarde entramos en mi casa y la cara de Hugo es un poema. Quiera o no quiera le entiendo, tras ver el deplorable estado del edificio, subir un quinto piso andando y luego encontrarse con un cuartucho que parece más la vivienda de unas ratas que, de unos humanos, pues vamos que, su reacción es lógica.

- Dime que no has estado viviendo aquí.

- Pues sí. Era el mejor escondite.

- Recoge todo que nos vamos ahora. — Ordena.

No discuto y le pido a Jalila que prepare todo, ya tenía en la mente cambiar de vivienda, ese era mi siguiente movimiento, así que eso es lo que hacemos. Como tampoco había mucho que empaquetar, salimos dos horas después del lugar y nos vamos a un hotel, pero no a cualquiera, porque ese detalle, también lo había calculado. Pedimos tres habitaciones, una para Jalila, otra para él y otra para Izan y para mí. Segundos más tarde cada uno está dejando las cosas en sus respectivos cuartos y quedamos a las nueve en la entrada para cenar.

- Izan deja de saltar en la cama, te vas a caer.

- Pero es que es muy chulo, se ve la calle mamá.

- Cariño, puedes verla también sentado y sin hacerte daño.

- Eso no es divertido.

- Tampoco lo será que te escalabres y tengamos que llevarte al hospital.

Como suponía, enseguida se sienta, debido a que aborrece la palabra hospital, médico o bata blanca. Todo lo que tenga que ver con medicina lo detesta, y eso se debe a que una vez se cayó y tuvieron que ponerle puntos en la rodilla, aun, si una se fija bien, se puede ver la cicatriz. Mi sonrisa se acentúa, cuando veo sus ojos brillantes admirando la calle desde la ventana. Le pongo la televisión y marco para llamar a la siguiente pieza de mi juego.

- ¿Me darán otro puñetazo por hablar contigo? — Recibo, por saludo.

- Ja, ja, ja. Por eso no, pero... por lo que te voy a pedir a lo mejor.

- No me enredes en tus locuras que nos conocemos.

- Por favor... — Suplico.

- Ah, no puedo decirte que no, si me pones esa vocecita de “no me dejes tirada”.

- Sabes que te adoro. ¿Verdad?

- Deja la pelotera y cuéntame que hay que hacer.

Media hora y lo he puesto al tanto, pero la llamada no finaliza ahí, debido a que Cristiano se pasa otra media hora más, soltando tacos, en inglés, español e incluso alemán. Cuando le escucho palabrotas en el último idioma, me entran ganas de reír sin control, me muerdo el labio con fuerza, porque bastante enfadado está, como para echar más leña al fuego.

- Está bien. Pero este gran favor, me lo cobraré.

- Eres el mejor amigo del mundo. Te compensaré, te lo prometo.

Finalizamos la llamada, pero no sin antes informarle de que estoy registrada en el hotel y que espero verle en media hora.

TIENES QUE CREER PERDERME PARA REACCIONAR.

Toco a la puerta del cuarto de Jalila y le dejo al niño un rato hasta que termine la cena y a los dos monumentos de hombres, les quede claro, cual es su papel en este objetivo. Camino hasta la habitación de Hugo, y doy dos golpes seguidos en la puerta. Abre y arrugo los ojos al ver que deja la puerta entornada y asoma el cuerpo.

- ¿Nos vemos abajo?

Su pregunta me deja confundida y por mi mente pasa la idea de que dentro hay algo que no quiere que vea.

- ¡No intentes protegerla!

Le da un empujón y abre la puerta de par en par. Sus ojos se vuelven fuego, cuando los fija en mí. Le doy una mirada de reproche a Hugo, porque haya sido tan estúpido de llamarle, él no tenía que saber todavía que su amigo estaba aquí.

- ¿Por qué Hugo? — Pregunto, temerosa de que se lo haya contado todo.

- Sindy, te equivocas. Se ha presentado así, como lo estás viendo, como un energúmeno.

- ¡Cállate payaso o te rompo la boca! ¿Qué pasa Sindy, no te acuestas conmigo por un contrato, pero si puedes tirarte a este cerdo que hace orgías?

Mi boca se curva en una sonrisa y eso enerva su sangre, da un paso adelante amenazador, pero se topa con una mano que le impide seguir avanzando. Rabioso le dedica una mirada furibunda a su amigo y tengo que morderme el labio para no echarme a reír.

Mira que es predecible, no he dudado nunca, cual iba a ser su forma de actuar. Y porque dice que no me quiere, si no quererme es proceder llevado por los celos, entonces si me quisiera, ya estaría el amigo en el suelo y lleno de golpes.

- No te lo volveré a repetir. ¡Deja de controlarme y dile a tus matones que dejen de vigilar mis pasos!

Se lleva las manos al pelo y tira con saña. Arqueo una ceja, sin poder dejar de observar sus gestos. De verdad que no le entiendo, no sabe lo que quiere, va dando rodeos, pero sin tomar una decisión. Y pensar que con una simple palabra, terminaría con toda esta absurda situación, solo una y me echaría a sus brazos.

- ¡Qué os den a los dos! — Dice, a la vez que su puño impacta en la puerta consiguiendo hacer un bollo.

Sale exudando fiereza y no puedo desviar la vista hasta que no se ha perdido su figura por la puerta que da a la escalera, porque del mismo cabreo que llevaba ha descartado coger el ascensor.

- Parece que los planes se han adelantado. — Comenta, con ironía.

Mientras cenamos, casi no puedo mantener mi atención en la conversación, mi mente esta demasiado lejos, pensando en una mirada azul que, no deja de atormentarme. ¿Por qué lo pone tan difícil? Sé que me quiere. ¿Por qué no lo reconoce de una vez? Todo el mundo comete errores, se equivoca, y él tiene que ver que, esas equivocaciones llevan a rectificar. Estoy de acuerdo que yo, cometí uno muy grande, no lo niego, nunca debí marcharme, pero tengo derecho a una segunda oportunidad y él se empeña en no dármela.

- ¿Sindy?

- ¿Qué? — Digo, volviendo del mundo en el que me he sumergido.

- ¿Qué si estás de acuerdo en ir mañana al Cruce?

- Sí, claro.

Con pocas ganas de seguir en esa mesa, me levanto y disculpo, subiendo segundos después al ascensor. Lo que tardo en llegar, sigo sin poder borrar de mi mente a Ian. Tiene que funcionar, no puedo vivir con la culpa de haber destruido el amor que nos tenemos. Miro el reloj y viendo que ya es tarde, decido dejar a Izan, en el cuarto de Jalila, sería una tontería ir por él a estas horas y despertarlo, cuando sé que con su nana está bien. Entro en el dormitorio, cierro la puerta despacio y con los ojos cerrados, dejo reposar mi espalda en la puerta. Abro los ojos de golpe, al sentir unos labios pegarse a los míos. ¿Qué diablos?

- ¿Cómo has entrado? — Demando, separando nuestras bocas.

- Con dinero, cualquiera te ayuda.

- Eso ya lo veo. Vete.

- ¿Y si no quiero?

- Es tu problema.

Paso por su lado, me hago con el camisón y con su mirada puesta en mí y sin sentir una pizca de vergüenza, comienzo a levantar mi camisa.

- Si te desnudas, tú tendrás la culpa de lo que ocurra aquí. — Advierte.

- ¿No esperaras que duerma con vaqueros?

- No me pienso ir.

- Muy bien. Entonces, me cambiaré en el baño.

Camino hasta el baño manteniendo la serenidad, una calma que no dura mucho, porque él está empeinado en acabar con ella; no ha tardado dos minutos en abrir la puerta del baño, desde que yo la cerré.

Se cruza de brazos y me repasa con una mirada intensa, con la cual consigue que mi cuerpo, empiece a sentir los efectos que son tan usuales, cuando me mira como si me estuviera acariciando.

- No he dicho que no quiera mirar. — Espeta.

Con la boca abierta lo miro, sin creer que, sea tan insolente, para meterse en mi baño sin ser invitado. Medio desnuda, me acerco hasta él y le doy un puñetazo en el pecho con todas mis fuerzas. No puede hacer esto, no tiene derecho, los perdió en el momento que se negó a romper esos acuerdos descabellados.

- ¿Qué pasa, Carla no estaba hoy disponible? ¡Márchate!

- Nena... — Dice, un segundo antes de cargarme en brazos, sentarme en el lavamanos y besarme con desesperación.

Perdida en sus besos, me es imposible hacer o pensar en otra cosa que no sea degustar su boca. Entre beso y beso, puedo sentir como los corazones se descontrolan y retumban, marcando un único compás y alcanzado ese punto, donde nada existe más allá del sonido de nuestros cuerpos moviéndose en un baile el cual únicamente juntos son capaces de bailar. Rodeo su cuello con mis brazos, pegándome más a él, mientras sus manos aprietan, arrimando mi pelvis a su virilidad. Deja mi boca y muy despacio se dedica a recorrer mi cuello con su lengua hasta llegar al centro de mi pecho, a la vez que una de sus manos se desplaza a mi seno y lo manosea con fervor y la otra llega a mi pelo y tira para dejarme expuesta y así, poder recorrer mejor mi piel con su boca.

Con los cuerpos unidos, las respiraciones agitadas y mezclándose los gemidos, nos deshacemos de la ropa y dejamos que la situación sea dominada por el deseo y la pasión que nos corroe sin poder y querer evitarlo; sincronizados nos movemos, liberamos la tensión sexual que siempre está a nuestro alrededor y juntos alcanzamos el clímax.

Minutos después, se aparta muy lentamente y su sonrisa prepotente, me saca de quicio. ¡Punto para el idiota! Cabreada por ser tan débil, ni siquiera me detengo en vestirme, únicamente me pongo la braga y el sujetador y lo hago, porque no llevar nada me hace ruborizar y ser consciente de la cagada que he hecho. Salgo del baño, me siento de espaldas a la puerta y con la vista puesta en el cristal. Siento sus manos lentamente en una caricia llegar hasta mi estómago, quedando abrazado a mí desde atrás. Frunzo el ceño, dándome cuenta que sigue en calzoncillos.

- Nena, tú lo deseabas y yo también. ¿Por qué no lo aceptas? ¿Por qué te sientes culpable?

Besa mi cuello a la vez que empieza a pasear sus manos con suaves caricias por mi cintura, de nuevo comienzo a sentir el calor y las palpitaciones y no logro entender como es posible que eso suceda, cuando no hace ni cinco minutos que, alcance un orgasmo letal. En contra de lo que mi cuerpo ansía, bajo las manos hasta las suyas y las aparto despacio de mí.

- Rompe los contratos. — Exijo.

- Ya hemos hablado de esto.

- Pues explícame porque te niegas hacerlo, si no puedes estar a más de dos metros de mí.

- Será... porque el sexo contigo es muy bueno, pero no lo suficiente para no disfrutar con otras.

El golpe que me asestan sus palabras, me hace dudar y reconsiderar mi idea de seguir persistiendo con respecto a él. Enfurecida como pocas veces lo he estado en mi vida, me levanto para adentrarme en el baño, recojo su ropa y retornando con ella al cuarto, abro la ventana y sin que tenga tiempo de asimilar lo que estoy haciendo la dejo caer.

- ¡Sindy!

- ¡Ahora vete!

- ¿Desnudo? ¡Estás como una cabra!

Busco mi teléfono y marco, teniendo que colgar al no obtener respuesta. Vuelvo a intentarlo y espero.

- Buenas. ¿Podría mandar a alguien de seguridad? — Se tira sobre mí haciéndonos caer en la cama. - Que se den prisa, por favor, un tío se ha colado en mi cuarto. — Cuelgo, y sonrío triunfal.

- ¡Eres una jodida lunática!

- Adiós, Ian.

Como no le he visto correr en la vida, se apura en levantarse y salir del cuarto, atraviesa el pasillo disparado, camino del cuarto de Hugo, y toca en su puerta. «Así aprenderá», pienso, cerrando la puerta, mientras me meo de la risa. Con la vista fija en el techo, marco de nuevo a la recepción y aviso de que el hombre ha salido corriendo y que no es necesario que suba nadie. Poco después con una sonrisa debido a mi travesura consigo dormirme plácidamente.

Un ruido insistente, me hace abrir los ojos, sonrío gracias a las vistas que me dan los buenos días, empiezo a entender porque Cristiano, no se compra una casa. ¿Para que hacerlo? Si no hay mejor despertar que, abrir los párpados y ver la calle desde la cama, mientras que el sol te da de pleno en el cuerpo.

Vuelvo a escuchar el ruido y me percató que vienen de fuera y que lo que suena son los porrazos en la puerta.

- Te has dormido. — Dice, Hugo con diversión.

- ¡Mierda! — Espeto, por respuesta.

- No te preocupes, Jalila ya ha salido con el niño. Te esperamos abajo.

Poco después, vestida y arreglada con un conjunto de falda negra, camisa blanca, zapatos a juego y con un moño sofisticado en el cabello, salgo por la puerta, llegando minutos más tarde a recepción, donde me esperan dos guapos hombres impacientes.

- ¡Una hora! — Dicen, a la vez como si lo hubieran ensayado.

- ¿Qué? Tengo que estar perfecta.

- Vamos. Por lo que me ha informado Alessandro, los dos están ya en el Cruce.

- Genial. Voy en mi coche.

Me acerco donde lo deje ayer, mientras extraigo un cigarro y me lo llevo a los labios a la vez que alzo la cabeza. La boca se me abre, el cigarro impacta en el suelo y patidifusa miro mi coche sin poder creer lo que veo. ¡Salvajes, me han destrozado el coche! Sigo observando contrariada por el ensañamiento que han tenido con mi viejo cacharro, no solamente le han pinchado las ruedas, sino que, además, se han cargado los parabrisas y los espejos, aparte de impregnar todo el coche de pintura con la palabra “puta”. Cuanto más lo miro, más claro me queda que no lo han hecho al azar y que lo que a recibo mi auto es una advertencia para mí. Ian, no me haría algo así, por muy enfadado que esté, me juego el cuello a que no sería tan cruel y vengativo. ¿Pero entonces quién?

Desviando la vista hacia el hotel, veo aparecer a Kamil que como siempre no anda muy lejos.

- ¿Quién es capaz de odiarme tanto?

- Ya estamos trabajando en ello. Aunque las cámaras muestran un grupo de jóvenes, esto lo ha hecho alguien que te tiene en el punto de mira.

- Tengo que ir al Cruce. No puedo encargarme de esto ahora.

- Para eso estamos nosotros. Vamos.

Veinte minutos dura el viaje y los paso sin poder borrar la imagen de mi coche, y mirando de un lado a otro por si veo algo extraño o alguien al acecho. Entrando en el establecimiento, no es muy difícil oír las voces que llegan desde arriba, incluso varios clientes observan hacia las voces alucinados e intrigados por saber que es lo que está sucediendo, pero ninguno se mueve y se debe a que si no pagan la cuota para disponer de las instalaciones de arriba, no pueden pasar más allá de las escaleras. Me acerco al pie de la escalera y dos hombres me cortan el paso.

- Es la hija de Alessandro, dejad que pase ahora. — Intercede Kamil.

Recelosos, uno de ellos saca el celular, mientras el otro se cruza de brazos, negándose a darnos acceso. Poco después el matón número uno corta la llamada y le pone la mano en el hombro al matón número dos y este da un paso al lado, dejando hueco para que podamos subir arriba. Muy sosegada y con pasos seguros, muevo un pie detrás de otro hasta llegar al despacho en el que ya estuve anteriormente.

Sonrío, cuando distingo las cuatro voces.

- ¡Qué os marchéis!

- Tenemos ordenes de esperar aquí. — Dice, Hugo con toda la calma que no tiene Ian.

- ¿Y desde cuando acatas ordenes? — Dice, irónicamente.

- Desde que se las doy yo. — Intercedo, entrando en el despacho.

- ¡La que faltaba! No basta con que tenga que aguantar a dos idiotas que, ahora tengo también que lidiar con la mujer despechada.

- ¿Tú eres tonto? — Pregunto, sin poder contenerme. - No estoy aquí por ti. — Le informo impasible. - Vengo a aclararte que a partir de ahora cambian las cosas aquí. La zona de arriba deja de ser exclusiva para hombres, a las mujeres también les gusta disfrutar del sexo y estoy segura de que habrá muchos hombres que quieran trabajar aquí y

complacerlas. Me encargaré personalmente de la contratación de dichos hombres y Kamil, investigara tanto a los que contrate como a los que paguen la cuota con el fin de que cumplan los requisitos y evitar problemas.

- ¿Te estás quedando conmigo?

- Ian, ves haciéndote a la idea de que vas a tener que trabajar conmigo. Alessandro, me ha cedido su parte.

- ¡Por eso fuiste a Roma!

- Hugo, será mis ojos, cuando yo no este aquí y me informará de cualquier cosa que se te ocurra hacer sin haber contado conmigo primero. — Sigo, sin prestar atención a su mandíbula apretada y su mirada escéptica. - Y Cristiano se encargará de las cuentas.

- Eso ya lo hace Marcos. — Dice, entre dientes, intentando contener su ira bajo control.

- Lo siento, pero no me fío de vosotros. Me parece bien que las revise, pero Cristiano lo hará también porque así lo quiero yo.

- ¿No tienes otra manera de no aburrirte que tocarme las bolas?

- Es que nada es más divertido que tocar tus... pelotas. Quiero una mesa en este despacho en una hora.

Me siento en el sofá y espero, no pienso moverme hasta que haya hecho lo que he pedido, pienso pegarme tanto a su culo, que cuando no este cerca, se volverá loco por no sentir mi presencia. Tras unos segundos veo como cede, haciéndole un gesto de la mano a Marcos, para que haga lo que he demandado. Sonríó ampliamente, porque por una vez, se ha tenido que comer el orgullo con patatas y aceptar que este negocio ahora lo dirigimos dos.

- Estaré por abajo, jefa. Para cualquier cosa, me avisa.

- ¿Cuando suele hacer las cuentas, Marcos? — Pregunta, Cristiano.

Puedo sentir la mirada de rabia que me dedica Ian, cuando tiene que contestar a la pregunta de mi amigo, sin poder molerlo a palos como un saco de boxeo que ahora mismo es lo que más le apetece.

- Última semana del mes. — Dice, sin ganas.

- Baby...

- ¡Cómo la sigas llamando así, te echo los dientes abajo!

- Cuando Marcos, te pase las cuentas, me llamas y vendré a revisarlas.

— Sigue, ignorando a Ian.

Arriesgándose a recibir otro golpe y bajo la atenta mirada de Ian, me tira un beso antes de salir corriendo por la puerta y que mi celoso compulsivo no lo agarre, ya que en el mismo momento que ha advertido el gesto, se lanza hacia él, siendo Hugo, el que lo frena, poniendo sus manos sobre su pecho. Soltando tacos, se aparta de su amigo, como si le diera asco el simple gesto. Hugo, me guiña el ojo antes de volver abrir la boca, dándome la señal de que está preparado para aguantar los golpes que recibirá.

- ¿Sindy, comemos en un rato?

- Claro. ¿A las dos?

- ¡Búscate a otra a la que camelar! — Dice, asestando el primer puñetazo.

Con gracia lo para y arremete dando un empujón que, estampa a Ian, contra la pared. Este con una cara demoníaca le asesta un trompazo en las costillas, acertando de lleno, porque Hugo, no lo ve venir. Por un momento cierro los ojos y me siento culpable de que Hugo, tenga que recibir los golpes ensañados de Ian.

- ¡Basta Ian! ¡Si tú no la quieres mantente al margen!

- ¡Quién mierda te ha dicho a ti que no la quiero! — Suelta, ido por la cólera.

Mis ojos se abren a la vez que veo como Ian, es consciente de las palabras que han salido de su boca. Hugo, sonrío satisfecho, se aleja de Ian y lo observa fijamente con una ceja levantada. ¿Cómo es posible que en menos de dos segundos, haya conseguido lo que yo llevo días intentando?

- ¡Habla con ella capullo! Has tenido que ver que otro te la puede levantar, para confesar.

Pasa de largo a su amigo y se deja caer en la silla. Cierra los ojos, coloca sus manos detrás de la cabeza y hace un par de respiraciones.

Expectante, contemplo su lucha; corazón, cabeza, o cabeza, corazón.

Cuando abre los ojos, puedo ver su determinación en ellos, esperanzada, mantengo mi vista puesta en él. El silencio empieza hacer mella en mí, suspiro flojito a la vez que siento la derrota de nuevo y he de bajar la mirada y contemplar mis pies, para evitar que las lágrimas salgan de mis ojos. ¡Soy una ilusa! Conociendo lo tozudo que es, debí haber imaginado, que no porque se le escape la verdad, va a aceptarla sin más.

HAY GENTE QUE NO SABE ACEPTAR LA DERROTA.

- Mírame. — Dice, a la vez que percibo como se sienta a mi lado.

Sin dudarle uno nuestras miradas. Alza la mano y me acaricia la cara, un gesto tan suave que llego a creer que lo estoy imaginado, que tanto deseo que me conceda esa oportunidad, que sueño que está a mi lado, regalándome una caricia llena de ternura, cuando la realidad es que sigue sentado en el escritorio; pero no, está a sentado a mi costado, me sonrío y sus ojos brillan, mientras mi corazón bombea enérgico.

- Lo siento.

- ¿Qué?

- Que nunca he dejado de amarte Sindy. Ya es hora de que olvidemos y sigamos adelante. No quiero ver el futuro, si no es contigo.

- ¿Y lo has hecho así sin más? ¿Ahora?

- Ja, ja, ja. Sí, nena. Me ha bastado tener una imagen, no muy bonita de ti con ese imbécil que tengo por amigo y mi cabeza ha hecho una especie de explosión.

Los latidos de mi corazón aumentan y los ojos se me empañan, a la vez que muy despacio, acerco mis labios a los suyos y le doy un beso delicado, lleno de sentimientos y sobre todo de mucho, mucho amor.

La ilusión se instala en mi alma y por fin puedo sentir que si hay un feliz para siempre para nosotros. Por minutos todo mi afán, es devorar sus labios, como si en años no los hubiera tocado y aunque no es exactamente así, si es la primera vez en dos años que, nos besamos con el amor y el corazón puesto en ese beso. Un carraspeo nos hace separarnos y sonreír como bobos.

- Mi trabajo aquí ha concluido. — Dice, con una sonrisa y un saludo de manos antes de salir por la puerta.

- Perdóname, nena. He sido un completo cabeza palo. Te quiero.

Siempre te he querido.

- ¡Ya era hora! Ven aquí.

Acercamos nuestras bocas a la vez, besándonos con ternura y sellando con un gesto tan simple como lo es un beso; las disputas, batallas y guerras que hemos estado teniendo, por nuestra cabezonería.

- Solo tuya. — Digo, sonriendo en sus labios.

- Nena... — Dice, en un suspiro, poniendo sus manos en mi cara a la vez que, pega sus labios a mi oído. - Solo tuyo, para siempre y contigo.

— Susurra, en un tono tan sexy que, siento el cosquilleo en la entrepierna.

- ¿Cómo se te ha ocurrido esa frase? — Interrogo, sorprendida y muy interesada.

- Nena. Lo empecé yo, con un “solo tuyo”. Tú añadiste el “para siempre”, cuando nos volvimos a ver. Así que ahora lo justo, era que yo añadiera un nuevo párrafo. Por eso “y contigo”, que no significa otra cosa que, “te amé, te amo y te amaré por el resto de mi vida”.

Me echo a sus brazos y le beso con devoción, mientras las lágrimas ruedan sin control, debido a tan bonita declaración. ¡Le amo! Sí, soy una sensibilera, llorona, sentimental, como sea, pero una mujer feliz y enamorada que hoy ha recuperado el amor que una vez perdió. Me estrecha más fuerte entre sus brazos, mientras reposa su cabeza en mi cuello. Ahora mismo, si hubiera un tornado, un vendaval e inclusive una inundación, sería feliz por morir entre sus brazos.

- ¿Ian, romperás los contratos?

- Ja, ja, ja. ¿En serio lo estás preguntando? Anda, ven aquí. — Dice, dejando un beso arrasador en mis labios.

Tira de mi mano y me hace ponerme de pie, con su mano entrelazada me guía hasta su coche y me hace subir. Durante lo que tardamos en llegar a su dúplex, no dejo de observar alucinada, lo que es capaz de hacer el amor en una persona. Atolondrada, mis ojos no se pueden apartar de la sonrisa que adorna los labios de Ian, una sonrisa tan bonita y que tanto ansiaba ver, que cuando llegamos, me cuesta horrores poder dejar de contemplarla. Entramos en su casa y me sorprende rodeando mi cintura con sus brazos y besando mi cuello.

Las vibraciones que siento con ese pequeño gesto, me hace soltar una risilla, darme la vuelta, y unir mi boca a la suya. Un estruendo nos hace separarnos y desviar la mirada,

para encontrar a una Carla con una mirada muy desagradable, puesta en nosotros sin cortarse un pelo.

Ian, une su mano a la mía, dejando nuestras manos tan unidas que, cualquiera llegaría a creer que están pegadas con cinta adhesiva.

- Ve por Sonia y en diez minutos os quiero a las dos en el despacho.

Vamos, nena. — Dice, para que le siga.

En el despacho, Ian no consiente que me separe de él y me hace sentarme como tantas veces he hecho, en sus piernas, mientras sus manos reposan en mi barriga. Poco después, las dos mujeres aparecen y una de ellas, mostrando en su rostro el desprecio.

Descaradamente la ignoro y sigo manteniendo la sonrisa en mi cara, ya que con eso le asesto un mayor golpe que si la arrastrara de los pelos por toda la casa hasta dejarla calva.

- Quiero que las dos recojáis vuestras cosas y os vayáis. Estáis despedidas.

- ¡¿Pero por qué?! — Dice, Carla en un grito, más que preguntando.

- ¿Estás ciega? ¿No ves lo que tienes delante?

- ¿Qué quieres que vea? ¿Qué ella lo ha estropeado todo?

Ian arruga el ceño, puedo sentir como su cuerpo se tensa y la sangre le empieza a hervir, un claro signo de que la mujerzuela está acabando con su paciencia. Coloco mi mano encima de la suya, haciéndole consciente de mi presencia, su cuerpo se relaja y la sonrisa vuelve a sus labios, de la misma forma que su ceño vuelve a su estado normal.

- Te equivocas Carla. — Le dice, con suavidad. — Ella no ha estropeado nada, al revés, lo que ha hecho ha sido repararlo, porque hasta que ella no regresó a mi vida, mi corazón no ha vuelto a latir. Caminaba por la vida sin rumbo, haciéndolo porque tenía que hacerlo, pero no porque fuera feliz, solo cuando ella está conmigo... siento, vivo, me pierdo, sonrío y me desespero si no está conmigo. Me he empeñado en negarlo y ya me he cansado. Mi corazón solo es suyo. Así que, lo que hayas creído, te lo quitas de la cabeza, porque no me importas, no te quiero y mucho menos te querré. Fin de la discusión y puedes salir ya de mi casa.

Malhumorada nos da la espalda y poco después, oímos el portazo que retumba en toda la casa. Contemplo a Sonia que, con la cabeza agachada da pequeños golpes con el pie, su nerviosismo es patente y antes de que Ian hable, coloco mi mano en su pecho, pidiéndole en silencio que me deje a mí. Sonríe y atontada por su perfecta sonrisa, le deposito un casto beso.

- Sonia. — Llamo, su atención.

- S... sí.

- Cuando llegué, me dijiste que ni siquiera te gustaba Ian. ¿Por qué entonces aceptaste el acuerdo?

Sus ojos se abren con impresión, a la vez que siento como sus nervios crecen, no es muy difícil percatarse de ello, debido a que además de no poder estarse quieta, sus ojos van de un sitio a otro, como si no pudiera mantenerlos en un punto fijo.

- Necesito el trabajo. Mi madre se fue hace unos meses con un hombre que conoció y dejó a mis dos hermanos pequeños abandonados a su suerte. Este empleo, aunque no me daba el tiempo suficiente para estar con ellos, podía pagar el piso, darles de comer y darle algo de vez en cuando a la amiga que se hace cargo de ellos. — Finaliza, llevándose las manos a la cara y rompiendo a llorar.

El alma se me oprime por ver semejante desazón en ella, cuando estoy acostumbrada a siempre verla con una pequeña sonrisa. Desvío la mirada a Ian, que con los ojos llenos de culpabilidad, observa como la chica se desmorona delante de nosotros. Sin saber, cual es la mejor decisión, hago lo que el corazón me dicta y la conciencia me grita.

- No vas a perder tu trabajo.

- ¿No? — Pregunta, Ian confuso, mientras le sonrío.

- Sonia. A partir de hoy. Trabajaras solamente en las mañanas.

Seguirás cobrando el mismo sueldo y podrás pasar todas las tardes con tus hermanos.

- ¿De verdad? — Interroga, dubitativa con la mirada, puesta en Ian.

- Ya la has escuchado. Si ella lo ha decidido, no tengo nada que alegar.

- Gracia, mil gracias. No sé cómo te lo voy a agradecer Sindy. Eres mi ángel, no sabes lo que esto significa para mí.

- Anda, ve con esos niños. Puedes tomarte el día libre.

- Gracias. — Dice, por última vez, antes de salir corriendo.

Ian, aprovecha la salida de Sonia, para darme la vuelta y besarme, como si intentara recuperar todos los besos que nos hemos perdido.

Rodeo su cuello y profundizo el beso, haciéndolo más exigente y aumentando la intensidad. Sus manos se desplazan a mis nalgas y no puedo reprimir el gemido que escapa de mi garganta y que Ian, acalla gustoso con su boca. Rápido asciende el calor corporal y el fuego se empieza a establecer en mi interior. Llevada por el momento y perdida en las sensaciones de las caricias, desabrocho despacio los botones de su camisa, exigiendo con mis hechos, que calme la ansiedad que siente mi cuerpo, por culpa de él. Entendiendo mi petición, se pone de pie cargando conmigo y me deposita en la mesa. Pausado y haciendo que la impaciencia posea mi cuerpo, se demora en ir quitando prenda por prenda, mientras va dejando besos allí donde le parece. Cuando se deshace de todo lo que le estorba, dejando mi piel expuesta para él, ya estoy tan caliente y desesperada que rodeo su cuello con agilidad y le doy un tirón, pegándolo a mi cuerpo.

- Tu mayor virtud es la paciencia... — Comenta, irónico pegado a mis labios.

- Como no te dejes de juegos, verdaderamente vas a ver cual es mi virtud. — Advierto.

- Muy bien, nena. Te voy a dejar tan agotada que vas a desear haber sido paciente. — Amenaza, a la vez que con una mano, acaba de quitar la única prenda que se interpone entre nosotros.

Bajo el agua, no puedo evitar sonreír tras recordar, la mañana inesperada que he tenido y que cuando me levante, no habría imaginado poder tener. Varias horas, son las que he

estado entre los brazos del hombre que amo, disfrutando de todo lo que me quisiera dar.

Creo que hemos compensado bastante bien, el tiempo que hemos estado el uno sin el otro, por supuesto no todo, porque para recuperar dos años, aún nos falta, pero encaminados vamos por el buen camino.

Termino de aclarar mi cuerpo, cierro el grifo y estiro la mano para coger la toalla. Sonrío, cuando veo que Ian, en su travesura la sostiene en su mano, abierta delante de mí. Me acurruco en su pecho, mientras rodea mi cuerpo con ella, sintiendo un beso poco después en mi cabeza.

- ¿Cuándo te mudas?

- No recuerdo que me hayas pedido que viva contigo... — Digo, juguetona.

- No creí que tuviera que pedirlo. Y menos tras tres años de estar conociéndonos. Creo que vamos muy retrasados.

- ¿Retrasados? ¡Si tenemos un hijo!

- Nena, no me hagas rogar. Te necesito. Quiero ver tus ojos al despertar y antes de dormir. Te amo, nena.

- Solo tuya.

- Solo tuyo, nena.

Me besa dulcemente, consiguiendo que mi corazón, no solamente de una voltereta, sino que se pone hacer todas las piruetas del mundo que existen.

- ¿Dónde esta Blanca? — Interrogo, mientras me aparto, para vestirme.

- Con tu tía. Viene una vez al mes para estar con ella. La traerá esta noche o mañana.

- ¿Vamos por Izan?

- Claro. Iremos a esa hamburguesería que tanto os gusta.

Veinte minutos más tarde, salimos por la puerta cogidos de la mano y sonriendo. Ian decide que no cojamos el coche y que demos un paseo, según él, hace un día precioso y no hay nada mejor que disfrutarlo paseando conmigo agarrada a su mano. Caminamos tranquilos, mirándonos de vez en cuando, deteniéndonos por cualquier cosa, rozándonos en cada momento y dedicándonos en cada ocasión un beso. Llegando casi al colegio, Ian me pide que siga que, ahora me alcanza. Dejo un beso en sus labios y sigo adelante, dirigiéndome a la escuela. Estoy cruzando la calle en un semáforo, cuando el rugido de un coche, llama mi atención. Desvío la mirada, para ver un coche a toda velocidad venir hacia mí. Paralizada y aterrorizada, observo con los ojos desencajados como el coche está casi encima mía. ¡El fin!

Siento un fuerte tirón en la cintura, segundos antes de que el auto impacte contra mi cuerpo. Tirada en el suelo, asustada y temblando, alzo la cabeza, para encontrar a Kamil, poniéndose en pie y estirando el brazo para que yo haga lo mismo.

- ¿Estás bien?

- Creo... que sí. — Digo, mientras reviso no tener ningún daño.

Por mis oídos se filtran las voces de dos personas discutiendo y una de ellas, con un cabreo, como hasta día de hoy no he visto. Todavía con el miedo en el cuerpo, me acerco y nada más tenerlos a la vista, me encuentro; el coche estrellado contra el arco de la entrada del parque Washington Square. No es muy difícil, deducir que, debido a la velocidad que llevaba, no ha podido maniobrar, siendo la única vía, estamparse directamente de frente.

- ¡Me voy a encargar de que te encierren! ¡Podías haberla matado! —

Grita Ian, sin control, mientras la zarandea.

- ¡Suéltame! ¡No pienso ir a la cárcel! — Grita, de vuelta, intentando zafarse.

Por un costado veo aparecer varios policías que, se acercan con rapidez y separan a Ian de Carla, dejando a cada uno en una punta.

Por minutos, en lo que ellos dan sus versiones, intento procesar que la maldita perra ha querido matarme, simplemente por el hecho de que Ian, no la quiere y por haberme escogido. ¿Es que no tiene cerebro?

¿De verdad creía que sacándome del camino, se arreglaba el problema? ¿Qué Ian la querría?

- ¿Se encuentra bien? — Pregunta, uno de los policías, acercándose a mí.

- Sí.

- Su pareja nos ha relatado, lo sucedido. ¿Quiere presentar cargos?

Pasmada porque siquiera se atreva a preguntarlo, asiento con la cabeza. Por supuesto que voy a presentar cargos y no solo eso, sino que como bien ha dicho Ian, pienso encargarme personalmente de que se vea encerrada por muchos años. Lo que ha hecho no tiene cabida y no merece consideración, por eso, no voy a dejar que vuelva a estar cerca de nosotros. Si antes ya la detestaba, ahora si no fuera por los agentes que hay a su alrededor, ya la habría ahogado en el parque, que aunque nunca he estado aquí, estoy segura de que alguna fuente llena de agua habrá. Empezando a sentir crecer el mosqueo, me acerco a Ian, pasando del parloteo del agente y me abrazo a él, para que me inunde de la calma que en estos momentos necesito y que, solamente él, me puede infundir. Sus brazos me rodean, suelto el aire sonoramente y me aprieto más contra su pecho. Siento sus besos en la cabeza y poco a poco, me voy sintiendo mejor; nada mejor para sanar que, sus cálidos brazos y sus besos llenos de amor.

- Señora, tiene que acompañarnos...

- Irá mañana. ¿No ve que ahora mismo, no está para hacer declaración? — Espeta Ian, con brusquedad.

- Lo siento, señor. Solo trato de hacer mi trabajo.

Una vez acuerdan que mañana, me presentaré a prestar mi declaración de los hechos, vemos como se llevan a Carla y poco después, nos adentramos en la escuela, donde Izan, ya ha salido y espera cerca de su maestra.

- ¡Mami! — Chilla, a la vez que se echa a mis brazos.

Deposito un beso en su mejilla y me implanto una sonrisa, para que mi pequeño, no

detecte que algo me sucede. Ian, nos abraza a los dos y por unos minutos, disfrutamos de estar así; abrazados, demostrando el amor que nos tenemos.

- He, campeón. ¿Quieres una cola con la hamburguesa? — Pregunta, sentándonos en la mesa.

- ¿Puedo mami?

- Te está preguntando papá que si quieres. Así que... ¿La quieres?

- ¡Sí! — Grita, feliz.

Como una familia cualquiera, comemos entre risas. Por ratos, me quedo encandilada, observando como Ian, juega con Izan. En un momento dado de la comida, en el que los glotones ya están llenos, deciden darle mejor uso a las patatas y empiezan a lanzarlas de un lado a otro de la mesa, mientras yo no dejo de mirar alrededor, verificando que nadie nos este mirando. Una sonrisa, nace en mis labios, sintiendo por primera vez rozar la verdadera felicidad y llevada por ese sentimiento, cojo la cara de Ian, y pego nuestros labios. ¡No tengo remedio! Sus besos son tan adictivos, que estar más de cinco minutos sin sentir sus labios, me supone un gran problema.

Minutos después, salimos con Izan en medio de los dos y agarrado a nuestras manos, mi corazón salta vigorosamente, cada vez que veo un final para nosotros que, antes no albergaba, mejor dicho; el comienzo de nuestra nueva vida. Cuando pasamos por delante del cine, Ian se detiene abruptamente y nos hace seguirle, eufórico como nunca le he visto, compra las entradas para ver una película de dibujos, luego pide palomitas, acompañado de refrescos. No suelo permitir que Izan, beba tanto refresco, además de por los gases que suelen tener, también se debe a la cafeína, pero como a todo niño, le encanta. Divertida y aturrida a partes iguales, debido al cambio de actitud de ayer a hoy, no puedo esconder la sonrisa y entrelazar mi mano a la suya, mientras Izan, observa la pantalla fijamente. Ian, aprovecha que nuestro pequeño está distraído, para darme un beso de infarto y dejarme alelada.

Cuando salimos del cine, ya es casi de noche, la poca luz que queda, nos avisa de que es hora de volver a casa y aunque me encanta Nueva York y nunca puedo dejar de recorrerla, buscando algo nuevo que ver, le tengo algo de reparo a la noche y cuando está cae, soy la primera en estar en casa, calentita y bajo la seguridad del hogar. Quizás, sea una paranoica, otros me dirán exagerada, pero como bien dice el dicho,

“más vale prevenir que curar”. Nos acercamos al hotel y mi pecho se aflige, sintiendo un pinchazo bastante fuerte, si no supiera que es debido a que no quiero que se termine el día y tener que separarme de Ian, llegaría a pensar que estoy sufriendo algún dolor inexplicable, por el cual has de asistir al hospital. En la entrada, el martirio empieza hacer que me tiemble el labio. Una tontería, porque mañana Ian, seguirá siendo el mismo, pero no puedo dejar de pensar que en cuanto se aleje de mí; despertaré del sueño, volveré a la realidad y regresará el hombre sin corazón.

- Nena, espera aquí.

ES IMPOSIBLE NO AMARTE.

Sorprendida, los veo internarse en el elevador, dejándome con la curiosidad, merodeando

por mi cabeza. En lo que tarda en regresar, no puedo dejar de preguntarme que, será lo que quiere que hagamos ahora. Me centro en observar la gente ir y venir, mientras espero, para dejar el gusanillo curioso en un lado escondido. Algo llama mi atención y desvío la vista hacia ese punto. Al ver que no hay nadie cerca del cristal de la tienda, mirándome, relajo el cuerpo y me obligo a volver la vista al frente. No puede ser, no sabe donde estoy, sería casi improbable que diera conmigo. Descarto la idea de mi mente y me dirijo al mostrador, para ver si tuviera algún mensaje. La recepcionista, me entrega un sobre que abro en seguida y que con las mismas termina en el suelo, tras haber leído la frase; «voy a por ti zorra». Recojo el sobre y el mensaje y temblando lo hago una bola y lo tiro a la papelera más cerca que tengo. Exhalo una bocanada de aire y luego lo dejo salir, teniendo que hacerlo varias veces, para conseguir que el cuerpo entero me deje de temblar.

- ¿Preparada, nena? — Oigo, detrás de mí.

Me doy la vuelta, sonrío y beso sus labios, como por obra maestra, el temor se esfuma en un santiamén, resurgiendo la curiosidad y deseosa de ver que habrá preparado, porque esa cara de «te voy a sorprender», ya me la conozco y sé que algo lo tiene más contento que a un niño, cuando le esconden los huevos de pascua y los ha encontrado.

Mientras sigo sus pasos, mi cabeza no deja de llenarse con posibles lugares a los que me puede llevar. Cuando nos adentramos en Central Park, la desilusión impregna mi cara, se lo podía haber currado un poco más. Llegamos al centro del parque nos detenemos y atisbo un telescopio, mi sonrisa vuelve a resurgir, pensando en lo romántico que es mí, ojos de cielo.

- Ven, mira.

Hago lo que me pide y quedo obnubilada, por las vistas que contemplo.

Nunca hubiera imaginado, que en una ciudad como está, llena de luz, podría divisar las estrellas, sintiendo que es lo más hermoso que he visto.

- ¿Ves esa estrella que brilla como ninguna otra?

- Aja. — Le doy, por respuesta, viéndola brillar intensamente.

- Es la estrella principal de la constelación Canis Mayor, para que lo entiendas, “el perro mayor”, y prácticamente se puede ver desde cualquier parte del planeta.

- ¿Cómo?

- Ssh. — Dice, haciendo un gesto con el dedo y su boca, para que me mantenga en silencio. - Mira ésa. — Dice, a la vez que mueve el telescopio. - Es la Próxima Ceuntauari, la estrella que más cerca está de nosotros, pequeña y roja como el color del amor.

Alzo la cabeza para mirar sus ojos y mientras observo el azul brillante que tanto amo y que desestabiliza todo mi ser, comienza a sonar una canción que reconozco a la perfección, ya que es de mi cantante favorito; Ricky Martin. Lo que no esperaba era girar la cabeza y encontrarlo en persona, cantando una de las canciones que adoro y que desde hoy, siempre será especial.

«Una vez te vi, era todo irreal y aunque fuese un sueño, te sentía junto a mí.

Sé que estás ahí, que te encontraré, aunque tarde una vida, yo jamás renunciaré.

Un día llegaré...

Más allá de toda gloria, del orgullo y el valor, el poder de un héroe, está en su corazón.

Un día llegaré, no importa la distancia, junto a ti estaré con tu resplandor, paso a paso iré y persistiré, a cualquier distancia, yo tu vida y tu amor tendré»

Vuelvo a girar la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas y me topo con Ian, arrodillado en el suelo, con una cajita abierta en sus manos y la mirada conectada con mis ojos. Me llevo la mano a la boca, contengo el aliento y las lágrimas aumentan, con cada palabra que sale de su boca.

- Nena, he sido un patán, un imbécil, un tozudo... todo lo que diga, será poco para excusar semejante comportamiento. No quiero estar sin ti, te necesito a mi lado, todos los días, durante el resto de mi vida. Nunca he amado a nadie hasta que te clavaste en mi pecho y lo traspasaste con esos ojos grisáceos, haciendo que fuera imposible que mi corazón le perteneciera a otra que no fueras tú. Por eso y aunque una vez, ya te lo pedí, hoy este idiota se pone a tus pies, para volverlo a hacer. ¿Nena, quieres hacer feliz a este completo patán y casarte conmigo?

Entre lágrimas, me arrodillo a su altura y dejo un beso en sus labios.

Entonces, la caja llama mi atención y me percató que no solo contiene un anillo; sino dos, y dos que reconozco, porque son los mismos que le entregue en la playa. Devuelvo mi vista a sus ojos esperanzados y con el mayor amor que puede existir, le doy la respuesta que sale del corazón.

- Sí, Ian. Quiero ser tu esposa.

Estrella su cuerpo contra el mío y durante minutos, nos devoramos el uno al otro, recostados en el suelo y con la canción de Ricky Martin; “no importa la distancia”, de fondo. Cuando conseguimos separarnos y ponernos de pie, sin que nos cueste la vida, mantener las manos fuera del cuerpo del otro, Ian extrae otra caja.

- ¿Más sorpresas?

- Ábrelo.

Lo hago y como una llorona sensiblera, vuelvo a sollozar, al encontrar un colgante exactamente igual que la pulsera que llevo puesta, con la excepción de que lleva una frase grabada; «solo tuyo, para siempre y contigo». Como es lógico, me lo vuelvo a comer a besos. ¿Cómo no hacerlo? ¡No tengo remedio! ¡Le amo!

- ¿Cómo has organizado todo esto?

- Bueno... uno tiene contactos y varios amigos dispuestos ayudar. Mira.

— Dice, señalando la entrada del parque.

Mis ojos se agrandan, cuando la primera persona que veo entrar, es mi madre, seguida de mi hermana que carga una de las niñas. Con pocos segundos de diferencia aparece Anthony, con mí otra sobrina y después, Susana con una sonrisa enorme. Todavía estoy asimilando que están aquí, cuando la fila sigue, siendo Carina, la siguiente en acercarse de la mano de Marcos, luego Hugo, que juguetón me tira un beso, y poco más tarde andando con el salero que le caracteriza, aparece Cristiano, pero lo que más descolocada me deja,

es ver a mi Margot; la mujer que es como una segunda madre para mí. A estas alturas, el berrinche es inevitable contenerlo, mientras todos me abrazan y me felicitan. Quien me iba a decir a mí, que hoy sería el día más dichoso de mi vida, con todos mis seres queridos a mi lado y junto al amor de mi vida, pero entonces mi felicidad se ve empañada sin remedio.

- ¿Qué sucede, nena?

- Izan y Blanca... — Digo, en un hilo de voz, sin poder llegar a nombrar el último nombre; Jalila.

- Mira, nena.

Señala hacia un costado y mis dos pequeños, entran portando una caja entre los dos. Cuando los tengo delante, les abrazo con todo el amor que una madre les procesa a sus hijos, porque aunque a Blanca, no la he parido, la he reclamado como mía. Abro la caja que me entregan y confundida observo los zapatos, desvío la vista hacia Ian, pero me da la espalda.

- ¿Ian?

- Sigue mirando al frente, nena. Aunque me muero por ver tu cara, no puedo hacerlo.

Hago lo que me pide contrariada y a los segundos entra Jalila, lo que porta en las manos, consigue que la congoja se acentúe. Conforme llega a mí, me abraza y me lo entrega y no puedo hacer nada más que, pensar que es el mejor vestido de novia que podría tener.

- Te amo, Ian.

- ¿Qué tal si devuelves el vestido que ha elegido tu madre junto con tu tía y me lo repites, mirándome a los ojos?

- ¿Tía? — Pregunto, confusa.

Como si me hubiera escuchado, mi tía, la madre de Gina, aparece por otro lateral y lo que trae hace que el pecho se me estruje. Siento su cálido abrazo y como una niña, me abrazo y lloro en su pecho. Con mucho cariño, acaricia mi cara y me entrega una especie de diadema de brillantes con una tela fina; el velo.

- Este velo era para que lo utilizará Gina, pero me sentiré muy orgullosa, si aceptas llevarlo el día de tú enlace. — Dice, a la vez que se le saltan un par de lágrimas.

- No habría escogido otro, ni aunque fuera de oro. — Digo, abrazándola otra vez.

Mi tía hace un gesto de la mano y veo como aparece Kamil, se hace con el traje, el velo y los zapatos, desapareciendo en segundos por donde ha venido, pero no sin antes darme una pequeña sonrisa.

- ¿Puedo darme ya la vuelta? — Pregunta, impaciente, haciéndonos reír.

- Ven aquí, mi rubio de ojos cielo. — Digo, tirando de su brazo.

Sus ojos se ponen sobre los míos y advierto que su felicidad es tan grande o más que la mía. Alzo mis brazos y rodeo su cuello, mientras él hace lo mismo, pasando sus manos por mi cintura.

- Solo tuya y para siempre. — Recito, con todo el corazón, puesto en esa frase.

- Solo tuyo, para siempre y contigo. — Dice, exudando alegría.

Dos días después de la hermosa declaración de Ian, contemplo de nuevo el vestido, sin poder creer que, la felicidad por fin está al alcance de mi mano. Cierro el armario y con una sonrisa, me dispongo a bajar las escaleras. Suspiro exasperada, sin llegar a poner un pie en el primer escalón. Como cada mañana, Anthony e Ian, discuten a voces y me juego la cabeza a que será por otra tontería. Desde hace dos días, la casa es un caos, Ian se encargó de recoger mis cosas en el hotel y traerlas, sin darme derecho a contradecirle, tampoco lo hubiera hecho, pero bueno, quiso asegurarse de que no pensaba dormir lejos de él.

Cuando pongo los pies en el salón, mi sonrisa crece al verlos a todos en un espacio reducido, observando como los dos hombres de la casa, discuten por como se monta una mini cuna. Frunzo el ceño y contrariada, dirijo la mirada de uno a otro, para después, ponerla en la cuna. Confusa, mi mente grita, muy repetido, que me estoy perdiendo algo, ya que es muy raro que mi cuñado y mi prometido estén montando un artilugio que nadie necesita. Entonces la revelación viene a mí y pongo los ojos en mi hermana, que como una desquiciada, en cuanto se da cuenta de mi pensamiento, niega con la cabeza. ¡Pues mi madre y tía quedan descartadas! No creo que con la edad que tienen, estén deseando criar un niño, pero visto lo visto, todo podría ser. Las únicas que me quedan son Jalila y Margot, poso mis ojos sobre ellas, y el pensamiento que acude a mi mente, lo deja descartado; inviable.

Una porque aunque no es mayor, no tiene novio y al único hombre que se dedica es a mi pequeño, y la otra porque aparte de que tendrá la edad de mi madre, sería un milagro que estuviera embarazada, ya que, cuando tuvo su último hijo, se operó. Encogiéndome de hombros, tomo asiento al lado de mi hermana y me sirvo un café, mientras en silencio, le pido que me explique, semejante escena. Tras pasar un rato y habiendo casi finalizando el desayuno, Ian se levanta del suelo, dejando a su hermano que termine con la tarea. Todavía me pregunto como es posible que entre dos hombres, hayan tardado tanto en montar una cosa tan pequeña. Ian, me abraza por detrás y deposita un beso en mi cuello.

- ¿Te gusta, nena?

- ¿El qué? — Pregunto, desorientada.

- La cuna.

- Sí, es muy bonita.

- Entonces... ¿La he escogido bien?

- ¿Para que necesitas una cuna?

- Para nuestro futuro bebé.

Con una velocidad inhumana, me pongo de pie y le miro de frente. En estos instantes, estoy considerando si matarlo y que no llegue a la boda. O arrojarlo por el balcón del primer piso y que llegue, pero...

¡Parapléjico! ¿Cómo se le ocurre? No me refiero al hecho de que quiera tener un niño,

sino a soltarlo delante de todos, sin haber contado conmigo.

- A ver, Ian. — Digo, con mucha calma. - ¿Me estás proponiendo que tengamos otro niño?

- Exacto. — Suelta, resuelto.

- ¿Exacto? ¡Maldito bocachancla! — Digo, a la vez que le tiro lo primero que cojo de la mesa que, no es otra cosa que una taza.

Sulfurada como pocas veces, me acerco a él hasta estar casi pegados nuestros cuerpos.

- ¡La próxima vez, más te vale consultar conmigo las cosas, antes de soltar una bomba de tal calibre! ¿Me has oído?

Me abraza, buscando mi boca, pero no le permito que llegue a ella, hasta que asiente con la cabeza y me pone pucheros de niño inocente.

Le doy un casto beso, siendo imposible ocultar una sonrisa, ante su truco barato, pero que surge el efecto esperado.

- ¿Lo tendremos?

Arqueo una ceja, ante su tono suplicante. ¿Y ahora quien es capaz de negarle nada? ¿No se da cuenta de que ya tenemos dos? ¿Qué un tercero sería para volverse loco? Además de estar el pequeño detalle de que no lo va a parir él. Busco una alternativa, con la cual consiga retrasar ese embarazo, pero sin darle un golpe contundente.

- ¿Qué te parece si lo intentamos tras la boda?

- ¡Y una mierda!

- ¡Ian!

- No soy estúpido, si no quieres lo dices y punto. No intentes dejarme contento con una patraña con la cual, aparte de esperar un tiempo indefinido, porque no has puesto fecha, luego me soltaras otro pretexto para que no lo tengamos.

- ¿Pero que te ha dado ahora?

- Que quiero ver tu barriga crecer, quiero sentir las primeras patadas y lo que más deseo es no perderme un solo día de la vida de mi hijo.

Quiero otro hijo. — Dice, como un niño malcriado, dejándome alucinada.

Desvío la vista a mi alrededor y me percató de que todas las miradas están puestas en nosotros, los únicos que faltan son Susana y Marcos, gracias a que tienen su propia casa, porque si no también estarían con los ojos fijos sobre nosotros, esperando a ver como termina la escena, como si fuera una novela y estuvieran esperando el intrigante final.

Pongo mis manos en su cara y lo atraigo hacia mí, deposito un beso en sus labios, sin obtener devuelta el gesto, ya que está enfurruñado.

- Te prometo... que después de la boda... dejaré de tomar la píldora.

Sonríe triunfal a la vez que me besa y abraza. Desorientada, empiezo a pensar que algo no cuadra, no es creíble, que tras haber señalado que no hay fecha, su cambio haya sido radical, quedándose conforme. Me alejo despacio, examinado su cara y la socarronería,

brilla por soleares.

Por el rabillo del ojo veo acercarse a mi hermana con una sonrisa burlona, con la cual advierto que algo esconden.

- Sindy. Toma y... felicidades. — Dice, intentando contener la risa.

Cojo lo que me ofrece y la palidez debe haberse apoderado de mi cara, no es que lo crea, es que estoy segura, porque el mamón, me la ha vuelto a jugar. Hirviendo en rabia y sin decir nada, me retiro muy lentamente, doy la vuelta y entro en el despacho, por varios minutos lo observo, sintiendo la mirada de Ian, sobre mi cuerpo. Puedo sentir el calor que desprenden sus iris y como traspasa mi piel con ellos, pero más fuerte que la atracción, es la ira que recorre mis venas. Me acerco a la mesa y a la misma vez, él sale corriendo en mi dirección, le doy un manotazo al portátil, consiguiendo que caiga al suelo, rodeo la mesa con rapidez, cojo el libro que tanto le gusta y hoja por hoja lo despedazo, no contenta con eso, pego una carrera hasta la habitación, abro el cajón, cojo su reloj de oro favorito y me interno en el baño.

Espero hasta que lo veo aparecer y en el mismo momento que sus ojos reparan en el artefacto, lo dejo caer en el agua del inodoro y tiro de la cadena.

- ¡Nooo!

Se lleva las manos a la cabeza y con los ojos desencajados, me contempla, alucinando de que haya sido capaz de mandar a volar un reloj que vale miles de dólares. Paso por su lado, imperturbable ante mi acción. ¡Él se lo ha buscado! Si él tiene derecho de imponerme una boda que se celebrará en dos semanas, yo puedo tirar por el retrete, no solo un reloj, pero como soy considerada, me conformo con eso. Bajo tranquila y me siento como si no hubiera pasado nada, junto a mis seres queridos, dejando ir toda la furia que bullía en mi interior y recuperando la serenidad. En el momento que Ian, vuelve a bajar, soy consciente de su presencia, ya que puedo sentir las vibraciones que desprenden su cuerpo cada vez que está en el mismo sitio que yo.

Escéptica, giro la cabeza hacia el portazo, verificando que el cenutrio, se ha largado. Me muerdo el carrillo y empiezo a sentir los remordimientos de haber sido tan extrema con mi acto, provocando una discusión mayor. Resoplo, soltando el aire muy despacio. Esto ya es surrealista, encima de que ha sido él, quien ha incitado la trifulca, soy yo la que acaba con un mal sabor de boca y arrepentida por mi comportamiento.

AVECES ES PEOR QUE UN NIÑO.

- ¡Sindy! — Oigo que, grita mi madre.

Salgo de la biblioteca, donde me he refugiado, desde que Ian desapareció y me dirijo al recibidor. Han pasado cuatro horas, cuatro malditas horas y no ha dado señales de vida, llevo esperando encerrada y sumergida en el libro que estoy leyendo, por lo menos tres de las cuatro horas. Si tenía la certeza de que se dignaría a mandar al menos un simple mensaje, nada llega y empiezo a creer que no lo va a mandar. Llego a la puerta y un repartidor espera en ella. Me entrega un sobre y sin esperar que firme, se marcha dejándome confusa. Miro el sobre y con suspicacia, lo reviso por un lado y por el otro, logrando que la desconfianza crezca a pasos agigantados; no hay nombre, ni dirección. Dejo de demorar el momento y con los ojos de mi madre puestos en mí, lo abro; “mañana

nos veremos las caras”. El leve temor que recorre mi cuerpo, hace que las manos me tiemblen y el aire me empiece a faltar, hago varias respiraciones con los ojos cerrados para recuperar la normalidad de mi respiración y no sufrir un desmayo. Me llevo la mano a la sien, empezando a sentir el dolor de cabeza, que crece a gran escala, sin poderle poner remedio. ¿Quién me quiere atemorizar? ¿Por qué ahora? ¿Es que siempre hay alguien para empañar la felicidad de mi vida?

- ¿Sindy?

- ¿He? — Digo, recordando que mi madre sigue aquí.

- ¿Qué pone en el sobre?

- Oh, nada. Se han debido de confundir.

Como imagine, mi madre no se lo traga y acentúa su mirada de «¿Te crees que nací ayer?». La ignoro, saliendo por la puerta, no pienso contárselo y aún menos las sospechas que tengo de quien puede ser la persona que está detrás de esto. No lo puedo asegurar, pero mi instinto, me grita ese nombre sin cesar.

- Kamil. — Llamo, desesperada.

Él es el único que me puede ayudar, podría contar con Ian, pero no quiero que nuestra relación se vea otra vez empañada por otro motivo más que se empeña en manchar nuestra felicidad. No, Kamil, puede solucionarlo sin tener que poner a Ian, en otro problema o mejor dicho; en el punto de mira de la persona que me quiere hacer daño. No lo consentiré, protegeré a Ian y a mis pequeños, como una loba a sus cachorros.

- ¿Qué pasa, Sindy?

- ¿Habéis averiguado quien fue la persona que destrozó mi coche?

- No. Encontramos a dos de los chicos, pero no ha habido forma de conseguir información.

- ¿Cómo es posible? ¿No que tenéis maneras para que suelten la sopa?

- Sí, pero tuvimos que obviar ser tan drásticos. No eran nada más que unos críos de dieciséis años, a los que les pagaron con antelación por presentarse en ese lugar y destrozarse tu coche.

- Pues poneros las pilas. Un repartidor me ha entregado esto. — Digo, entregándole la nota.

Sus ojos se entrecierran, mientras lee varias veces la frase escrita en ese papel.

- ¿Es la primera que recibes?

Me muerdo el labio nerviosa, está claro que sabe que ha tenido que haber alguna más. ¿Es posible tener tanta intuición?

- Una.

- ¿Qué decía? ¿Y donde?

- Nada relevante, únicamente ponía, “voy a por ti zorra”. Y la recibí en el hotel.

- ¿Recibiste una advertencia y no nos lo comunicaste?
- No pensé que fuera en serio.
- Sindy, quien sea va detrás de ti y lo que va a hacer, piensa hacerlo mañana. Tienes que avisar a Ian. Él dispone de más hombres de los que tengo yo.
- No. Si le pasa algo por mi culpa, no me lo podre perdonar. Olvídalo.

Te prohíbo que le informes de esto.

Veo como se pasa la mano por el pelo, mientras suelta sonoramente el aire, puedo sentir como los engranajes de su cabeza, trabajan a una velocidad desorbitada. Me da la espalda y cuando vuelve a centrar su atención en mí; ha tomado una determinación.

- ¿Tienes que ir algún lado mañana?
- No. Pero...
- ¿Qué?
- Estaré sola en casa. Ian tiene que ir al Cruce. Jalila, llevará a Izan a la escuela. Sonia, mañana va a hacer la compra, es el día que suele ir al supermercado y se lleva a la niña...
- ¿Y tu familia?
- ¡Vaya protector, estás tú hecho! Su vuelo sale esta noche.
- Entonces si va a actuar mañana... es porque sabe que estarás sola.
- ¿Y como es posible que lo sepa?
- ¿Has hablado con alguien por teléfono?
- No. ¿Para que iba a hacerlo? Toda mi familia está aquí.
- Entonces, hay dos posibilidades. Una, hay micrófonos en la casa o dos, hay un traidor. No nos despegaremos de la casa y tú no saldrás de ella. ¿De acuerdo?

Asiento y vuelvo al interior, viendo salir a Jalila que, va a hacer la compra. Alzamos la mano a forma de despedida y sigo mi camino hasta el jardín, donde Anthony, corre detrás de los niños, incluso la pequeña Blanca, trata de alcanzarle.

- ¿Quién quiere helado? — Digo, alto poniendo las manos en mi cintura.
- ¡Yo!— Gritan, a la vez.
- Mami, yo también quiero. — Dice, la media lengua de Blanca, abrazándose a mi pierna.
- Entonces, corre a la cocina, antes de que lleguen los buitres y te dejen sin helado. — Le digo, cómplice.

Cuando veo que Blanca ha sido la primera en salir corriendo, les grito a los niños, lo mismo que le he dicho a la pequeña, cambiando un poco la frase, más o menos; «pequeños buitres, corred a la cocina, el último en llegar se queda sin helado». Y a la vez, entre empujones salen disparados. Durante el trayecto, no puedo dejar de observar a los tres pequeños. Las gemelas, con esos ojazos negros y grandes igual a los de mi hermana, con una melena hasta la cintura, con esos labios carnosos que te dan ganas de arrancárselos a bocados y para rematar, rubias, parecen unas muñecas a las que no puedes dejar de mirar.

Por otro lado, tenemos a mi Izan, mi niño, clavado al padre, ya sea en aspecto o en gestos, no se puede negar que es su hijo. Cuando lo miro, muchas veces pienso que esos ojos azules y ese pelo rubio, es herencia de familia, para el día de mañana poder hechizar y hacer rendir a cualquier mujer a sus encantos. Solo hay una cosa en su rostro angelical con mirada de diablo en lo que no se parece al padre, porque si nos ponemos a comparar, hasta la mirada de diablo, la ha sacado del padre. Ese detalle que los diferencia, es una marca diminuta en forma de gota que Ian, tiene cerca del ojo y que mamá, no deja de repetir hasta el cansancio que tiene la misma marca que mi abuelo. Por lo demás, si no fuera por la edad, llegarían a confundirlos.

- Tía, tía. — Gritan las gemelas.

A veces llega a cansar, es muy raro que no hablen a la vez, ni se peleen por las mismas cosas. La última trifulca, fue hace media hora y porque las dos querían la misma muñeca, lo gracioso es que había dos iguales, pero ellas solamente se peleaban por la misma.

- ¿Sí, princesas?

- Izan, ha perdido, se queda sin helado.

Miro en la dirección donde está Izan, y lo encuentro de brazos cruzados, con una cara de mosqueo, pero sin decir ni pío. «Dentro de lo que cabe, es buen perdedor», pienso, mientras sonrío.

- Me parece, niñas que Izan no ha sido el último. Mirad.

La sonrisa de las niñas crece y el ceño de mi niño deja de estar fruncido al ser consciente de que si va a comer helado.

- ¡Papi, te has quedado sin helado!

- Manada de glotones... ¿No me vais a dejar que lo pruebe?

- Has perdido, papi. Tienes que aceptar... ¿Cómo dices tu papi?

- Ja, ja, ja. La derrota. — Las ayudo.

Poco después les sirvo un buen trozo de helado de chocolate y es una maravilla, ver como disfrutan comiendo. Me pongo a fregar los platos, mientras terminan de merendar, varias veces miro el reloj, Ian sigue sin aparecer y van a dar las seis. Suelto el aire, apesadumbrada, con una pregunta sonando fuerte en mi cabeza; ¿Dónde está? Las risas de los niños, me hacen que vuelva a la realidad y me olvide de que el hombre que amo, lleva casi todo el día fuera. Me giro lentamente y me encuentro a todos tirando helado de un lado a otro.

- ¡Basta, niños! — Digo, acercándome a la mesa, para quitarles el chocolate.

En el acto dejan de hacer lanzamientos, me miran y sus sonrisas de niños buenos, me hace arquear una ceja, temiendo lo que están tramando.

- Ni se os ocurra...

El primer trozo de chocolate, impacta directamente en mi cara. ¡Hay cuando los pille! Echo a correr hacia ellos y en vez de asustarse, mientras corren alrededor de la mesa, se las ingenian para ir tirando, cada vez más helado.

No sé cómo lo consiguen, pero todas aterrizan en mi cuerpo; o yo estoy lenta de reflejos o estos niños serían los mejores jugando a los dardos.

Si tienen la misma puntería, estoy completamente segura de que serían los campeones del puñetero juego. Al final, con tanto helado que hay por el suelo, acabo resbalando y de culo impacto contra el suelo, sin misericordia, aprovechan que estoy rezagada en el piso, para practicar más su puntería, dejándome hecha un adefesio y necesitando una ducha.

- ¡Tabi!

- ¿Qué? — Pregunta, mi hermana apareciendo por la puerta.

- ¿Qué? ¡Qué te lleves al pelotón monstruito!

- Ja, ja, ja. Venga, niños que, ya habéis decorado suficiente por hoy.

- Déjate de bromitas o la próxima llena de chocolate vas a ser tú. —

Advierto.

- Niños, a la ducha. Y tú también deberías darte una... — Comenta con gracia.

- ¿No me digas? ¡No me había dado cuenta! — Contestó, irónica.

Me levanto del suelo y me miro de arriba abajo. ¡Horrible! No hay lugar que no este lleno de chocolate, estos niños son unos pillos que, no pueden estar cinco minutos sin hacer una travesura. Me dirijo al salón, encontrando a mi madre y cuñado que, en cuanto sus ojos me ven de pies a cabeza, se tronchan sin remedio. Las carcajadas que suenan altas y seguidas, me empiezan a desquiciar, valorando la posibilidad de asfixiarlos con los cojines del sillón.

- Vamos, a ver si te hace la misma gracia, limpiar lo que tus hijas han dejado hecho un cristo. — Comento, pasando camino del dormitorio.

En cuanto entro en el cuarto, lo primero que hago es extraer un camisón, lo dejo sobre la cama y me adentro en el servicio, abro el grifo y mientras el agua se calienta, me desnudo. Media hora después, habiendo echado tres veces jabón en mi pelo y dos en mi cuerpo, logro dejar de oler a chocolate y que en mi cabello no quede ni mota de helado, aun así, decido pasar diez minutos más en la ducha, solo diez, porque son casi las siete y mi familia tiene que coger un avión.

Terminando de vestirme, escucho el pop de mi móvil, avisando de que tengo un mensaje. Me peino y me acerco a la mesita de noche, agarro el aparato y sin ganas lo abro. El corazón se me comprime y el dolor desgarrar mi alma, pero la furia que se apropia de mi ser es mucho más intensa que el dolor. Cierro el mensaje y bloqueo el teléfono, me obligo a sonreír, cuando lo que quiero es destrozar la casa entera, y me dirijo al comedor. Con las maletas preparadas, veo como se despiden de Jalila y de Izan, me acerco apenas de que se tengan que ir y me abrazo uno por uno a ellos, dedicándoles besos cariñosos. Cuando llega el turno de Anthony, un recelo nace en mí, sé que no debería ser así, que son dos personas distintas, pero no puedo dejar de sentir como se acentúa el dolor, al estar siendo abrazada por el gemelo del hombre que amo. Desecho esos sentimientos a un rincón y me recuerdo que, antes que gemelo de Ian y marido de mi hermana, es un buen amigo al que aprecio y con el que siempre puedo contar. Si miro hacia atrás, cuando vieron que no

había asistido a la boda, me cayó más sermón de mi cuñado que, de mi propia hermana. Por mucho que nos gritemos, nos chinchemos y nos busquemos la boca, nunca podremos negar la amistad tan grande que nos une.

A las diez, el cabreo que siento está igual de alto que la luna. Les he dado de cenar a los niños, los he acostado, contado un cuento y dejado dormidos. Ian sigue sin llegar, por eso he tenido que llamar a mi amiga.

Necesito que venga, hablar con ella y así, poder calmar todo el mal humor que tengo, para después ponerle los puntos sobre la i a un idiota que únicamente piensa en él, si se me ocurriera hacerlo ahora, iba a pasar descaradamente de hablar y estamparle uno de los cuadros que tanto le gustan y que están colgados, en su hermosa cabeza.

- Hola. — dice, Carina en cuanto abro la puerta.

- ¿Hola? ¡Llevo quince minutos esperando y vives aquí al lado!

- ¡Qué humor! Ni un hola, un beso o un abrazo. Creo que me voy a ir y volveré en media hora, cuando tus humos estén controlados.

- ¡No! — Digo, cogiéndola del brazo, para que se detenga. - Lo siento.

- Anda, prepara un té y cuéntame que ha sucedido.

Una hora después, le he relatado todo, bueno, casi todo, ya que le cuento lo que concierne a Ian y obvio la nota y la vigilancia de Kamil y sus cuatro hombres, debido a las amenazas que he recibido.

Atentamente me escucha, sin interrupciones y asimilando lo que voy relatando, mientras voy dejando que el coraje salga y la serenidad regrese a mí.

- Muéstrame el mensaje.

Por minutos lo mira... impasible, su cara no muestra nada; únicamente lo mira, mientras piensa lo que va a decir, tratando de ser objetiva o eso es lo que creo, porque segundos después, sus labios se curvan en una sonrisa a la vez que me devuelve el móvil.

- Quien te ha mandado eso, simplemente quiere crear un problema entre vosotros. Y con respecto a lo primero... entiendo que te enfadaras, no tiene derecho a poner la fecha de la boda sin haberlo hablado y acordado contigo, pero... piensa Sindy que, tanto habéis pasado que está desesperado y aterrorizado a partes iguales. Él piensa que te puede volver a perder y por eso actúa a la carrera. Al fin y al cabo creo que los dos estáis exagerando y os habéis dejado llevar por esa terquedad que tenéis y que os hace estar a las grescas a cada cinco minutos. Ja, ja, ja. ¡Si es que sois iguales!

- ¿Te parece que no es desmesurado bajar y encontrarlo montando una cuna sin estar siquiera en cinta?

- Bueno... lo de la cuna se lo podía haber ahorrado. Conoces a Ian, sabes que cuando se ciega por una cosa, no le importa de que forma, pero solamente se centra en conseguirlo y... ¿Qué mejor forma de que te des por enterada y entiendas de la ilusión que tiene que poniéndote la cuna ante tus ojos?

- Déjate de tonterías. Sabes también como yo que, lo que buscaba era que aceptara dejar de tomar la píldora, porque él, ya lo había orquestado todo para salirse con la suya.

- Como sea, pero le quieres y sabes que más pronto que tarde cederás.

¿Por qué lo sé? — Pregunta, retóricamente. - Porque le amas y quieres verle feliz. — Informa con una sonrisa.

- ¿Y si ese mensaje es verdad? ¿Y si está con otra? No ha aparecido en todo el día. Mira la hora que es... — Digo, empezando a sentir la tristeza.

Sonríe ampliamente, dejándome descolocada, no le veo la gracia, menuda amiga, yo aquí contándole mis problemas y ella riéndose como si le estuviera recitando un monólogo.

- Sindy. Te aseguro que ese mensaje tiene de veracidad, lo que yo tengo de negra.

- ¿Por qué estás tan segura?

- Ja, ja, ja. Porque el obsesivo, controlador que tienes por prometido, no ha podido alejarse diez metros de ti, por muy enfadado que está.

Lleva todo el día dando vueltas y fumando en el jardín de mi casa y Marcos ya está hasta el gorro de verlo dar vueltas como si fuera un perro intentando coger su cola. Así que vamos y te lo llevas.

Caminando tranquilas, nos acercamos a la casa diez minutos más tarde de que Carina, me confesara que Ian, no ha salido de la zona como creí. Abre la puerta y nos internamos en el interior, llegamos al salón y como bien ha dicho, Marcos está que se sube por las paredes, mientras ve a Ian en el patio paseando de una punta a otra. Por inercia sonrío, se ve tan perdido... ha tenido que ser un suplicio para él, mantenerse aquí, sabiendo que estoy a un par de casas y no me puede ver, besar, ni tocar. No me cuesta deducir que lo que lleva haciendo todo el día en este lugar es reprocharse su comportamiento, sin saber como pedir perdón por sus actos.

- ¡Por fin! ¿Por qué has tardado tanto en traerla? — Le reprocha a Carina. — Sácalo de mi casa o lo hago yo a patadas. No sabes el día que me ha dado.

Salgo andando con calma y sigilo, sin prestar atención a las palabras de Marcos. No es que quiera ser maleducada, ni grosera, si no que necesito llegar al hombre que amo, como si fuera una droga y no pudiera pasar sin ella, un par de escasas horas. Tan centrado está en sus pensamientos que no se percata de que estoy detrás de él, rodeo su cintura y pego mi rostro a su espalda, necesitando que sienta que, aun a riesgo de que me vuelva majara, le amo. No importa si es impulsivo, si es controlador, si me saca de mis casillas, si es posesivo, si es sobre protector, todo eso queda relegado, cuando le miro y veo el amor que me idolatra, cuando siento latir su corazón al mismo ritmo que el mío, cuando me besa y puedo sentir la ternura con la que lo hace, cuando me acaricia y es como si sus manos estuvieran desesperadas por sentir mi piel... no, no me importa, porque así, me enamoré de él y así le sigo amando y lo seguiré haciendo.

NO TE TENGO MIEDO.

- Nena... — Suelta en un suspiro.

Lentamente se da la vuelta, pasa sus brazos por mi cuello y me engulle en un abrazo amoroso. Sonríe en su pecho. ¡No tiene solución! Es como un niño, pero más alto, con más años y más fornido. No hace falta ser tan melodramático, ha sido una absurda

discusión, que se habría evitado, si aquí, don yo lo controlo todo, hubiera contado conmigo, en vez de ponerme una invitación de boda en la mano. Busco su mirada y como un terremoto, que se origina de pronto y arrasa con todo, atrapa mis labios como si llevara días sin probarlos, logrando que sienta moverse la tierra que pisan mis pies. Por descontado que no me quejo, ni mucho menos y gustosa le devuelvo el beso. Un carraspeo nos hace separarnos y mirar en la dirección del sonido.

- Siempre tienes que ser tan inoportuno — Comenta, Ian con sarcasmo.

- No me tientes... que aún te doy el puñetazo que llevo intentando no darte todo el día. Deja que salga la mierda que te carcome y pregúntale.

- ¡Cierra la boca imbécil!

- ¿Ian? — Interrogó, confusa.

Me mira y en su mirada puedo sentir la culpabilidad, mientras se lleva las manos a la cabeza, supongo que buscando las palabras correctas a decir. Por un momento eterno creo que va a confesar lo que decía el mensaje que recibí en el teléfono; «¿Estás segura de que te ama y no está con otra en la cama?». Pensando en esa frase, escrita a conciencia para hacer daño, empiezo a palidecer y sentir el dolor que me causará, si de su boca sale la confirmación de que tras discutir conmigo se fue con otra, porque entonces, si estaría todo perdido y no se lo podría perdonar.

Lo que no esperaba, era tener que hacerle frente al gran error que cometí, estando alejada de él y que causo una represalia que aún a día de hoy, me hace sentir como la peor persona del mundo.

- Sindy. Esta tarde recibí un mensaje en el cual me decían: ” ¿Si la conoces también como crees, porque no sabes que es una asesina de bebés?

Las palabras de Ian, me golpean tan duramente que, tengo que desterrar el recuerdo para no desmoronarme de nuevo, mientras un par de lágrimas se escapan de mis ojos.

- ¿Lo... crees? — Pregunto, en un hilo de voz.

- No quiero hacer suposiciones hasta que tú decidas contarme a que se refiere la persona que ha mandado ese mensaje y que por tus gestos y lágrimas, me has confirmado que algo estás ocultando. — Dice, con una suavidad que no esperaba y que me da el impulso para caer en picado, quebrarme y llorar como desde hace meses no hacía.

La calidez de su abrazo, me hunde y consuela a la misma vez y por un rato, no soy capaz de hacer otra cosa que agarrarme a su cintura y dejar que salga la congoja que tanto tiempo he guardado.

- No... lo sabía. Te lo... juro. — Su cuerpo se tensa, pero no deja de estrecharme entre sus brazos. - Solo quería acabar con mi vida, ya no podía más, las pesadillas no cesaban, cada vez eran peores... estaba yendo a terapia, pero no servía, los recuerdos se apoderaban de mi realidad y tanto miedo sentía que me acurrucaba llorando sin cesar.

Aquella noche... me desperté temblando, sollozando y sudorosa, otro día que no podía volver a conciliar el sueño, simplemente quería que todo acabara y entonces vi la solución. Lo último que recordé antes de tomar el bote de pastillas fueron tus ojos.

Me detengo cogiendo aire para continuar y percibo los gemidos de mi amiga.

- Luego... desperté en el hospital, habían transcurrido dos días y me informaron que, debido a la cantidad de pastillas que había ingerido...

perdí el bebé que esperaba.

Espero la reacción de Ian, temerosa de que se aparte de mí y reproche la estupidez que cometí. Lo entendería, durante mucho tiempo, me he encargado de no olvidar que por querer destruirme, por el camino otra vida que no tenía culpa, pago las consecuencias de mi error. Dos posibilidades existían, tanto Dago como Ian, podían haber sido el padre, más probabilidad hacía la primera opción, por supuesto la segunda tampoco era imposible, pero ni aunque el padre fuera resultado ser el monstruo, habría podido interrumpir el embarazo, si antes de cometer semejante locura, lo hubiera sabido. Los músculos de Ian, se van destensando, siento el aire que suelta por la boca en mi cabeza, pero en contra de todo pronóstico, no se aleja, no me suelta y mucho menos recrimina nada, sino que suavemente me besa en la frente, y con dulzura y un amor inmenso, me abraza reconfortando mi corazón maltrecho.

- Creí que me gritarías que, me dirías que soy una inconsciente y que no querrías estar conmigo. Por eso no te lo conté aquel día en el coche.

.. por miedo.

- Nena. Como has dicho, no lo sabías. Te conozco y sé que nunca lo habrías hecho a propósito. No quieras que te culpe por algo que hiciste sin conocimiento. Ni te voy a gritar, ni te voy a condenar, cuando ya lo has hecho tu bastante por los dos y aún menos te voy a dejar ir.

- Te amo, Ian.

- Solo tuyo, nena.

Abro los ojos y lo primero que llega a mis oídos, es el agua de la ducha al caer. Sonrío contenta, recordando nuestra reconciliación, tras haber ido a buscarlo y revelarle el secreto que me atormentaba y llenaba el alma de angustia.

Nunca creí que confesarlo traería tal clase de paz a mi ser, con la cual llegaría a pensar que, quizás va siendo hora de perdonarme. ¿Si los demás pueden hacerlo, porque no puedo concedérmelo yo? Con unas nuevas energías en el cuerpo y con ganas de vivir, entro en el baño, para darle una bonita imagen a mis ojos; Ian, saliendo de la ducha, como su madre lo trajo a este mundo. Sonrío traviesa, a la vez que Ian, se da cuenta de mi presencia y niega divertido con la cabeza. Nos acercamos a la vez hasta estar pegados, enrolló mis manos en su pelo y mientras coloca sus manos en mi cintura unimos nuestras bocas. El beso que nos prodigamos está tan cargado de deseo que podemos sentir como el calor, empieza hacer efecto como cada vez que Ian y yo nos rozamos. ¿Cómo impedirlo? Somos como dos cables chispeantes, los cuales unes y hacen contacto soltando una descarga.

- Nena... no seas mala... sabes que tengo que ir al Cruce. — Dice, pegado a mis labios.

- Ja, ja, ja. Pues no te veo con muchas ganas. — Suelto, con gracia.

- Pequeña perversa. Si entras con esa sonrisa tuya de “te necesito”

y esa mirada de “te quiero ahora”. ¿Cómo quieres que me despegue de ti?

Lo callo con un beso cargado de un apetito voraz y con el cual, sé que le será improbable que se separe de mí. El rugido que sale de su garganta y llena mis oídos, deja claro que mi devoción por devorarlo ha surtido el efecto que esperaba. Me carga en brazos y gozosa rodeo su cintura con mis piernas, acción que le hace soltar otro rugido satisfecho y a su vez a mí un gemido por sentir su miembro dispuesto para complacer. Intensifica el beso a la vez que pega mi espalda a la puerta, haciendo que suelte un jadeo potente. Llevada por la pasión, los besos y las caricias que recibo y que acrecientan mi excitación, recorro su boca con mi lengua dejando un mordisco en sus labios al finalizar.

Acto que me obsequia con una mirada calenturienta, y unas manos impacientes recorriendo mi piel que, logran que me sienta desesperada, que la cabeza me dé vueltas y respirar con normalidad me suponga mucho esfuerzo. Su mano sigue su recorrido hasta llegar a su premio y los gemidos escapan de mi garganta sin control. Ian, se aleja y me observa intensamente, sonriendo glorioso, cuando con un par de roces suaves, consigue que mi cuerpo haga combustión. Sin demorarse por más tiempo y llevado por el arrebató de la lujuria, se introduce en mi interior, mientras sus manos apresan las mías, entrelazándolas y sosteniéndolas pegadas a la puerta, a la vez que se mueve salvajemente, ido en el momento del frenesí. Su boca vuelve abordar la mía, con rudeza y exigencia y sus acometidas se tornan más contundentes, llevándome a seguir el movimiento de su boca con ansias, mientras con fervor siguen sus embistes que, no me dan tregua y consiguen que sienta las sensaciones de un nuevo orgasmo creándose en mi interior, percibiendo que es incluso más potente que el anterior. Casi a punto de aventurarme por el acantilado del placer y sintiendo que no lo puedo retener por más tiempo, Ian se aleja y con sus ojos cargados de lascivia, me pide en silencio que me deje ir. Como si mi cuerpo viviera para complacerle salto de cabeza, convulsionando una y otra vez, sintiendo segundos después, su rugido y seguido su semilla llenar, lo más hondo de mi interior.

- Perfecto... nena, has conseguido que llegue tarde... — Dice, recuperando el aliento y haciéndome reír.

- Te quiero, Ian.

- Y yo a ti nena. — Dice, dejando un beso lleno de sentimientos en mis labios.

Media hora después lo veo salir por la puerta, apresurado, mientras habla por teléfono avisando de que en diez minutos llega. Me adentro en la cocina y como cada día me preparo el desayuno, mi sonrisa es tan grande que me cuesta poder borrarla por unos minutos para poder tomar mi café y masticar la tostada.

Miro a mi alrededor y el silencio que hay en la casa, se hace pesado, no hay más alegría en un hogar que las risas de los niños que llenan el lugar de alegría. Oigo sonar mi móvil y corriendo atravieso la cocina y el comedor para subir las escaleras de dos en dos. Cuando llego al dormitorio casi no puedo respirar y al coger el teléfono, tengo que esperar dos segundos para poder hablar. Decidido, se acabó estar vagueando en casa sin hacer nada, he de volver a retomar mis carreras mañaneras.

- ¿Sí?

- ¿Sindy, puedes venir a mi casa? — Dice, algo forzado.

El tono de su voz me preocupa y lo primero que acude a mi mente, es que se ha peleado con Marcos y necesita hablar con alguien y desahogarse, como ayer mismo hice yo con ella.

- Claro. Prepara un buen tazón de café.

Escucho el sonido repetitivo de la llamada finalizada. ¡Pues sí que tiene que estar buena! En pijama, para no tardar y ver que le ocurre, salgo por la puerta encontrando a Kamil, en ella haciendo guardia.

- ¿Dónde vas?

- Carina, me ha llamado, necesita una amiga. ¿Sabes si Marcos ha salido?

- Sí, mucho antes que Ian.

- Perfecto. ¿Cuántos hombres sois?

- Por tú cabezonería cinco, contándome a mí.

- ¿Habéis visto algo raro?

- Nada.

Sigo mi camino y toco al timbre, la puerta se abre, pero no aparece mi amiga y eso me empieza a preocupar. ¿Será que se encuentra mal?

Cautelosa entro y cierro la puerta, dirigiéndome al comedor. Al traspasar el marco del salón, siento una mano veloz aparecer por el lado izquierdo y rodear mi cuello, apretando lo suficiente para que tenga que mantenerme quieta, y mirando al frente, donde veo al desgraciado con una navaja puesta en el cuello de mi amiga.

- Hola, Sid. Cuanto tiempo...

- ¡Eres un maldito! — Le grito.

- Cuidado Sid, que la mano se me puede ir y este artefacto es muy afilado.

Me muerdo el labio con insistencia, para mantener la boca cerrada y no poner a mi amiga en un aprieto. Respiro hondamente y empiezo a valorar las posibilidades que tenemos de salir y además hacerlo con vida.

- ¿Qué quieres Sebas?

- Lo sabes... piensa, en el tiempo que llevo vigilándote he visto que eres lista.

- ¡Joder, Sebas! ¿Crees que si me matas te vas a sentir mejor?

- Puede que no... o puede que sí... eso no lo sabré hasta que hayas desaparecido.

- ¿Pero por qué me odias? ¿Por qué te dejes?

- ¡Por qué no me quisiste, te amaba y tú me abandonaste, cuando más falta me hacías! ¿Pero es lo que sueles hacer no Sid? Tanto que dices amar a ese hombre y lo dejaste sin consideración de que estaba en una cama de hospital.

- ¡No lo compares! ¡Son motivos diferentes y lo sabes, te di muchas oportunidades y no quisiste verlo!

Le hace una seña a su compañero y esté aprieta con más fuerza, el aire empieza a escasear y la vista se me nubla, afloja de nuevo y doy una bocanada desesperada por retener aire en mis pulmones por si se le ocurre volver hacerlo, aunque tengo intención de impedirlo.

Mantengo la calma como me enseñó Marcos y pienso con la cabeza fría en todo lo que aprendí y entonces sonrío, consiguiendo una mirada confusa del maldito.

- ¿Crees que te temo? ¿Qué puedes asustarme? ¿Sabes algo que me enseñaron y nunca he olvidado?

Sonríe confiado pensando que me tiene en sus manos y contento porque por fin cree que va a acabar conmigo, puede que lo haga, pero no ahora, porque pienso demostrarle que voy a luchar por vivir, porque ahí fuera tengo tres enormes motivos por los cuales he de hacerlo.

- No, pero... me encantaría saberlo.

- Primera norma; nunca te pongas nerviosa. — Digo, recitando las palabras de Marcos a la vez que formo un puño con mis manos. -

Segunda norma; nunca forcejear, porque eso hará que tu captor, apriete y te asfixie más. — Sonríe, segura y preparada. - Y tercera;

¡Apunta siempre a los huevos! — Chillo a la vez que asesto un golpe en sus partes con todas mis fuerzas al compinche de Sebas.

Sus manos me liberan y aprovecho para asestarle otra patada con más ímpetu, logrando dejarlo fuera de la ecuación, siempre es mejor enfrentarse a uno que a dos, más probabilidades de sobrevivir.

- ¡Bravo Sid! Siempre me ha puesto ese aferramiento que tienes a la vida, la forma en la que eres capaz de enfrentar la peor de las situaciones. Pero... aquí la sartén cogida por el mango la tengo yo.

- Puede. ¿Quién dice que no podre contigo igual de fácil que con él?

- ¡Basta, Sid! ¡Ahora vas a coger el puto teléfono, vas a llamar a ese matón y le vas a pedir que venga! ¡Ya!

- ¡Nunca!

- ¿Es tu última palabra? — Dice, apretando la navaja, un poco más en el cuello de mi amiga.

Los ojos se me abren, cuando aprieta lo justo, para hacerle un corte del cual empieza a salir un hilo de sangre, mientras mi amiga gime y aprieta fuerte la mandíbula para evitar romper a llorar. Me llevo la mano al pecho y he de tragar con fuerza para no dejar salir el grito desgarrador que está naciendo en mi garganta, por ver a Carina, indefensa ante tremendo bárbaro.

- Está bien. Detente.

Extraigo el móvil, para que vea que cedo y tecleo despacio, mientras pienso como evitar que Kamil venga, pero la mente se me queda en blanco y nada acude a ella, así que en contra de lo que quiero, suspiro y me llevo el teléfono a la oreja.

- ¿Qué pasa?

- Necesito... necesito tú ayuda. — Digo, tratando de que mi voz suene normal.

- Voy para allí.

Finalizo la llamada y agacho la cabeza apenada, segundos después la vuelvo alzar y veo como le asesta un empujón a Carina, haciéndola caer de costado y sacando un arma pequeña, con la que no tarda en apuntar hacia mí.

- Muévete.

Le sigo hasta el garaje, me obliga a entrar en el coche y con unas esposas apresa mis manos a la espalda. Poco después escucho la puerta principal abrirse y mi instinto me lleva a gritar el nombre de Kamil, una decisión mala, porque deriva en un golpe en la cabeza con la culata de la pistola. Aturdida por el tremendo porrazo y soltando quejidos de dolor, trato de mantener los ojos abiertos, mientras le veo acelerar y atravesar la zona a toda velocidad, antes de rendirme a la oscuridad.

- ¡Despierta bella durmiente!

Siento una bofetada y abro los ojos de golpe, desorientada, miro a la persona que tengo delante y ahora sí, empiezo a sentir el terror. ¡Está como una cuba! ¿Qué digo? ¡Si lo que está es drogado! Por eso le deje, porque siempre estaba de mierda hasta el culo y metido en una pelea diferente. Presintiendo que esta vez, si conseguirá su propósito, me apeo del coche, temblando y sin poder apartar la mirada de la montaña.

- ¿Dónde me has traído? — Interrogo, llevando una mano, donde siento el dolor del golpe.

- Camina. Y te lo diré.

- ¿Hacia dónde? — Pregunto, sabiendo que hay una única opción.

- ¡Camina ahora!

Empezamos a subir y no puedo dejar de pensar que, éste es mi final, y ahora que estoy rodeada de naturaleza y sin nadie que me pueda ayudar, comienzo arrepentirme de no haberle dicho a Ian, lo que ocurría. ¿Cómo soy tan lela? ¡Joder, era lo primero que tenía que haber hecho! Pero el temor de perderle se impuso a la razón y me negué en redondo a que se inmiscuyera, quise protegerle y únicamente he logrado ponerme a mí en peligro. Conforme va oscureciendo, el camino se hace más pesado, además de que estoy cansada tras horas de caminata y estoy muerta de sed.

- ¡Siéntate! ¡Toma! — Dice, lanzándome una botella de agua.

Sedienta, bebo y bebo, hasta acabar casi con toda el agua. Me dejo caer hacia atrás, apoyándome en una roca y disfrutando del que puede ser mi último momento en la vida.

- Vamos.

- ¿Cuánto queda?

- Una hora, más o menos.

Me pongo de pie y sigo adelante, un par de veces, pienso en echarme encima de él e intentar hacerme con el arma, pero sería inútil y una muerte segura, ya que no deja de

apuntar en ningún momento y antes de caer sobre él, estaría en el suelo con una bala atravesando mi cuerpo.

EL AMOR PUEDE CONTRA TODO.

Cuando al fin llegamos, estoy agotada y me dejo caer de culo en el suelo, le miro y no puedo entender, como puede ser posible que su cuerpo no muestre ni una pizca de cansancio y yo casi no pueda mover un músculo. Entonces lo entiendo, lo tenía planeado, ha tenido que estar haciendo este recorrido bastantes veces, para que su entereza no se vea alterada y la mía sí.

- ¿Dónde estamos? — Vuelvo a repetir, mientras recupero el aliento.

- Breakneck Ridge Loop. En una montaña a una hora de Manhattan.

- ¿Para que tantas molestias, no es lo mismo matarme a los pies de la montaña que encima?

- Pues no, Sid, porque yo no te voy a matar. Saltaras tu solita.

- ¡Qué! — Exclamo.

- Ven, asómate.

- ¡Y una mierda!

Me pongo de pie a la vez que se acerca con una mirada perdida.

Confirmado. ¡Lo que necesita es un psiquiátrico! La primera patada, la detengo sin problemas, igual que los siguientes golpes, únicamente me centro en detener sus insistentes puñetazos y patadas que cada vez son más potentes. En un descuido que tiene, consigo asestarle una patada en el costado y un puñetazo en la cara que, me hace más daño a mí que a él. Persisto en detener sus ataques, pero tras la caminata de seis u ocho horas, las fuerzas me faltan.

Ataca con más ímpetu y tengo que dar un paso atrás, tropiezo con una rama y termino en el suelo de espaldas, ventaja que aprovecha, para asestar una patada en mi barriga que me corta la respiración, seguido de otra en la boca, haciéndome escupir sangre. Me coge de los pelos y arrastra hacia el acantilado, mientras me empeño en agarrarme a cualquier cosa, ya sea ramas, piedras o hierbas; nada logra que pueda aguantar lo suficiente y varias uñas se me parten. Siento otra patada y luego pisa con saña mi muñeca, dejándola dolorida y que casi no la pueda mover. Dos puñetazos seguidos en el rostro, acaban con mis fuerzas y me dejan desorientada, los suficientes minutos que él necesita para ponerme de pie.

OCHO HORAS ANTES.

IAN.

- ¡Hombre al fin llegas!

- Cierra esa boca. — Le digo, bromeando.

- ¿Qué ha pasado se te han pegado las sabanas? No. Eso es impensable para el gran Ian. ¡Seguro ha sido una rubia de ojos grises que te tiene besando por dónde pisa! — Suelta, para echarse a reír.

Le doy un puñetazo juguetón, sin poder ocultar la sonrisa que brilla en mi cara. Nos adentramos en el despacho y durante un rato, revisamos las cuentas y los últimos incidentes. Por lo que parece, me toca despedir a una de las muchachas, según alega el informe, se negó a mantener relación con uno de los clientes porque no era de su tipo.

¡Pero es que para eso se le paga! Para que complazca a nuestros clientes, no para que ella decida con quien acostarse y crear problemas.

Ahora las consecuencias son para ella, porque ese hombre ha presentado una queja de que no se respeta el convenio que firmo de que todas sus fantasías serían cumplidas, siendo las mejores experiencias que recibiría. Por eso, en diez minutos se vera sin trabajo.

El teléfono suena y antes de que suene por segunda vez, ya lo tengo en la oreja.

- ¿Sí?

- Ian, se la ha llevado.

- ¿De qué hablas? — Interrogo, impaciente.

- ¡Sindy, joder! ¡Sebas, se la ha llevado!

Conforme escucho ese nombre, mi mundo se tambalea, sabiendo que mí, ojos de gata está en problemas y el tiempo corre. Me levanto abruptamente y varias maldiciones salen de mi boca.

- ¿Cómo ha pasado? — Le grito.

- Ha estado recibiendo amenazas, ayer mismo le entregaron un mensaje avisando de que hoy actuarían.

- ¡Y como no me has informado! ¡Cómo demonios has dejado que se la lleve!

- ¡Estábamos vigilándola! Escúchame, el desgraciado se las ha apañado para entrar en casa de Carina, hizo que me llamara y cuando vine aprovecho para salir.

Desvío la vista hacia Marcos, viendo que su mirada se ha vuelto dura y preocupada. La ira bulle por mis venas, como el mismo veneno; quemándome la sangre. Mantengo mis pensamientos en orden y mis instintos asesinos bajo control. En este momento tengo que pensar fríamente y acortar la distancia de los pasos que me lleva de ventaja.

- ¿Qué has averiguado?

- Resulta que Sindy, como siempre se defendió y dejo a un hombre tirado en el suelo. Hemos conseguido despertarle y parece ser que es un primo suyo.

- ¡Eso no me importa, ves al grano! — Grazno, colérico.

- Piensa matarla.

Tras esa confirmación, finalizo la llamada y me siento detrás de mi mesa. No pienso dejar que se salga con la suya. Tecleo en el ordenador, entro en el programa de localización y espero que me diga exactamente donde está. Sé que no debería haberlo hecho, que es una medida desmesurada, pero viendo lo sucedido, acerté en mi juicio y al final si ha merecido la pena, instalar el pequeño chip en esa pulsera.

Veo como parpadea el punto, todavía no se han detenido, sigo el recorrido y durante lo que

el punto verde se mueve, no puedo apartar la mirada. Impaciente me enciendo un cigarro sin importarme que dejé prohibido fumar en la oficina, le doy una calada y suelto el humo en dirección al ordenador. Marcos pone su mano en mi hombro en señal de apoyo y espera a que el maldito punto se detenga. Una hora después, el parpadeo se mueve más lentamente y sé que es la hora de enseñarle a ese mierda con quien se ha metido.

- ¡Te tengo! Avisa a los hombres, los quiero allí, lo más rápido que puedan llegar y que ninguno se acerque a ese capullo. ¡ES MÍO!

Salgo escaleras abajo, llego al coche y sin perder tiempo, me subo, casi dejando a Marcos rezagado, que en el mismo momento que encendía el motor, se ha montado de un bote en el coche.

- ¡Ian, frena, joder! ¡Nos vas a matar!

- ¡Qué te jodan! ¡Si la mata, tú irás detrás!

- ¿Yo por qué?

- ¡Por qué tú debiste haber visto algo! ¡Debe llevar tiempo vigilando!

- Pues si en esas te basas, tú eres pésimo observador.

- ¡Mierda, Marcos, para burlarnos de esta manera ha tenido que estar mucho tiempo siguiendo nuestros pasos!

Llegamos al pie de la montaña y diviso que la mitad de mis hombres están aquí, pero lo que es más importante y necesario se retrasa. La tentación de subir la montaña a trote se abre paso en mi mente, la desecho veloz, sería una soberana gilipollez, porque cuando llegara, ella estaría muerta.

- ¡DÓNDE ESTÁN!

- Ian, no te desesperes. Todavía no se han detenido. — Dice, mostrándome la ubicación que muestra la Mac.

- ¡Llámales ahora! — Digo, empezando a perder el control.

SINDY.

Me sujeto fuerte a su brazo, mientras sigue acercándose al acantilado.

Desvió un segundo la vista hacia abajo, la visión se me nubla por el vértigo y me agarro más desesperada para no caer.

- Sebas... por favor, recapacita. Necesitas ayuda...

- ¡No! ¡Te necesitaba a ti! — Dice, agitando mi cuerpo con sus brazos.

Aterrada de que en el movimiento me resbale de sus brazos y caiga al vacío, busco desesperada y llevada por la supervivencia, sujetarme a su camisa.

- ¡Salta!

- ¡Ni loca! — Digo, tratando de abrazarme a él.

Si no estuviera en el borde del precipicio y a punto de caer, en mi vida pondría mis manos de nuevo en él, pero es lo único que se me ocurre en medio de la angustia que estoy

sintiendo. Un ruido llama mi atención, desvío la vista hacia el cielo, viendo dos helicópteros y descendiendo de ellos varios hombres encabezados por el hombre que amo; Ian.

- ¡Estás perdido Sebas! — Digo, volviendo a poner mi atención en él.

La sonrisa arrogante y segura que me devuelve, hace que los pelos del cuerpo se me pongan de punta. Desorientada por la actitud que muestra, vuelvo a sentir como el pánico se va acrecentando, logrando que en mi cuerpo se acentúen los espasmos.

- ¡Suéltala o te mataré! — Amenaza Ian, parándose a unos metros.

- ¡Los dos sabemos que ya estoy muerto! — Grita, a la vez que me da un leve empujón y caigo.

- ¡Nooo!

Una mano me sostiene de la muñeca, pensando que es un sueño y que debo estar en el cielo, alzo la cabeza, encontrándome con los ojos azules que amo, llenos del mayor terror que he visto nunca. En las facciones de su rostro puedo ver el esfuerzo que hace para no soltarme y entonces rompo a llorar, las lágrimas corren sin cesar, mientras con las fuerzas que me quedan estiro la otra mano para no caer. ¡Estoy viva!

¡Me ha salvado!

- No me sueltes... — Suplico.

- Nunca... nena. No lo... dudes. — Dice, con dificultad. - ¡Marcos, ayúdame!

Segundos después la mano de Marcos aparece delante de mis ojos, sin mirar abajo, para no flaquear, porque si lo hago y veo de nuevo todo ese agua que hay al final, me desmayaré y nadie podrá evitar la caída, levanto la mano y me agarro fuerte. Entre los dos consiguen subirme y mientras me lanzo a los brazos de Ian, suelto el aire que durante minutos he mantenido retenido.

- Ya está, nena. Estás a salvo.

Me besa la cabeza para tranquilizarme, pero no es suficiente, así que pongo mis manos en su cara y lo beso con desesperación, afianzando la realidad de que, estoy viva y que Sebas no ha conseguido matarme.

Pasado un rato, Ian, me ayuda a ponerme de pie, me rodea con su brazo y caminamos hacia el mismo sendero por el que subimos. Se detiene y deja un beso suave en mis labios, dejándome con ganas de sentir por más tiempo nuestras bocas unidas.

- Espera aquí. No mires. — Pide.

Le veo alejarse a paso seguro, quizás debería haberle hecho caso, pero con lo curiosa que soy, sus últimas palabras son para mí, igual de poco efectivas como a la persona que le dicen, no comas pasteles y no puede evitar comerlos, pues lo mismo pasa con la curiosidad; que te dicen una cosa y haces lo contrario. Por eso en vez de girar la cara, observo con más insistencia. Cuando se para delante de Sebas, que está retenido por dos hombres grandes y robustos, puedo atisbar el breve diálogo que cruzan y que por mucho empeño que le pongo por enterarme de lo que se dicen, no lo logro.

Marcos se acerca con algo en la mano y se lo pasa a Ian, entonces lo veo claro y antes de ver como lo empuña, sé lo que va a hacer; con un movimiento seco, le clava la navaja en medio del pecho y aprieta hasta ver como Sebas, pierde la vida ante sus ojos. Desvió la vista, sin poder seguir viendo la escena, a la vez que las arcadas se apoderan de mi cuerpo y en un lado termino vomitando. No puedo reprocharle que haya puesto fin a su vida, yo también deseaba su muerte, pero tampoco puedo dejar de sentir pena al pensar en sus padres y en la devastación que sentirán, cuando reciban la noticia de la muerte de su único hijo.

Siento los brazos de Ian en mi espalda, me incorporo y mientras caminamos hacia abajo, acurruco mi cabeza en su pecho.

- Te dije que no miraras.

- ¿Cómo sabes que he mirado?

- Nena, te conozco y sé que esa curiosidad tuya, es muy convincente.

- Te quiero, Ian.

- No más que yo a ti.

Antes de llegar a casa, baja la velocidad, gira a la derecha, y estaciona delante de unos pisos que, aún están en peores condiciones que en el que yo vivía. Frunzo el ceño a la vez que el desconcierto se intensifica, regreso la vista hacia Ian que, en lo que yo no le he quitado ojo al edificio, se ha puesto hablar por teléfono. ¿Qué es tan urgente? ¿No podía haber esperado a que salga el sol, para despertar a quién quiera que este llamando? Dejo de intentar averiguar porque estamos aquí, si Ian, ha obviado que en estos momentos lo que más necesito es una ducha y descansar, debe ser por un muy buen motivo. Me recuesto en el asiento y dejo salir el aire lentamente, cierro los ojos y siento la paz, la armonía, el sosiego... que poco a poco se instala en mi alma.

- ¿Qué ocurre?

Abro los ojos de sopetón al oír la voz de Sonia, medio adormilada. Más confusa que antes, miro de Ian a Sonia y a la inversa. La cara de Ian, es indescriptible, ni un músculo de su rostro hace amago de moverse, solamente se queda puesto con los ojos en ella por minutos. De repente su mirada se vuelve dura, su mandíbula se aprieta y su cuerpo exuda tensión. Pongo mi mano en su pecho, para traerlo de vuelta conmigo y evitar que se pierda en la acumulación de sentimientos destructivos, en los que se sumerge.

- Sube al coche Sonia. — Dice, muy despacio.

No tarda ni dos segundos en estar dentro del auto, pero su cara ya no es risueña, ni alegre y mucho menos dibuja una sonrisa, su rostro en un segundo se ha vuelto... ¿Desdeñoso? ¿Y ahora que me he perdido?

- ¡Quiero una explicación y la quiero ahora y que sea buena!

- Diga, lo que diga, no te va a gustar. Nunca me hiciste caso, nada más te centrabas en Carla, pero no me importaba porque sabía que no sentías nada por ella. Pero... cuando apareció ella, todo cambio. Veía como ibas detrás de ella, como te la comías con los ojos, como aunque tú no quisieras, la sonrisa nacía en tus labios. Por eso desde el principio supe

que mi oportunidad se había ido al traste. Luego conocí a Sebas y que quieres que te diga. En el amor y en la guerra todo se vale. ¿Cómo has sabido que era yo la traidora?

Blanca e incrédula, escucho atentamente como confiesa que es la cómplice de Sebas, así sin más, sin remordimientos, sin cargos de conciencia, si es que lo estoy viendo y me parece que tanto golpe me volvió demente. Al final la cara bonita, simpática, agradable y con una sonrisa siempre en los labios, ha conseguido engañarnos a todos y resultado ser, el lobo disfrazada con piel de cordero. ¡Madre mía! ¿Qué tiene que todas pierden la cabeza? ¿Es que su aura solo tiene magnetismo, para atraer a las locas? Quizá lleva un cartel pegado en el culo que dice: ¡Bienvenida sea toda aquella que no este en sus cabales!

- Fácil. No me gustaba como mirabas a Sindy, cuando creías que nadie te veía. Por eso empecé a desconfiar de ti. No esperaba que llegarás a tanto y hasta el último momento, no he sabido que la artífice de este plan macabro has sido tú. Pienso hacer que te pudras en la cárcel. —

Escupe, cabreado.

- No tienes pruebas. — Dice, con una sonrisa cínica.

- Oh, sí que las tengo. No sabes la de cosas que puede soltar una persona que, se ve al borde de la muerte y al cual le ofreces la oportunidad de salvarse, si suelta lo que quieres oír.

La puerta se abre y Marcos saca arrastras a Sonia, para meterla a empujones en un coche de policía que estaba esperando.

- ¿Y ahora? — Pregunto, cansada.

- Ahora se arrepentirá de haber intentado hacernos daño y nosotros olvidaremos esto. ¿Por qué sabes una cosa, nena? Lo que no nos mata, nos hace más fuertes.

- Te amo. — Digo, inclinando mi cuerpo hacia el suyo, para darle un beso.

- Solo tuyo, nena. — Dice, pegado a mis labios, dándome después el beso más tierno que existe.

DOS SEMANAS DESPUÉS.

Abro los ojos y sonrío feliz, por fin puedo hablar de felicidad, sin sentir pena, amargura o cualquier clase de pensamiento que no sea dichoso, porque tras tanto sufrimiento y desavenencias, ahora empiezo a saborear la verdadera alegría.

- ¡Arriba, Sindy! — Dice, mi madre entrando por la puerta sin siquiera llamar.

- ¡Por dios, mamá que es pronto!

- ¡No, no y no! Hay mucho por hacer. Así que arriba si quieres tener tiempo de desayunar.

Vale, ahora si ha conseguido llamar mi atención. Si no desayuno, no soy persona y si no soy persona el día más feliz de mi vida, se vera empañado. Me levanto y sin cambiarme bajo corriendo a la cocina, como siempre desde hace una semana y desde que Ian, consiguió que cediera para celebrar la boda en dos semanas, esta casa es un caos.

Todos, hasta los niños están en la cocina, para un único momento de paz que quiero tener y no es posible, porque han invadido mi cocina.

Me encojo de hombros, resoplo resignada y me pongo una taza bien cargada. Mientras la llevo a mis labios, Carina aparece por la puerta y su cara denota claramente el cansancio, dejo la taza suspendida en el aire y sonrío, sabiendo quien ha causado ese agotamiento.

- ¡Lo mato Sindy! ¿Sabes la que me ha dado? ¡No lo he estrangulado de milagro!

- Ja, ja, ja. Tampoco será para tanto... — Comento.

- ¿Qué no? ¡Casi no he dormido! Tu prometido, no estaba dispuesto a pasar la noche sin ti y no verte antes de la boda como manda la tradición, así que me he pasado casi toda la noche en vela, evitando sus intentos de huida.

- Ja, ja, ja. Ya os dije que, me importa poco la tradición y esos cuentos de que trae mala suerte, vosotras os empecinasteis. ¿De qué te quejas?

- Mira que, aún pago contigo el pato... — Advierte. - Por cierto, me ha dado un mensaje para ti. “No te retrases ni un minuto, porque si no yo mismo iré a por ti, así tenga que llevar al cura hasta donde estés”. —

Dice, haciendo una imitación de Ian.

Las dos rompemos a reír y Tabi que estaba en un lado, se contagia de nuestras risas, uniéndose al coro de carcajadas.

- ¡Sindy, la peluquera ha llegado!

- ¡Estoy desayunando!

- ¿Todavía no has terminado? ¡Sindy, Montes, sube ahora mismo!

- ¡Joder!

- ¡Sin replicar!

- ¡Voy! ¿También fue así en la tuya?

- Ja, ja, ja. Peor.

Minutos más tarde me veo sentada en una silla, mientras la peluquera, mira mi cabello y piensa que hacer, ya que al ser corto no le deja mucho margen para diseñar. Al final se decanta por hacerme un recogido, el cual por arriba queda completamente liso, siendo perfecto para colocar la diadema y por abajo, un entrelazado de churretes que se asemejan a una trenza.

No es exagerado, ni excesivo, exactamente lo que pedí, algo sencillo, ya que la ceremonia que iba a ser íntima entre unos y otros se la han cargado, imponiéndome una ceremonia de escala mayor y que no quería. Tras tener el pelo recogido y con un montón de laca para que no se mueva ningún pelo de su sitio, me siento en otra silla, siendo el turno del maquillaje, mientras las mujeres aquí presentes van pasando por la peluquera. Me hace sonreír, ver como todas esperan a que terminen de hacer conmigo, para discutir entre ellas quien es la siguiente. Tres horas más tarde están todas preparadas, mirándose unas a otras maravilladas, sin poder borrar la sonrisa de su cara.

- ¡Sindy, tira ese cigarro y termina de ponerte el vestido! — Regaña, mamá.

- ¡Qué cansina, ni que la que se casa fueras tú!

- ¡Ya! — Ordena, con una voz que deja claro que lo haga o habrá discusión.

Extraigo el vestido, lo dejo en la cama y las lágrimas amenazan con salir, quisiera evitarlo, pero ver lo cerca que estoy de unir mi vida a la del hombre que amo, hace que me sienta tan feliz que, me cuesta creer que verdaderamente está pasando. Deseo que todo salga como esperamos por una vez, sin contratiempos, ni nada que nos vuelva a separar, ya hemos pasado por suficientes pruebas y me parece que están más que superadas, ahora nos toca seguir adelante, juntos y como marido y mujer. No puedo negar que comienzo a sentir los nervios en mi estómago, pero no hay ninguna duda en mi cabeza del paso que voy a dar. Nunca, ni aun habiendo perdido el juicio, valoraría la posibilidad de anular la boda o dejarle plantado. Por tantas cosas hemos pasado, que en este caso, apostaría y no perdería a que yo estoy más impaciente por soltar el “sí quiero” que el novio. Porque lo que más deseo, es ser su mujer de una vez y no separarme jamás de su lado.

Mientras mi hermana, Carina y Susana, me ayudan a ponerme el vestido, las contemplo, pensando que están preciosas y que deben ser las damas de honor más guapas que he visto. Debo alabar el gusto exquisito de mamá, acertó de plano con esos vestidos largos en color lavanda, de gasa y lentejuelas y con un escote en v. ¡Hermosas! No existe otra palabra para definir lo lindas que se ven

- ¡Lista! — Dicen, a la vez.

Me pongo enfrente del espejo y detenidamente, examino mi cuerpo, empezando por los pies y acabando por la cabeza. Al verme los ojos se me vuelven a empañar, no se puede negar que el vestido es elegante y glamuroso. Ceñido al cuerpo, asemejándose a la silueta de una sirena, con un escote cruzado y adornado con hermosos detalles de pedrería que también se muestran en el cinto. Doy media vuelta y quedo más fascinada, la espalda queda toda descubierta en forma de v, adornada a los costados y en la punta con hermosos detalles de pedrería. Nunca hubiera imaginado llevar algo tan bello el día de mi boda. Siento una lágrima deslizarse y me apuro en secarla para no estropear el maquillaje.

- ¿Ya estás llorando? — Pregunta, mamá entrando por la puerta.

- No he podido evitarlo. Es tan precioso...

- Toma. Tu tía me ha dicho que te la diera que se te había olvidado.

Me coloco la diadema y ahora si temo echarme a llorar, tengo que hacer un par de respiraciones y desviar la vista de mi reflejo, para calmarme y evitar el llanto. Ahora que me he fijado mejor, puedo ver que es una tiara preciosa con incrustaciones de cristal y perlas que, junto con el velo que está adornado toda la costura exterior de cuentas brillantes...

es simple y llanamente, magnífico.

MI FELICIDAD ERES TÚ.

- Hora de irnos. — Avisa, mi madre.

Una por una me abrazan, besan y después sonrían y no puedo hacer otra cosa que devolverles el gesto feliz por tener unas amigas que, me aprecian y quieren compartir conmigo este día lleno de ilusiones y amor.

Por fin atravesamos la puerta y nos adentramos en la limusina que nos llevará a nuestro destino. Veinte minutos después, llegamos a la Iglesia de la Trinidad, miro por la ventana y suspiro, empezando a sentir la tensión, mezclarse con los nervios. ¡Mamá siempre hace lo que le da la gana! Me chillo mentalmente. Le dije que no quería algo grande, pero al final ha hecho lo que le ha parecido, ni siquiera he podido celebrar la boda como quería, porque tan ilusionada estaba, que quitarle las ganas, me lastimaba, así que cerré la boca y deje que ella se encargara de todo, porque veía su felicidad sintiéndose útil, pero es que se ha pasado, si todavía no he puesto un pie fuera y estoy viendo, primos y primas con los cuales he conversado dos veces, como mucho.

La puerta se abre y recibo a la persona que menos ganas tengo de ver; Alessandro. Otra cosa en la que tuve que ceder y esta vez, no por mi madre, sino por el hombre que amo que le quiere como a un padre. Por unos segundos, mientras le miro, me dan ganas de reír. ¿Si supiera que su plan le ha servido de poco? Sí, al final, me he tomado mi pequeña venganza contra él, nunca conseguirá nada de lo que era de Dago, ya que tras haberlo pensado muy bien, vendí los negocios y lo done todo a una asociación para niños sin hogar. Le doy la mano y me ayuda a salir, segundos más tarde, estamos a punto de cruzar la entrada que me llevará a los brazos de mi hombre.

- Estás increíbles.

- Gracias. — Contesto, secamente, deseando que le dé un infarto y termine de dar más felicidad a mi día.

La música suena y paso a paso nos vamos acercando, la sonrisa de Ian, hace que mi cuerpo sienta una sacudida y de tan potente que es, temo llegar a caerme al suelo. Paralizada por esa sonrisa perfecta que irradia júbilo, contengo el aliento por unos segundos eternos en los que llego a creer que me voy a desmayar. Cuando me quiero dar cuenta, he llegado hasta el altar y la mano de Ian, rodea la mía a la vez que deposita un beso en mi mejilla. El cura empieza hablar, pero no puedo mantener mi atención puesta en él, ya que el hombre que está a mi lado con su mano entrelazada a la mía, me tiene encandilada, sin poder dejar de comérmelo con los ojos, de tan guapo que se ve con ese esmoquin que le queda a la perfección.

- Queridos novios: habéis venido a la casa de Dios para que el Señor consagre vuestro amor, en presencia del ministro de la Iglesia y ante la comunidad cristiana. Vosotros ya estáis consagrados por el bautismo.

Ahora, Cristo, al bendecir el amor que vosotros os profesáis, os enriquecerá y fortalecerá, por medio de otro sacramento, para que podáis ser mutuamente fieles y asumir las responsabilidades propias de la vida matrimonial. A fin de que la sinceridad de vuestro propósito quede de manifiesto delante de toda la Iglesia, os interrogaré en su nombre.

Cuando por mis oídos se filtra el diálogo y lo proceso, sé que es hora de dejar de contemplar a mi hombre y centrar mi atención en el padre, porque éste es el momento que estaba esperando y deseaba impaciente que llegara. Tras un par de frases en las que contestamos a la vez y sin apartar los ojos el uno del otro, mi paciencia empieza a tambalear y me dan ganas de decirle que se salte todas esas frases de rigor y vaya a lo importante. Tentada estoy de hacerlo, cuando siento un apretón en la mano y al levantar la cabeza, una sonrisa radiante, me pide en silencio que preste atención que, ya falta poco.

- IAN, ROMANÍ. ¿QUIERES RECIBIR POR ESPOSA A SINDY

ROMANÍ.

Y PROMETES SER LE FIEL,

TANTO EN LA PROSPERIDAD COMO EN LA ADVERSIDAD, EN LA SALUD
COMO EN LA ENFERMEDAD,

AMÁNDOLA Y RESPETÁNDOLA DURANTE TODA SU VIDA?

Mientras escucho al cura pronunciar mi nombre, me dan ganas de reír, si no es porque Ian, ha sido rápido arreglando papeles y porque tiene amigos que le debían favores, hoy está se estaría casando como Enid Montes.

- SÍ, QUIERO. — Responde Ian, seguro y sonriendo.

- SINDY, ROMANÍ. ¿QUIERES RECIBIR POR ESPOSO A IAN, ROMANÍ.

Y PROMETES SER LE FIEL,

TANTO EN LA PROSPERIDAD COMO EN LA ADVERSIDAD, EN LA SALUD
COMO EN LA ENFERMEDAD,

AMÁNDOLO Y RESPETÁNDOLO DURANTE TODA SU VIDA?

- SÍ, QUIERO. — Contesto, apresurada, dándole una sonrisa coqueta a Ian.

La ceremonia transcurre y el gozo llena mi alma, cuando por fin nos damos el si quiero y el cura nos declara marido y mujer. El beso de Ian, no se hace esperar y bajo los ojos de cientos de personas, me devora con entusiasmo, saboreando el momento que tanto hemos ansiado y tanto nos ha costado conseguir.

Salimos a la calle y los abrazos y besos llegan en manada junto con las felicitaciones y los buenos deseos para el futuro. Ian, empieza a correr conmigo de la mano y perpleja le sigo sin saber que hace, mientras los invitados nos miran trastocados por la actitud de mi ahora marido. Abre la puerta del coche y me hace subir, poco después arranca y mis ojos se entrecierran esperando que me explique que está haciendo.

- ¿Qué haces? — Pregunto, al fin.

- Ja, ja, ja. Escapar.

- ¿Pero y el banquete?

- Nena, ni tú, ni yo, queremos estar ahí, que lo disfruten, a nosotros nos espera un avión y París.

- ¡Estás como un cencerro! ¡Hemos huido de nuestra propia fiesta!

- La nuestra será más divertida. — Bromea.

Mi teléfono comienza a sonar y se lo muestro, mi madre debe estar alucinada a la par que muy descontenta con su yerno. ¡La que me caerá, cuando me tenga delante! Ian coge el aparato y lo avienta por la ventana, con los ojos como platos, no puedo dejar de mirar por el lado que ha salido mi móvil volando. Resignada ante la locura que ha hecho, observó por la ventanilla hasta llegar al avión, la verdad es que yo no quería esa ceremonia

despampanante, solamente quería una simple y rodeada de las personas más allegadas, así que... aunque está mal, porque no ha hecho lo correcto, al fin y al cabo se lo he de agradecer.

Subimos al avión y directamente me lleva al dormitorio. No hace falta ser muy imaginativa, para saber la idea que lleva, ya que por mi mente pasa una frase sin cesar; adelantar la noche de bodas. Cuando abre la puerta, solamente me da varios minutos para que asimile, la decoración.

Pétalos de rosa y velas es lo que adorna todo el cuarto, además de que se ha encargado de que haya corazones por cada rincón. Sintiéndolo mucho y sin poder contener mi parte golosa, me acerco y adentro el dedo en la máquina de chocolate para después, llevarlo a mi boca y soltar un gemido de placer. Sonido que es, como un detonador para mi hombre, porque en dos zancadas, se me ha acercado, pegado su boca a la mía y cargado en brazos, para dejarme a los pies de la cama y deshacerse del vestido.

Tres horas más tarde descendemos del avión. Ian, me guía hasta el coche y deduzco que ha debido alquilarlo, nos adentramos en el auto y sin mota de duda, se dirige supongo algún hotel que ya ha reservado.

Que veníamos a París no me sorprende, fui yo quien le pidió pasar la luna de miel aquí, siempre he querido venir de visita y ahora vi la oportunidad, además que no hay mejor momento para disfrutar de la ciudad del amor que estando recién casados, pero si me deja fuera de órbita las prisas de Ian, por salir de Nueva York. Cuando aparca delante del hotel, sale y le entrega la llave al aparcacoches y me abre la puerta, dejando su mano alzada para que la coja. Sonriendo la tomo y segundos después, nos internamos en el majestuoso hotel. Me dirige por el lado derecho, pasando por una especie de arco y dando a parar a un elegante comedor. Siento sus manos tapar mis ojos y los nervios crecen, mientras despacio, me hace andar. Se detiene, pega sus labios a mi cuello, deja un beso en él y me susurra...

- Que disfrutes de tu fiesta.

Baja las manos lentamente y mis ojos se llenan de lágrimas. Todos los que me importan están aquí; mi madre, Margot, Jalila, mis tres preciosas damas, mi cuñado, mis sobrinas, mis dos pequeños, Cristiano e incluso Hugo y su hermano menor están a la mesa. Ahora entiendo porque en vez de dos horas, hemos tardado tres; nuestro avión debía estar dando un rodeo para dejarles tiempo de llegar a todos.

- ¿Te he dicho que te amo?

- No tanto como quisiera.

Me giro, acerco mis labios a los suyos, pero no llego a unir nuestras bocas, sino que le miro a los ojos y con todo el amor que le tengo, suelto lo que me sale del corazón.

- Te quiero, Ian. Solo tuya y para siempre.

- Solo tuyo, para siempre y contigo. Mi preciosa gata.

Nos besamos con devoción, un beso puro, lleno de sentimientos y un amor inmenso, como del que pocas veces existe. Somos afortunados, hoy comienza nuestra nueva vida y hemos demostrado a todos nuestros enemigos que ni el odio, ni las venganzas, ni todo el daño

que nos hicieron, ha conseguido separarnos y que no tengamos nuestro final feliz, porque aunque ellos han perseverado en destruirnos, nosotros hemos luchado con fuerza y con un amor tan grande que al final nos ha hecho libres y vencedores.

- Prepárate grandullón, porque esta noche vamos a poner mucho empeño en hacer ese bebé que tanto ansias.

- Ja, ja, ja. Te amo y te amaré por el resto de mi vida, pequeña provocadora. — Finaliza, sonriendo y uniendo nuestros labios.

«FIN»

AGRADECIMIENTOS.

Agradezco esta última parte de la historia de Ian y Sindy; a mi marido que es la persona más especial que existe en mi vida y el que siempre está a mi lado. A esos cuatro preciosos niños que tengo, que a pesar de ser pequeños, siempre me dejan momentos de tranquilidad y con los que aprovecho para escribir. A mi cuñada Rocío, que la quiero mucho y agradezco sus observaciones, las cuales intento corregir y mejorar para no volver a cometerlas. A mi hermana Elisabeth. A mi hermana Maika.

A mi tío Javi. A mi vecina Esther. Gracias por estar ahí sin dejar que me desanime, por leer esta historia, por seguirla hasta el final, por compartirla por las redes sociales, con vuestros amigos y familiares. Por todo lo que me apoyáis, no puedo hacer otra cosa que daros las gracias con todo el cariño y desde lo más hondo del corazón. Y como siempre, nunca podría olvidarme de vosotras, si habéis llegado hasta aquí, te lo agradezco y deseo con todas mis fuerzas que os haya gustado. Gracias por darle una oportunidad, por no desecharla a un lado y continuar leyendo cada día. Aunque sea una página, no importa; porque para mí, significa mucho, ya sea una, dos o tres personas las que quieran seguir hasta el final. Por eso si tú has llegado hasta aquí, este agradecimiento va para ti; gracias porque con una persona que la lea y le guste, ya me siento satisfecha, por eso a ti que has terminado esta historia, de corazón muchas, muchas gracias.